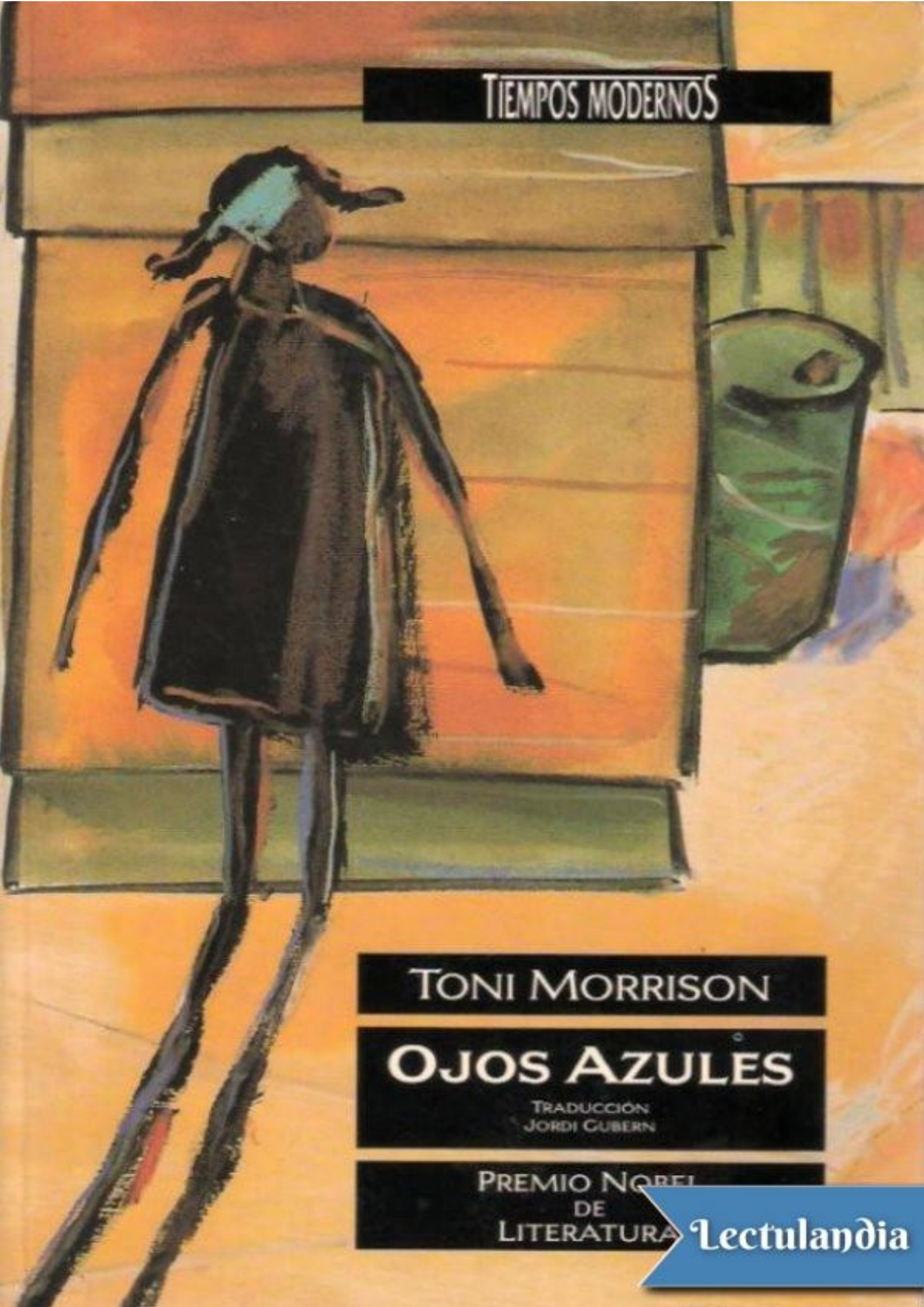
TIEMPOS MODERNOS
TONI MORRISON
OJOS AZULES
TRADUCCIÓN
JORDI GUBERN
PREMIO NOBEL
DE
LITERATURA
Lectulandia

Pecola es una niña pequeña que vive con sus padres y tiene una prima que se llama Claudia. Le gustan las muñecas y las caléndulas, que no le gustan a nadie excepto a ella. Pecola es negra y cree que es fea porque no se parece a Shirley Temple. Y tiene un truco para desaparecer cuando sus padres se pelean o su padre la molesta por las noches: piensa en que tiene unos preciosos ojos azules y que todo el mundo admira su belleza y que las otras niñas la envidian. Pero ese sueño nunca se convertirá en realidad y Pecola seguirá atrapada en la triste vida que le ha tocado en suerte.

En esta primera novela, Toni Morrison, la ganadora del Premio Nobel de Literatura 1993 parte de la realidad de una chiquilla desgraciada para tratar temas muy diversos, como el concepto de belleza impuesto, la voz femenina o la infancia truncada, y lo consigue con una historia dura y deliciosa al mismo tiempo.

Lectulandia

Toni Morrison

Ojos azules

ePub r1.0
helike 24.02.14

Título original: *The Bluest Eye*
Toni Morrison, 1970
Traducción: Jordi Gubern
Ilustración de cubierta: Óscar Astromujoff

Editor digital: helike
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A las dos personas
que me dieron la vida
y a la persona
que me hizo libre

He aquí la casa. Es verde y blanca. Tiene una puerta roja. Es muy bonita. He aquí a la familia. La madre, el padre, Dick y Jane viven en la casa verde y blanca. Son muy felices. Veamos a Jane. Lleva un vestido rojo. Quiere jugar. ¿Quién jugará con Jane? Veamos al gato. Hace miau-miau. Ven y juega. Ven a jugar con Jane. El gatito no jugará. Veamos a la madre. La madre es muy cariñosa. Madre, ¿quieres jugar con Jane? La madre ríe. Ríe, madre, ríe. Veamos al padre. Es alto y fuerte. Padre, ¿quieres jugar con Jane? El padre sonríe. Sonríe, padre, sonríe. Veamos al perro. El perro hace guau-guau. ¿Quieres jugar con Jane? Veamos correr al perro. Corre, perro, corre. Mira, mira. Ahí viene una amiga. La amiga jugará con Jane. Jugarán a un juego que les gustará. Juega, Jane, juega.

He aquí la casa es verde y blanca tiene una puerta roja es muy bonita he aquí a la familia la madre el padre dick y jane viven en la casa verde y blanca son muy felices veamos a jane lleva un vestido rojo quiere jugar quién jugará con jane veamos al gato hace miau-miau ven y juega ven a jugar con jane el gatito no jugará veamos a la madre la madre es muy cariñosa madre quieres jugar con Jane la madre ríe ríe madre ríe veamos al padre es alto y fuerte padre quieres jugar con jane el padre sonríe sonríe padre sonríe veamos al perro el perro hace guau-guau quieres jugar con jane veamos correr al perro corre perro corre mira mira ahí viene una amiga la amiga jugará con jane jugarán a un juego que les gustará juega jane juega.

Heaquilacasaesverdeyblancatieneunapuertarojaesmuybonitaheaquialafamiliaalamadre elpadredickyjanevivenenlacasaverdeyblancasonmuyfelicesveamosajanellevaunvestid orojoquierejugarquienjugaraconjaneveamosalgatohacemiaumiauvenyjuegavenajugarc onjaneelgatitonojugaravveamosalamadrelamadreesmuycariñosamadrequieresjugarco njanelamadrerieriemadrerieveamosalpadreesaltoyfuertepadrequieresjugarconjaneelpa dresonriesonriepadresonrieveamosalperroelperrohaceguauguaugarconjaneveamoscorr eralperrocorreperrocorremiramiraahivieneunaamigalaamigajugaraconjanejugaraaunju egoquelesgustarajuegajanejuega.

Aunque nadie diga nada, en el otoño de 1941 no hubo caléndulas. Creímos entonces que si las caléndulas no habían crecido era debido a que Pecola iba a tener el bebé de su padre. Una ligera inspección y un punto menos de melancolía nos habrían demostrado que no fueron nuestras semillas las únicas que no germinaron: no lo hicieron las semillas de nadie. Ni tan siquiera los jardines que dan frente al lago tuvieron aquel año caléndulas. Pero tan profundo era nuestro interés por la salud y el alumbramiento sin problemas del bebé de Pecola que no podíamos pensar en otra cosa que nuestra propia magia: si plantábamos las semillas y proferíamos las palabras adecuadas, brotarían y todo marcharía bien.

Transcurrió bastante tiempo antes de que mi hermana y yo admitiéramos que de nuestras se millas no iba a salir planta alguna. Una vez que lo reconocimos, sólo mitigamos nuestro sentimiento de culpa peleándonos y acusándonos mutuamente de lo que había pasado. Durante años yo creí que era mi hermana quien tenía razón: la culpa era mía. Había depositado las semillas en tierra a demasiada profundidad. A ninguna de las dos se nos ocurrió que la tierra misma pudo haber sido improductiva. Habíamos dejado caer nuestras semillas en nuestra parcelita de tierra negra exactamente igual que el padre de Pecola depositó su simiente en su propia parcela de tierra negra. Nuestra inocencia y nuestra fe no resultaron más productivas que su lascivia o su desesperación. Lo que está claro hoy es que de todos aquellos temores, esperanzas, lujuria, amor y pesadumbre, no queda nada con excepción de Pecola y de la tierra improductiva. Cholly Breedlove ha muerto; nuestra inocencia también. Las semillas se secaron y murieron; el bebé también.

En realidad nada más habría que decir, salvo por qué. Pero, dado que el porqué es difícil de manejar, será mejor refugiarse en el cómo.

OTOÑO

Las monjas pasan silenciosas como la lascivia y los borrachos de mirada solemne cantan en el foyer del hotel griego. Rosemary Villanucci, nuestra vecina y amiga, que vive en el piso de arriba del café de su padre, come pan con mantequilla sentada en un Buick del año 39. Baja el cristal de la ventanilla para decirnos a mi hermana Frieda y a mí que no podemos entrar. Ambas la miramos fijamente: nos apetece su pan, pero más que el pan nos apetecería arrancar la arrogancia de sus ojos y aplastar el orgullo de propietaria que frunce aquella boquita suya cuando mastica. En cuanto salga del coche le caerá encima una paliza que dejará marcas rojas en su blanca piel, y llorará y nos preguntará si queremos que se baje las bragas. Le diremos que no. No sabemos lo que sentiríamos ni lo que haríamos si se las bajara, pero siempre que nos lo pregunta pensamos que nos está ofreciendo algo precioso y que debemos reafirmar nuestro amor propio negándonos a aceptarlo.

El curso escolar ha comenzado, y Frieda y yo tenemos medias nuevas de color marrón y tomamos aceite de hígado de bacalao. Los mayores, en tono inquieto y fatigado, hablan de la Compañía de Carbones Zick, y por la tarde nos llevan con ellos a la vía del tren, donde llenamos sacos de arpillera con los trocitos de carbón que se encuentran por todas partes. Después nos vamos a casa, mirando atrás para presenciar cómo las vagonadas de escoria humeante y al rojo son descargadas de golpe en el barranco que bordea la acerería. El fuego que se extingue todavía ilumina el cielo con un deslustrado resplandor naranja. Frieda y yo nos quedamos atrás y contemplamos el parche de color rodeado de negrura. Es imposible no estremecerse cuando tus pies dejan atrás la grava del sendero y pisan la hierba muerta del campo.

Nuestra casa es vieja, fría y verde. Por la noche, un quinqué de petróleo ilumina la única habitación grande. Las otras, a oscuras, están pobladas de cucarachas y ratones. Los adultos no nos hablan: nos dan instrucciones. Imparten órdenes sin facilitar información. Cuando tropezamos y caemos nos echan una mirada; si nos hemos hecho un arañazo o un cardenal nos preguntan si estamos locas. Cuando nos resfriamos sacuden la cabeza, disgustados ante nuestra falta de consideración. ¿Cómo, nos preguntan, esperáis que alguien haga algo si constantemente estáis enfermas? No sabemos qué contestarles. Nuestra enfermedad es tratada con desdén, con el fétido Black Draught y con aceite de ricino, que nos embota la mente.

Un día, después de una excursión a recoger carbón, cuando toso una sola vez, ruidosamente con los conductos bronquiales casi obstruidos por las flemas, mi madre frunce el entrecejo.

—Buen Dios. A la cama enseguida. ¿Cuántas veces habré de decirte que te cubras la cabeza con algo? Tú debes ser la niña más tonta de la ciudad. ¿Frieda? Coge unos trapos y rellena las rendijas de esa ventana.

Frieda embute los trapos en la ventana. Yo camino pesadamente hacia el lecho, llena de culpa y de autocompasión. Me acuesto en ropa interior. El metal de mis ligas

negras me molesta en las piernas, pero no me las quito porque hace demasiado frío para meterse en cama sin medias. Mi cuerpo tarda mucho tiempo en calentar el espacio que ocupa. Una vez que he generado una silueta de calor ya no me atrevo a moverme, pues a una distancia de media pulgada en cualquier dirección empieza la zona fría. Nadie me dirige la palabra, no me preguntan ni cómo me siento. Transcurridas una o dos horas viene mi madre. Tiene las manos grandes y ásperas, y cuando me frota el pecho con ungüento Vicks el dolor me pone rígida. En cada operación ella se unta abundantemente dos dedos y me da masaje en el pecho hasta que me siento mareada. Justamente cuando creo que voy a desahogarme con un chillido, mi madre extrae un poquito de ungüento con el dedo índice, lo deposita en mi boca y me dice que lo engulla. Por último me envuelve el cuello y el pecho con un paño de franela caliente. Quedo cubierta de pesadas colchas y se me ordena que sude, cosa que hago sin tardanza.

Más tarde vomito, y mi madre dice:

—¿Por qué vomitas en la ropa de cama? ¿No tienes suficiente sentido común para volver la cabeza? Mira lo que has hecho. ¿Te parece que me sobra tiempo para dedicarlo a limpiar tu vómito?

El vómito se escurre de la almohada a la sábana; es de un color gris verdoso, con partículas anaranjadas. Se mueve como el contenido de un huevo crudo. Conserva obstinadamente su masa propia, se niega a dispersarse y a que lo quiten de donde está. ¿Cómo, me pregunto, puede ser al mismo tiempo tan avieso y tan hábil?

La voz de mi madre va sonando monótonamente. No me habla a mí. Está hablándole al vómito, pero pronuncia mi nombre: Claudia. Al fin, frotando, lo limpia lo mejor que puede y coloca una toalla rasposa sobre la gran mancha de humedad. Yo vuelvo a acostarme. Los trapos han caído de las rendijas de la ventana y el aire es frío. No me atrevo a responder a lo que dice mi madre y me resisto a dejar mi envoltura de calor. Pero el enfado de mi madre me humilla; sus palabras me excorian las mejillas y rompo a llorar. No he entendido que ella no está enojada conmigo, sino con la enfermedad. Creo que desprecia mi debilidad por haber dejado que la enfermedad pueda más que yo. A la larga no enfermaré de verdad: me negaré en redondo. Pero, por el momento, lo que hago es llorar. Sé que así tengo muchos más mocos, pero no puedo contenerme.

Comparece mi hermana. La pena inunda sus ojos. Me canta: «Cuando la púrpura oscura baja por las paredes del soñoliento jardín, alguien piensa en mí…». Me adormezco pensando en ciruelas, en paredes, en «alguien».

Sin embargo, ¿las cosas eran realmente de aquel modo? ¿Tan dolorosas como yo las recuerdo? Sólo a medias. O mejor dicho, el dolor era productivo y fructificante. El amor, oscuro y espeso como el jarabe Alaga, introducía poco a poco su alivio por aquella ventana agrietada. Podía olerlo, saborearlo, dulce, almizcleño, con un punto

de ajoplata en la base, esparcido por toda la casa. Se adhería, junto con mi lengua, a los vidrios empañados. Revestía mi pecho, junto con el ungüento, y cuando, al quedar ya dormida, se me soltaba el paño de franela, las claras, nítidas curvas de aire perfilaban su presencia en mi garganta. Y durante la noche, cuando mi tos era seca y dura, se oían en el suelo del cuarto unos pasos quedos y unas manos reajustaban la franela, reequilibraban la colcha y reposaban un instante sobre mi frente. De manera que cuando pienso en el otoño, pienso en alguien con manos que no quiere que yo muera.

Era también otoño cuando vino Mr. Henry. Nuestro inquilino. Nuestro huésped. Las palabras salían en globitos de los labios y flotaban en el aire sobre nuestras cabezas: silenciosas, desunidas y gratamente misteriosas. Mi madre era toda desenvoltura y satisfacción cuando comentaba su llegada.

—Ya le conocéis —decía a sus amigas—. Henry Washington. Ha estado viviendo en casa de Miss Della Jones, en la calle Trece. Pero ella ya chochea demasiado para tener huéspedes. Así que él se ha buscado otro sitio.

—Oh, sí. —Las amigas no ocultaban su curiosidad—. Yo me preguntaba hace tiempo hasta cuándo iba a quedarse con ella. Dicen que está completamente ida. La mitad de los días no sabe quién es él, ni nadie.

—Pues aquel viejo negro loco con quien se casó no ayudó mucho a que le funcionara bien la cabeza.

—¿Oísteis lo que él contaba cuando la abandonó?

—Nnno. ¿Qué?

—Bueno, se marchó con aquella frívola de Peggy, la de Elyria. Ya sabéis.

—¿Una de las chicas de Old Slack Bessie?

—La misma. Bien, alguien le preguntó por qué dejaba a una mujer decente, amable y piadosa como Della por aquella vaquilla. Ya sabéis que Della siempre fue una buena ama de casa. Y él dijo que juraba que el verdadero motivo era que ya no podía aguantar más aquella loción de violetas que Della Jones usaba. Dijo que quería una mujer que oliese como una mujer. Dijo que Della era, sencillamente, demasiado limpia para él.

—Viejo perro, ¡qué asco de tío!

—Y que lo digas. ¿Qué manera de pensar es ésa?

—No es manera ninguna. Algunos hombres son sólo perros.

—¿Fue por eso que ella tuvo aquellos ataques?

—Debió contribuir. Pero ya sabéis, ninguna de aquellas chicas era demasiado despierta. ¿Os acordáis de Hattie, que siempre sonreía? Nunca estuvo cuerda. Y su tía Julia todavía trota de un lado a otro por la calle Dieciséis hablando sola.

—¿No la han encerrado?

—No. Las autoridades se desentienden. Dicen que no hace daño a nadie.

—Pues me lo hace a mí. Si quieres tener un susto de muerte, levántate a las cinco y media de la mañana como yo y échate a la cara a esa vieja bruja flotando por ahí con su sombrerete. ¡Piedad!

Las amigas ríen.

Frieda y yo estamos limpiando botes de vidrio para guardar conservas. No distinguimos las palabras, pero cuando hablan personas adultas escuchamos y prestamos atención a sus voces.

—Bien, confío en que nadie me deje a mí andorrear de ese modo cuando esté vieja. Es una vergüenza.

—¿Y qué van a hacer con Della? ¿No tiene familia?

—Una hermana suya viene de Carolina del Norte para ocuparse de ella. Imagino que lo que pretende es quedarse con la casa.

—Oh, vamos. Es la idea más perversa que he oído.

—¿Qué te apuestas? Henry Washington dice que la tal hermana no ha visto a Della en quince años.

—Yo había pensado, en cierto modo, que Henry acabaría un día u otro casándose con ella.

—¿Con esa vieja?

—Bueno, Henry ya no es un pollito.

—No, pero tampoco es un buitre.

—¿Ha estado casado alguna vez?

—No.

—¿Cómo es eso? ¿Le dieron calabazas?

—Es un hombre exigente, nada más.

—No es exigente. ¿Tú ves a alguien por aquí con quien valga la pena casarse?

—Bueno… no.

—Simplemente es sensato. Un trabajador formal de costumbres tranquilas. Espero que todo marche bien.

—Marchará bien. ¿Cuánto vas a cobrarle?

—Cinco dólares cada dos semanas.

—Para ti será una buena ayuda.

—Eso diría yo.

La conversación de las personas mayores es como un baile mansamente revoltoso: un sonido encuentra otro sonido, le hace una reverencia, se bambolea y se retira. Entra un tercer sonido, pero es desairado por un cuarto: ambos describen círculos uno en torno a otro y se paran. Unas veces las palabras ascienden en orgullosas espirales, otras hacen cabriolas estridentes, y todo ello es punteado por cálidas modulaciones de

risa que son como el latir de un corazón de jalea. El filo, el rizo, el empuje de las emociones de aquellas personas es siempre muy claro para Frieda y para mí. No entendemos, no podemos entender el significado de todas sus palabras, porque sólo tenemos nueve y diez años; así que observamos sus rostros, sus manos, sus pies, y escuchamos el timbre de sus voces para averiguar la verdad.

Por eso, cuando Mr. Henry llegó un domingo por la noche, le olimos. Olía maravillosamente. Como árboles y crema de limón para el cutis, y aceite capilar Nu Nile y salpicaduras de Sen-Sen.

Sonreía mucho, mostrando una hilera de dientes pequeños y regulares con una amigable brecha en medio. A Frieda y a mí no nos presentaron, nos señalaron y basta. Como, digamos, aquí está el cuarto de baño, ahí el armario ropero, y éstas son mis niñas, Frieda y Claudia; cuidado con esta ventana, no se abre del todo.

Nosotras le miramos de reojo, sin decir nada y sin esperar que él dijese nada. Sólo que asintiera con la cabeza, como había hecho ante el ropero, testificando que existíamos. Para sorpresa de ambas, nos habló:

—¡Hola, vosotras! Tú debes ser Greta Garbo, y tú debes ser Ginger Rogers.

Correspondimos con risitas tontas. Incluso a mi padre le hizo sonreír la sorpresa.

—¿Queréis un penique?

Mr. Henry nos tendía una reluciente moneda. Frieda agachó la cabeza, demasiado complacida para responder. Yo hice ademán de cogerla. Él chasqueó los dedos y el penique desapareció. El deleite se sumó a nuestro sobresalto. Le registramos meticulosamente, metimos los dedos en sus calcetines, palpamos el forro de su chaqueta. Si la felicidad es una mezcla de expectación y certidumbre, éramos felices. Y mientras esperábamos que la moneda reapareciese, nos dimos cuenta de que contagiábamos nuestra alegría a papá y mamá. Papá sonreía cada vez más, y los ojos de mamá se enternecían siguiendo la exploración que nuestras manos efectuaban en las ropas de Mr. Henry.

Le quisimos. Incluso después de lo que más adelante ocurriría, no había amargura en los recuerdos que guardamos de él.

Ella dormía en la misma cama que nosotras. Frieda en el lado exterior, porque es valiente: nunca se le ocurre que si mientras duerme su mano cuelga por el borde del lecho «algo» saldrá arrastrándose de debajo de éste y le arrancará los dedos de un mordisco. Yo duermo junto a la pared, porque la idea *sí* se me ha ocurrido. Pecola, por lo tanto, tenía que dormir en medio.

Mamá nos había dicho dos días antes que venía «un caso»: una chica que no tenía otro sitio adonde ir. Las autoridades la habían colocado en nuestra casa por unos días hasta que decidieran qué hacer o, para decirlo con más exactitud, hasta que se reuniera la familia. Teníamos que ser amables con ella y no pelearnos. Mamá no

entendía «lo que le pasaba a la gente», pero aquel viejo Dog Breedlove había pegado fuego a su casa, que se quemó sin que su esposa pudiera impedirlo, y como resultado estaban todos en la calle.

Estar en la calle, lo sabíamos, era la cosa más horrible del mundo. La amenaza de encontrarse en la calle asomaba frecuentemente por aquellas fechas. Con ella se cercenaba cualquier posible exceso. Si alguien comía demasiado, podía terminar en la calle. Si alguien gastaba mucho carbón, podía terminar en la calle. Ciertas personas jugaban hasta quedarse en la calle, bebían hasta quedarse en la calle. En ocasiones las madres echaban a sus hijos a la calle, y cuando esto ocurría, no importa lo que el hijo hubiese hecho, todas las simpatías estaban con él. El hijo estaba en la calle y alguien de su misma sangre tenía la culpa. Ser puesto en la calle por el casero era una desgracia, pero el asunto se refería a un aspecto de la vida sobre el cual no tenías control, dado que no lo tienes sobre tus ingresos. Pero ser lo bastante negligente como para arrojarse uno mismo a la calle, o lo bastante cruel como para arrojar a alguien de tu propio linaje, eso era criminal.

Existe una diferencia entre *estar* en la calle y *salir* a la calle. Si sales a la calle, te marchas a otro sitio; si estás en la calle, no tienes sitio adonde ir. La distinción era fundamental. Estar en la calle era el final de algo, un hecho físico irrevocable que definía y completaba nuestra condición metafísica. Siendo una minoría tanto por casta como por clase, nosotros nos movíamos de todos modos en el margen de la vida, pugnando por consolidar nuestra debilidad y permanecer allí, o por trepar sin ayuda hacia la sólida parte central. Habíamos aprendido, sin embargo, a habérnoslas con aquella existencia periférica, probablemente porque era abstracta. Pero la concreción de estar en la calle era una cuestión distinta, algo como la diferencia entre el concepto de muerte y el hecho de estar muerto. La muerte no cambia, y se está en la calle para quedarse.

El saber que el estar en la calle era una cosa tangible engendraba en nosotros hambre de posesión, hambre de propiedades. De la posesión en firme de un patio, un porche, un emparrado, algo. Los propietarios negros consumían todas sus energías y todo su amor en pro de sus nidos. Como pájaros frenéticos, desesperados, lo sobredecoraban todo; se inquietaban, se incomodaban por tonterías a propósito de sus hogares, conseguidos a costa de tanto esfuerzo; envasaban, hacían jaleas y conservas todo el verano para llenar alacenas y anaqueles; pintaban, picaban y repicaban por todos los rincones de sus casas. Y estas casas asomaban como girasoles de invernadero entre las hileras de yerbajos que eran las viviendas alquiladas. Los inquilinos negros lanzaban furtivas miradas a aquellos patios y porches de propiedad, y se hacían el firme propósito de comprarse también ellos «alguna cosita linda». Mientras tanto ahorraban y arañaban lo que podían, y acumulaban soñando con el día de la posesión.

Cholly Breedlove, convertido en inquilino tras haber dejado a su familia en la calle, se había catapultado a sí mismo más allá del alcance del respeto humano. Se había unido a los animales; era, ciertamente, un perro viejo, una serpiente, un negro zarrapastroso. La señora Breedlove residía en casa de la mujer para la cual trabajaba; el chico, Sammy, estaba con otra familia y Pecola vivía con nosotros. Cholly había ido a parar a la cárcel.

Ella vino sin nada. Ni una bolsa de papel con un vestido de repuesto, ni una camisa de dormir, ni un par de bragas de algodón. Simplemente, apareció con una mujer blanca y se sentó.

Nos divertimos aquellos pocos días que Pecola pasó con nosotras. Frieda y yo dejamos de pelearnos y nos concentramos en nuestra huésped, poniendo la mejor voluntad en evitar que se sintiera en la calle.

Cuando descubrimos claramente que no pretendía dominarnos, nos empezó a gustar. Se reía de mis payasadas y sonreía y aceptaba con agradecimiento los obsequios alimentarios que le hacía mi hermana.

—¿Te gustarían unas galletas integrales?

—No sé qué son.

Frieda le trajo cuatro galletas de harina integral en un plato y un poco de leche en una taza blanca y azul con el retrato de Shirley Temple. Pecola se entretuvo mucho rato con la leche y mirando tiernamente los hoyuelos de la cara estampada en la taza. Frieda y ella sostuvieron una amorosa conversación sobre lo monísima que Shirley Temple era. Yo no pude sumarme a su adoración porque odiaba a Shirley. No porque fuera monísima, sino porque bailaba con Bojangles, que era *mi* amigo, *mi* tío, *mi* papá, y que tenía que haber bailado claqué y bromeado conmigo. En cambio, allí estaba él riéndose, disfrutando y montándose un baile encantador con una de aquellas niñitas blancas a quienes nunca los zapatos se les comían los calcetines. Así que dije:

—A mí me gusta Jane Whiters.

Ellas me dedicaron una mirada perpleja, decidieron que era inútil hablar conmigo y volvieron a sus comentarios sobre aquella Shirley de ojos malignos.

Como yo era más pequeña que Frieda y Pecola, no había llegado aún al punto crítico de mi desarrollo psíquico que me permitiera querer a Shirley. Lo que sentía en aquella época era un odio impoluto. Pero antes de aquello ya había sentido algo más extraño y más alarmante que el odio por todas las Shirley Temple del mundo.

Empezó en Navidad con los regalos de muñecas. El regalo supremo, el especial, el más amoroso era siempre un gran bebé de ojos azules. Por los ruidos cloqueantes que emitían los adultos, yo sabía que aquella muñeca representaba lo que ellos creían que era mi más preciado deseo. A mí me dejaba estupefacta tanto la cosa en sí como el aspecto que tenía. ¿Qué se esperaba que hiciese yo con ella? ¿Fingir que era su madre? No me interesaban ni los bebés ni el concepto de maternidad. Me interesaban

sólo los seres humanos de mi edad y de mi tamaño, y era incapaz de experimentar el menor entusiasmo ante la perspectiva de ser madre. Maternidad equivalía a vejez y a otras posibilidades remotas. Aprendí rápidamente, no obstante, lo que se suponía que debía hacer con la muñeca: acunarla, inventar historiadas situaciones en torno a ella, incluso dormir con ella. Los libros ilustrados estaban llenos de niñas que dormían con sus muñecas. Generalmente eran muñecas de trapo, pero en mi caso éstas eran inaceptables. Me repugnaban físicamente y, en secreto, me asustaban aquellos ojos redondos y estúpidos, la cara de torta y el pelo de color naranja que parecía compuesto de gusanos.

Las demás muñecas, que en teoría debían proporcionarme un gran placer, coincidían en justamente lo contrario. Cuando me llevaba una muñeca a la cama, sus miembros duros y rígidos repelían mi carne; las yemas ahusadas de sus dedos me arañaban. Si, dormida, me volvía entre las sábanas, la cabeza fría y dura como un hueso colisionaba con la mía. Era la compañía más incómoda y evidentemente más agresiva que una podía tener en el lecho. Y abrazarla no resultaba en absoluto más gratificante. La gasa almidonada o los encajes del vestido de algodón te irritaban la piel. A mí me inspiraba un solo deseo: despedazarla. Ver de qué estaba hecha, descubrir su presunta dulzura, encontrar la belleza, el deseado encanto que a mí se me escapaba, y al parecer únicamente a mí. Adultos, niñas mayores, tiendas, revistas, diarios, escaparates, el mundo entero se había puesto de acuerdo en que una muñeca de piel rosada, cabello amarillo y ojos azules era lo que toda niña consideraba un tesoro. «Mira —decían— lo bonito es esto, y si tú lo mereces debes tenerlo». Yo tocaba con los dedos la cara de la muñeca, intrigada por sus cejas, que eran un simple trazo; le rascaba los nacarados dientes, que asomaban como dos teclas de piano entre los labios rojos. Reseguía el perfil de la nariz respingona, picaba los vidriosos ojos azules, retorcía los pelos amarillos. No podía amarla, pero sí podía examinarla para ver qué era lo que el mundo entero clasificaba como adorable. Había que romper los diminutos dedos, doblar aquellos pies planos, desprender el cabello, retorcerle el cuello para que la cabeza girase, y la muñeca producía entonces un sonido; un sonido que decían que era un dulce y quejumbroso: «Mamá» pero que yo interpretaba como el balido de una oveja moribunda o, más exactamente como el chirriar de las bisagras oxidadas cuando la puerta de nuestra nevera se abría en el mes de julio. Si arrancabas aquellos fríos y estúpidos ojos, la muñeca seguía balando, «Aaaah»; si le quitabas la cabeza, vaciabas a sacudidas el serrín, le rompías la espalda contra la barra metálica de la cabecera de la cama, continuaba balando. Cuando el tendal de la espalda se desgarraba, entonces veías el disco con seis agujeros, el secreto del sonido. Una simple pieza redonda de metal.

Las personas mayores fruncían el ceño y te agobiaban a protestas: «Tú-no-das-valor-a-nada.Jamás-en-mi-vida-tuve-yo-una-muñeca-así-y-me-quemé-los-ojos-

llorando-por-tener-la.Ahora-tú-tienes-una-es-preciosa-y-te-dedi-cas-a-romperla-qué-pasa-contigo…».

Qué ardiente era su indignación. Las lágrimas amenazaban con borrar el distanciamiento de su autoridad. La emoción de años y años de anhelos insatisfechos velaba sus voces. Y yo no sabía por qué destruía aquellas muñecas. Lo único que sabía era que nadie me había preguntado nunca qué deseaba por Navidad. Si algún adulto capacitado para satisfacer mis deseos me hubiese tomado en serio y preguntado lo que quería, habría sabido que yo no quería tener nada, no quería poseer ningún objeto. Deseaba más bien sentir algo el día de Navidad. La pregunta adecuada debería haber sido: «Querida Claudia, ¿qué experiencia te gustaría tener por Navidad?». Y yo habría respondido: «Me gustaría sentarme en el taburete bajo de la cocina de la abuela con un montón de lilas en la falda y escuchar al abuelo tocar el violín sólo para mí». El tamaño del taburete adecuado a mi cuerpo, la seguridad y el calor de la cocina de la abuela, el perfume de las lilas, el sonido de la música y, puesto que sería muy agradable que participasen todos mis sentidos, quizá, después, el sabor de un melocotón.

En cambio, saboreaba u olía la acritud de los platos y tazas de estaño reservados para tomar el té en ceremonias que me aburrían. En cambio, contemplaba con aversión los vestidos nuevos que requerían de un odiado baño en una bañera de zinc galvanizado antes de que te los pusieras. El zinc resbalaba, no había tiempo para jugar ni para remojarse porque el agua se enfriaba muy deprisa; no había tiempo para disfrutar de la propia desnudez, únicamente lo había para hacer que entre tus piernas bajaran cascadas de agua jabonosa. Después, las toallas rasposas y la molesta y humillante ausencia de suciedad. La irritante y nada imaginativa limpieza. Adiós a las señales de tinta en piernas y cara a todas mis creaciones y acumulaciones del día que había transcurrido, sustituidas por la carne de gallina.

Yo destruía bebés blancos.

Pero el desmembramiento de muñecas no era horror genuino. Lo genuinamente horrible era la transferencia de los mismos impulsos a las niñas blancas. La indiferencia con que las habría destrozado a hachazos cedía sólo ante mi deseo de hacerlo, de descubrir algo que eludía mi comprensión: el secreto de la magia que ellas ejercían sobre otras personas. Lo que hacía que la gente las mirase y dijera: «Oooh», y no lo dijese al mirarme a mí. La caída de ojos de las muñecas negras cuando se acercaban a ellas en la calle y la posesiva delicadeza de sus manos cuando las tocaban.

Si las pellizcaba, sus ojos —a diferencia del lustre enloquecido de los ojos de los bebés de juguete— se cerraban de dolor, y su grito era un fascinante grito de dolor, no el chirrido de la puerta de una nevera. Cuando descubrí cuan repulsiva era esta violencia desinteresada, y que era repulsiva porque era desinteresada, mi vergüenza

deambuló torpemente en busca de refugio. El mejor escondrijo fue el amor; de ahí la conversión del prístino sadismo a la aversión manufacturada y al amor fraudulento. Era un pequeño pasito hacia Shirley Temple. Mucho después aprendí a adorarla, igual que aprendí a deleitarme en la limpieza, sabiendo, incluso cuando ya lo había aprendido, que el cambio era una adaptación, no una mejora.

—Tres botellas de leche. Eso es lo que había *ayer* en la nevera. Tres botellas intactas. Ahora no hay ninguna. No hay ni una gota. No me importa que la gente venga y coja lo que necesita, ¡pero tres botellas de leche! ¿Para qué demonios necesita nadie *tres* botellas de leche?

La «gente» a que mi madre se refería era Pecola. Nosotras, Pecola, Frieda y yo, la oíamos lamentarse, abajo, en la cocina, de la cantidad de leche que Pecola había bebido. Sabíamos que Pecola estaba encaprichada con la taza de Shirley Temple y aprovechaba cualquier ocasión para beber leche en ella y de paso, al levantarla, encontrarse frente al dulce rostro de Shirley. Mi madre, a su vez, sabía que Frieda y yo detestábamos la leche y suponía que Pecola la bebía por pura glotonería. Discutírselo no era cosa nuestra. Nosotras nunca iniciábamos conversaciones con adultos; sólo respondíamos a sus preguntas.

Avergonzadas por los insultos que se prodigaban a nuestra amiga, nos quedamos donde estábamos: yo sentada, abstraída, Frieda a mi lado limpiándose las uñas con los dientes y Pecola siguiendo con la punta del dedo una cicatriz que tenía en la rodilla, la cabeza inclinarla hacia un lado. Los quejumbrosos soliloquios de mi madre nos irritaban y deprimían siempre. Eran interminables, ofensivos, y aunque indirectos (mamá nunca menciona a nadie por su nombre, sólo hablaba de «gente» y de «ciertas personas»), sumamente dolorosos por su intención. Podía entregarse a ellos durante horas, conectando un lamento con otro hasta haber expulsado de su interior todas las cosas que la mortificaban. Luego, tras haber hablado de todo y de todos, ya desahogada, entonaba una canción y continuaba cantando el resto del día. Pero pasaba mucho tiempo antes de que llegase la etapa de los cánticos. Mientras tanto, oprimidos los estómagos, encendidos los pescuezos, nosotras escuchábamos, evitábamos mirarnos a los ojos unas a otras y nos entreteníamos como podíamos.

—… No sé qué se supone que funciona aquí; una casa de caridad, diría yo. Creo que ya es hora de que pase del bando de los que *dan* al de los que *reciben*. Se espera, diría yo, que no he de tener nada, se *espera* que termine en el asilo de pobres. Parece que nada de lo que hago evitará que termine allí. La gente se pasa el día imaginando maneras de enviarme al asilo. Tengo tantas posibilidades de alimentar una boca más como un gato de que le salgan alas. Como si no me diera ya suficientes problemas ocuparme de mi familia y apartarme del asilo de pobres, ahora hay aquí cierta persona que simplemente se me va a *beber*. Bien, pues no, no lo hará. No mientras

haya fuerza en mi cuerpo y lengua en mi boca. Todo tiene un límite. Esto *no* lo aguantaré. Nadie necesita *tres* botellas de leche. Ni siquiera Henry *Ford* necesita tres botellas de leche. Es absolutamente *pecaminoso*. Yo estoy dispuesta a hacer lo que pueda por la gente. Nadie se atreverá a decir lo contrario. Pero esto tiene que acabarse, y soy yo quien debe acabarlo. La Biblia dice que vigiles *tanto* como rezas. La gente simplemente te echa encima a sus hijos y sigue por ahí ocupándose de sus asuntos. Nadie se acerca ni siquiera a *mirar* si esa criatura tiene una rebanada de pan que llevarse a la boca. Parece que debería *importarles* saber si yo tengo una rebanada de pan que darles. Pero no. Esa idea ni se les ocurre. Ese sinvergüenza de Cholly lleva *dos* días fuera de la cárcel y *todavía* no ha venido a ver si su propia hija está viva o muerta. Por lo que a él le importa, podría estar *muerta*. Y la *madre* otro tanto. ¿Qué clase de gente es ésta?

Cuando mamá sacaba a relucir a Henry Ford y a toda aquella gente que no se preocupaba de si tenía o no una rebanada de pan, era momento de marcharse. Queríamos ahorrarnos la parte referente a Roosevelt y sus campamentos cívicos.

Frieda se levantó y comenzó a bajar las escaleras. Pecola y yo la seguimos, y las tres describimos un amplio arco para evitar la puerta de la cocina. Nos sentamos en los peldaños del porche, donde las palabras de mi madre sólo nos llegaban con intermitencias.

Era un sábado solitario. La casa olía a Fels Naphtha y a las legumbres que se estaban cociendo. Los sábados eran siempre días solitarios, jabonosos, tristes, propicios a la irritación. En la escala de las calamidades sucedían inmediatamente a aquellos tensos, rígidos domingos, plagados de pastillas para la tos, de «no» y de «siéntate».

Si mi madre estaba en vena de cantar, la cosa no era tan lúgubre. Sus canciones solían hablar de tiempos difíciles, malos tiempos, tiempos de alguien-me-hizo-algo-y-me-abandonó. Pero su voz era tan melodiosa y sus ojos, cuando cantaba, tan tiernos, que yo llegaba a añorar aquellos tiempos difíciles, a suspirar por el día en que sería mayor «sin tener ni diez centavos a mi nombre». Esperaba con ansiedad el momento delicioso en que «mi hombre» me abandonaría, cuando «odiaría ver ponerse el sol de aquella tarde»… porque entonces sabría que «mi hombre se había marchado de la ciudad». La aflicción coloreada por los verdes y azules de la voz de mi madre se llevaba toda la pena de las palabras y me dejaba con la convicción de que el dolor no sólo era soportable, sino grato.

Sin canciones, no obstante, aquellos sábados pesaban sobre mi cabeza como un balde de carbón, y si mamá se excedía en sus jeremiadas, como ocurría ahora, mi sensación era de que alguien, además, estaba apedreando el balde.

—… y aquí estoy, pobre y charlatana. ¿Quién se creen que soy? ¿Una especie de Sandy Claus? En este caso mejor será que descuelguen sus calcetines, porque *no*

habrá Navidad…

Nosotras nos impacientábamos.

—Hagamos algo —dijo Frieda.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté yo.

—No lo sé. Nada.

Frieda tenía la mirada perdida entre las copas de los árboles. Pecola se miraba los pies.

—¿Queréis que subamos al cuarto de Mr. Henry y fisguemos sus revistas de chicas desnudas?

Frieda hizo una mueca. No le gustaban las fotos guarras.

—Está bien —añadí yo al cabo de un momento—, podemos mirar su Biblia. Es bonita, ¿no? —Frieda emitió un ruido de chupeteo, seguido de un *ffftt* hecho con los dientes y los labios—. Pues entonces iremos a enhebrarle agujas a esa señora medio ciega. Nos dará un penique.

Frieda soltó un resoplido.

—Tiene los ojos como de moco. No me atrevo ni a mirárselos. ¿Qué quieres hacer *tú*, Pecola?

—Lo mismo me da —dijo la aludida—. Cualquier cosa que se os ocurra.

Yo tuve otra idea.

—Podemos ir por el callejón y ver lo que hay en los cubos de basura.

—Ya lo hemos hecho demasiadas veces —replicó Frieda, cada vez más aburrida e irritable.

—O entrar a preparar un pastel o algo así.

—¡Tú estás de broma! ¿Con mamá despotricando en la cocina? Cuando empieza a fastidiar hasta a las mismas paredes ya sabes que seguirá igual todo el día. No nos dejaría, además.

—Pues no sé, vayamos al hotel griego y escuchemos hablar a todos aquellos tíos.

—Oh, ¿y a quién le interesa eso? Dicen siempre las mismas cosas, siempre repiten las mismas bromas, con las mismas palabras.

Agotado mi repertorio de ideas, procedí a concentrarme en las motas blancas de las uñas de mis dedos. El total significaba el número de novios que tendría. Siete.

El soliloquio de mamá se deslizaba hacia el silencio:

—… dice la Biblia que des de comer al hambriento, y eso está bien, es correcto. Pero yo no tengo por qué alimentar elefantes… Quien necesite tres botellas de leche para *vivir*, que salga de esta casa. Se ha equivocado de sitio. ¿Qué es esto? ¿Una granja *lechera*, quizá?

Súbitamente, Pecola hizo un movimiento brusco, se levantó y se quedó tiesa, desorbitados los ojos por el terror. De su boca salía, apagado, un relincho lastimero.

—¿Qué te pasa? —inquirió Frieda, sobresaltada, levantándose también.

Ambas miramos entonces hacia donde miraba Pecola. Por las piernas de ésta corría sangre. Unas cuantas gotas habían caído en los peldaños.

Salté, dispuesta a ayudarla.

—¡Oye! ¿Te has hecho algún corte? Mira, tienes el vestido lleno de manchas.

Una mancha en particular, grande y de color marrón, se extendía por la parte trasera de la falda. Pecola seguía relinchando, de pie y con las piernas muy abiertas.

Frieda exclamó:

—¡Oh, Señor! Ya lo sé, ¡ya sé lo que es eso!

Pecola se llevó las manos a la boca.

—¿Qué?

—Es la ministración.

—¿Es *qué*?

—Ya me entiendes.

—¿Voy a morirme?

—Nooo. No vas a morirte. ¡Sólo significa que puedes tener un hijo!

—¿Qué?

—¿Y *tú* cómo lo sabes? —intervine yo, hastiada de que Frieda lo supiera siempre todo.

—Mildred me lo dijo. Y mamá también.

—No me lo creo.

—No tienes por qué creerlo, imbécil. Mira. Espera aquí. Y tú siéntate, Pecola, ahí. —Frieda era toda autoridad y energía—. Ahora —me dijo a mí—, ve a buscar agua.

—¿Agua?

—Sí, estúpida. Agua. Y no armes estrépito, o mamá te oirá.

Pecola volvió a sentarse, al parecer un poco menos asustada. Yo me dirigí a la cocina.

—¿Qué quieres, niña?

Mamá enjuagaba unas cortinas en el fregadero.

—Un poco de agua, señora.

—Justo donde yo estoy trabajando, naturalmente. Vamos, coge un vaso. No uno limpio. Usa este bote.

Tomé uno de los botes de vidrio donde se guardaban las conservas, que llené con agua del grifo. Me pareció que tardaba una eternidad en llenarse.

—Aquí nadie quiere nada hasta que me ve en el fregadero. Entonces todo el mundo necesita beber agua…

Con el bote lleno me dispuse a salir de la cocina.

—¿Adónde vas?

—Ahí fuera.

—¡El agua te la beberás aquí!

—No romperé nada.

—Tú nunca sabes lo que harás.

—Sí, señora, sí lo sé. Deja que me lo lleve afuera. No me caerá ni una gota.

—Mejor será que no te caiga.

Llegué al porche, y allí me paré con el bote de agua en la mano. Pecola lloraba.

—¿Por qué lloras? ¿Te duele? —Sacudió negativamente la *cabeza*—. Pues basta de mocos, anda.

Frieda asomó por la puerta trasera. Llevaba algo plegado debajo de la blusa. Me miró con sorpresa y señaló el bote.

—¿Para qué es?

—Tú me lo has pedido. Has *dicho* que trajera un poco de agua.

—¡Pero no un botecito! ¡Mucha más! ¡Para fregar los peldaños, tonta!

—¿Cómo querías que lo supiera?

—Sí, cómo ibas a saberlo. Oh, Señor, vamos. —Tiró del brazo a Pecola—. Vámonos ahí detrás.

Ambas echaron a andar hacia el lado de la casa donde los arbustos eran más espesos.

—¡Jey! ¿Y yo qué? Quiero ir con vosotras.

—Caaaalla —susurró teatralmente Frieda—. Mamá puede oírte. Tú limpia los peldaños.

Desaparecieron las dos por la esquina.

Estaba a punto de perderme algo. Una vez más. Iba a ocurrir algo importante, y yo tenía que quedarme atrás y no ver nada. Derramé el agua sobre los peldaños, los restregué un par de veces con la suela del zapato y salí corriendo a reunirme con Pecola y Frieda.

Encontré a Frieda arrodillada, con un rectángulo de algodón blanco a su lado, en el suelo. Le estaba quitando las bragas a Pecola.

—Vamos, vamos. Levanta un pie, sácalo, ahora el otro. —Cuando tuvo las sucias bragas en la mano me las tiró a mí—. Toma.

—¿Qué se supone que he de hacer con esto?

—Entiérralas, tonta.

Frieda dijo a Pecola que se aguantara la cosa de algodón entre las piernas.

—¿Cómo va a andar así? —pregunté yo.

Mi hermana no contestó. En silencio, desprendió dos imperdibles del dobladillo de su falda y comenzó a fijar los extremos de la cosa al vestido de Pecola.

Yo recogí las bragas con los dedos y miré en torno buscando algo con que cavar un agujero. Un rumor de hojas en los arbustos me sobresaltó, y al volverme vi un par de ojos fascinados en una cara como de masa blanca. Rosemary nos observaba. Eché mano a su cara y conseguí arañarle la nariz. Ella chilló y retrocedió de un salto.

—¡Señora MacTeer! ¡Señora MacTeer! —vociferó—. ¡Frieda y Claudia están aquí fuera jugando a porquerías! ¡Señora MacTeer!

Mamá abrió la ventana y se asomó a mirarnos.

—¿Qué?

—Juegan a porquerías, señora MacTeer. Fíjese. ¡Y Claudia me ha pegado porque las he visto!

Mi madre cerró la ventana de golpe. Acudió corriendo por la puerta trasera.

—¿Qué estáis haciendo? Oh. Ujú. Ujú. Jugando a porquerías, ¿eh? —Se acercó a los arbustos y arrancó una rama—. Preferiría criar cerdos antes que niñas repulsivas, ¡por lo menos podría enviarlos al matadero!

Nosotras empezamos a dar alaridos.

—No, mamá. No, señora. ¡No hemos hecho nada malo! ¡Rosemary es una mentirosa! ¡No, señora, mamá! ¡No, señora, mamá!

Mamá agarró a Frieda por el hombro y le hizo dar media vuelta y le azotó tres o cuatro veces las piernas con la rama.

—Conque juegos sucios, ¿eh? ¡Pues ya se han acabado!

Frieda estaba destrozada. Los azotes la insultaban tanto como la herían.

Mamá miró a Pecola.

—¡Y tú también! —dijo—. ¡Hija mía o no!

Agarró a Pecola y le dio media vuelta como había hecho con Frieda. En aquel momento se soltó uno de los imperdibles de la cosa de algodón, y mamá vio que ésta caía por debajo del vestido. La temible rama se detuvo en el aire, y mamá pestañeó.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Frieda sollozaba. Yo, que había quedado en segundo término, decidí explicarlo:

—A Pecola le salía sangre. ¡Sólo procurábamos parar la sangre!

Mi madre miró a Frieda como esperando su confirmación. Ella asintió con la cabeza.

—Está ministrando. Queríamos ayudar.

Mamá soltó a Pecola y se quedó un instante inmóvil, mirándola. Luego las atrajo a las dos hacia sí, apretó sus cabezas contra su vientre. Tenía los ojos llenos de aflicción.

—Está bien, está bien. Ahora basta de lloros. No lo sabía. Vamos, vamos. Entrad en casa. Tú vete a la tuya, Rosemary. La fiesta ha terminado.

Entramos en tropel, Frieda conteniendo los sollozos, Pecola con una cola blanca, yo transportando las bragas de la niña convertida en mujer.

Mamá nos llevó al cuarto de baño. Empujó a Pecola al interior, me quitó las bragas de la mano y nos ordenó que esperásemos fuera.

A través de la puerta oímos el rumor del agua en la bañera.

—¿Piensas que va a ahogarla?

—Oh, Claudia, qué boba eres. Sólo va a lavarla y a lavarle la ropa.

—¿Te parece que salgamos a pegar a Rosemary?

—No, déjala en paz.

El agua borboteaba, y por encima de los borboteos podíamos oír la música de la risa de mi madre.

Aquella noche, en la cama, las tres estábamos muy quietas. Nos sentíamos llenas de admiración temerosa y de respeto hacia Pecola. Estar acostadas junto a una persona de verdad que realmente ministraba era en cierta manera algo sagrado. Ella era ahora distinta a nosotras, como mayor. Pecola misma percibía la distancia, pero rehusaba tratarnos con altanería.

Al cabo de mucho rato dijo en voz baja:

—¿Será verdad que ya puedo tener un hijo?

—Seguro —respondió Frieda, soñolienta—. Seguro que puedes.

—Pero… ¿cómo?

En la voz de Pecola se mezclaban el pasmo y la curiosidad.

—Oh —dijo Frieda—, alguien tiene que amarte.

—Ah.

Hubo una larga pausa, durante la cual Pecola y yo reflexionamos sobre lo que acabábamos de oír. Implicaría, supuse yo, a «mi hombre», quien, antes de abandonarme, me amaría. Pero no nacían niños en las canciones que mi madre cantaba. Quizá por esto las mujeres estaban tristes: los hombres las abandonaban antes de que pudieran hacer un bebé.

Después Pecola preguntó una cosa que a mí no se me había ocurrido nunca:

—¿Pero cómo se hace? Quiero decir, ¿cómo hace una que alguien la ame?

Pero Frieda ya se había dormido. Y yo no lo sabía.

HEAQUILACASAESVERDEYBLANCATIENEUNAPUERTAROJAESMUYBONITAESMUYBONITABONITABONITABONITABO

Hay un almacén abandonado en la esquina sudeste de Broadway y la calle Treinta y cinco, en Lorain, Ohio. No se confunde con el cielo plomizo que le sirve de fondo ni armoniza con el marco de casas grises y negros postes telefónicos que lo rodea. Más bien se introduce solapadamente en la visión del transeúnte de una forma que es a un tiempo irritante y deprimente. Los forasteros que llegan a esta pequeña población en coche se preguntan por qué el almacén no habrá sido derribado, mientras que los peatones, que suelen residir en el vecindario, simplemente miran hacia otra parte cuando pasan por delante de él.

En cierta época, cuando el edificio alojaba una pizzería, la gente no veía más que adolescentes de paso lento apiñados en la esquina. Aquellos chicos se reunían allí para rascarse la entrepierna, fumar cigarrillos y planear inocentes desafueros. Inhalaban profundamente el humo de aquellos cigarrillos, forzándolo a invadir sus pulmones, sus corazones, sus muslos, y acorralar el temple y la energía de su juventud. Se movían despacio, reían despacio, pero sacudían la ceniza de sus cigarrillos con excesiva premura, con demasiada frecuencia, revelándose ante cualquiera como novicios en el hábito. Antes, sin embargo, del rumor de sus mugidos y la exhibición de su fatuidad, el edificio estuvo arrendado a un pastelero húngaro, modestamente famoso por sus brioches y sus panes de especias. Antes aún, hubo allí las oficinas de una agencia inmobiliaria, y previamente lo habían utilizado unos gitanos como base de operaciones. La familia gitana dio a la gran luna del escaparate más carácter y distinción que los que tuvo nunca. Las chicas de la familia se turnaban en sentarse entre las cascadas de colgaduras de terciopelo y tapices orientales que pendían del techo. Miraban al exterior y ocasionalmente sonreían o guiñaban un ojo o hacían gestos de invitación, aunque esto último en muy raras circunstancias. Generalmente se limitaban a mirar, y sus elaboradas vestiduras, de largas mangas y larga falda, disimulaban la desnudez que se erguía en sus ojos.

Tan fluida había sido la población en aquella zona que probablemente no hay nadie cuyos recuerdos lleguen muy lejos, a la época precedente a la de las gitanas y a la de los adolescentes, cuando los Breedlove vivían allí, instalados todos juntos en la parte delantera del almacén. Pudriéndose juntos en los escombros del capricho de un corredor de fincas. Inadvertidos, entraban y salían de aquel cajón de un gris descascarillado, sin dejar ninguna impresión en el vecindario, sin causar alboroto en la mano de obra, sin levantar olas en la oficina de la alcaldía. Cada miembro de la

familia en su propia célula de conciencia, cada uno confeccionando su propia realidad como se confecciona una colcha de retales: a copia de recoger fragmentos de experiencia aquí, pedazos de información allá. De las ínfimas impresiones que se entresacaban unos a otros crearon un sentimiento de pertenencia mutua y trataron de arreglárselas con el concepto que cada uno tenía de los demás.

El plano de la vivienda era tan poco imaginativo como podía esperarse de un propietario griego de primera generación. La amplia superficie de «almacén» estaba dividida en dos habitaciones por medio de tabiques de fibra de cartón que no llegaban hasta el techo. Había un cuarto de estar, que la familia llamaba cuarto delantero, y el dormitorio, donde toda la vida transcurría. En el cuarto delantero se encontraban dos sofás, un piano vertical y un pequeño árbol de Navidad artificial que llevaba allí, decorado y cubierto de polvo, un par de años. El dormitorio tenía tres camas: una estrecha cama de hierro para Sammy, de catorce años, otra para Pecola, once años, y una cama doble para Cholly y la señora Breedlove. En el centro del dormitorio, a fin de que el calor se distribuyera por igual, se había instalado una estufa de carbón. Baúles, sillas, una mesa auxiliar y una gran caja de cartón que hacía los oficios de armario ropero estaban arrimados a las paredes. La cocina, situada detrás, era una habitación aparte. En cuanto a facilidades higiénicas no existía ni una, excepto un retrete, inaccesible a la vista, si no al oído, de los moradores.

Y nada queda por contar del mobiliario y accesorios. En conjunto lo eran todo menos descriptibles, como resultado de haber sido concebidos, fabricados, despachados y vendidos en diversos estados de irreflexión, avaricia e indiferencia. Los muebles habían envejecido sin haberse hecho familiares. Las personas que los habían poseído nunca los conocieron. Nadie había perdido una moneda o un broche entre los cojines de los sofás ni recordado el lugar y el momento de la pérdida o del hallazgo. Nadie había chasqueado la lengua y dicho: «¡Pero si *lo tenía* hace apenas un minuto! Estaba sentada ahí hablando con…». O bien: «¡Aquí está! Habrá resbalado mientras le daba el biberón a la niña». Nadie había parido en ninguna de aquellas camas; nadie recordaba con afecto los descascarillados de la pintura porque eran los puntos que el bebé rascaba cuando aprendió a levantarse solo. Ningún chico de espíritu ahorrativo se había guardado un chicle mascado pegándolo debajo de la mesa. Ningún borracho feliz —un amigo de la familia, con el cuello grueso, soltero, ya sabes, pero ¡Dios mío, cuánto come!— se había sentado al piano y tocado *You Are My Sunshine*. Ninguna muchacha había mirado el arbolito de Navidad y recordado cuándo lo decoró, o pensado si aquella bola azul se aguantaría, o si ÉL volvería algún día para verlo.

No había recuerdos entre aquellas piezas. Por supuesto, ningún recuerdo que abrigar. Ocasionalmente un detalle provocaba una reacción física: un aumento de la irritación ácida en el tramo superior del tracto intestinal, un ligero sofoco o

transpiración en la nuca si se mencionaban determinadas circunstancias concernientes a la pieza de mobiliario. El sofá, por ejemplo. Había sido comprado nuevo, pero la tela se había rajado en el dorso de punta a punta a la hora de entregarlo. La tienda no quiso asumir la responsabilidad…

Aliento de Listerine y Lucky Strike:

—Oiga, mire, amigo. Estaba perfecto cuando lo cargué en el camión. La empresa no puede hacer nada a partir del momento en que…

Ojos suplicantes y testículos apretados:

—Pues yo no me quedo un sofá roto si lo he comprado nuevo.

—Mala suerte, amigo. Ha tenido muy mala suerte.

Tú puedes detestar un sofá, por supuesto; es decir, si eres capaz de detestar un sofá. Pero no importa. Pese a ello tienes que reunir $4,80 al mes. Si has de pagar $4,80 al mes por un sofá que empezó tarado, mala cosa, y humillante; poseerlo no te causará la menor alegría. Y la falta de alegría apesta y lo invade todo. La peste te impedirá pintar los tabiques de fibra de cartón, reparar el asiento de la silla con una pieza de tela a juego, e incluso zurcir el desgarrón del sofá, que se convertirá en un chirlo grande y por último en una grieta abismal que pone en evidencia la mala calidad de la estructura y la todavía peor del tapizado. Ello elimina el reconfortante placer de una siesta en aquel sofá. Impone una nota furtiva en el amor que se hace sobre él. Es como el diente dolorido que no se contenta con doler aislado, sino que difunde su dolor a otras partes del cuerpo: te dificulta la respiración, te limita la visión, te altera los nervios; de igual modo un mueble que detestas produce un inquietante malestar que se va afirmando por toda la casa y mata el deleite de cosas que aparentemente no están relacionadas con él.

La única cosa viva en la casa de los Breedlove era la estufa de carbón, que llevaba una vida independiente de todo y de todos y cuyo fuego estaba «apagado», «contenido» o «alto» a su propia discreción, pese al hecho de que la familia lo alimentaba y conocía todos los detalles de su régimen: dejar que chisporrotee, no descuidarlo, no cargarlo demasiado ahora… El fuego parecía vivir, declinar o morir de acuerdo con su propio esquema. Por la mañana, sin embargo, siempre tenía a bien morirse.

HEAQUIALAFAMILIALAMADREELPADREDICKYJANEVIVENENLACASAVERDEYBLANCASONMUYFELICESMUYFE

Los Breedlove no vivían en la parte delantera de un almacén porque tuvieran dificultades temporales debidas a los reajustes que se producían en la industria. Vivían allí porque eran pobres y negros, y se quedaron allí porque se creían feos. Aunque su pobreza era tradicional y embrutecedora, no era única. Pero su fealdad sí era única. Nadie les habría convencido de que no eran inexorable y agresivamente feos. Con excepción del padre, Cholly, cuya fealdad (resultado de la desesperanza, de la disipación y de la violencia dirigida contra cosas triviales y personas débiles) dependía de su comportamiento, el resto de la familia —la señora Breedlove, Sammy Breedlove y Pecola Breedlove— llevaba su fealdad, por decirlo así, puesta, aunque no les pertenecía. Los ojos, ojos pequeños y muy juntos bajo frentes estrechas. Los bajos e irregulares perfiles del cuero cabelludo, que parecían más irregulares aún en contraste con las rectas y tupidas cejas con las que casi se unían. Narices agudas pero quebradas, con ventanas insolentes. Tenían los pómulos altos y las orejas vueltas hacia delante. Sus bien formados labios llamaban la atención, no hacia ellos mismos sino hacia el resto de la cara. Mirabas a aquellas personas y te preguntabas por qué serían tan feas; las mirabas desde más cerca y no encontrabas razón alguna. Luego te dabas cuenta de que el motivo era la convicción, su convicción. Era como si algún misterioso maestro omnisciente hubiera dado a cada uno un manto de fealdad para que lo llevasen y ellos lo hubiesen aceptado sin rechistar. El maestro había dictaminado: «Sois personas feas». Ellos se habían examinado a sí mismos sin ver nada que contradijera el dictamen; vieron, de hecho, que lo confirmaban todos los carteles de las vallas publicitarias, todas las películas, todas las miradas. «Sí, tiene usted razón», dijeron. Y tomaron en sus manos la fealdad, se la echaron encima como una capa y se fueron por el mundo con ella. Cada uno la manejó a su manera. La señora Breedlove lo hizo como lo haría un actor con un elemento de su vestuario: para la mejor expresión de su personaje, como soporte de un papel, el de mártir, que con frecuencia imaginaba que era el suyo. Sammy utilizó su fealdad como un arma para causar daño a otros. Ajustó a ella su comportamiento, eligió a sus compañeros basándose en ella: personas a las que su fealdad fascinaba, intimidaba incluso. Y Pecola. Ella se escondió detrás de la suya. Disimulada, velada, eclipsada; asomando muy raras veces del amparo del manto, y aun entonces sólo para anhelar la pronta recuperación de su disfraz.

Esta familia, una mañana de sábado, en octubre, empezó, miembro por miembro,

a agitarse para pasar de su sueño de riqueza y venganza a la anónima miseria de su almacén.

La señora Breedlove salió de la cama sin hacer ruido, se puso un suéter encima del camisón (que era un vestido viejo), y se encaminó a la cocina. Su pie bueno producía unos sonidos secos y duros; el torcido siseaba arrastrado sobre el linóleo. En la cocina los sonidos fueron de puertas, grifos y cacerolas, ruidos sordos, aunque las amenazas que implicaban eran patentes. Pecola abrió los ojos y se quedó quieta mirando la estufa apagada. Cholly refunfuñó, se revolvió en la cama un minuto y enseguida recuperó su inmovilidad.

Incluso desde donde estaba acostada, Pecola olía la peste a whisky que despedía Cholly. Los ruidos de la cocina se hicieron menos sordos, más sonoros. En los movimientos de la señora Breedlove había una intención y un propósito que nada tenían que ver con la preparación del desayuno. La conciencia de esto, sustentada por múltiples evidencias del pasado, hizo que Pecola contrajera los músculos del estómago y contuviese la respiración.

Cholly había vuelto a casa borracho. Por desdicha estaba demasiado borracho para organizar un altercado, de manera que todo el jaleo tendría que estallar esta mañana. Como no se había producido inmediatamente, a la inminente pelea le faltaría espontaneidad; sería una cosa calculada, sin vida, sin inspiración.

La señora Breedlove entró repentinamente en el cuarto y se paró a los pies de la cama donde estaba tendido Cholly.

—En casa no hay carbón.

Cholly no se movió.

—¿No me has oído?

La señora Breedlove golpeó con la mano el pie de Cholly. Éste abrió lentamente los ojos. Los tenía rojos y amenazadores. Sin excepción, los ojos de Cholly eran los más ruines del lugar.

—¡Ooooh, mujer!

—He dicho que no hay carbón. En esta casa hace un frío de teta de bruja. Con tanto whisky metido en el culo no notarías ni el fuego del infierno, pero yo tengo frío. He de hacer un montón de cosas y no quiero helarme.

—Déjame en paz.

—No hasta que me traigas carbón. Si trabajar como una mula no me da derecho a un poco de calor, ¿para qué lo hago? Tú, por descontado, no contribuyes con nada. Si de ti dependiera estaríamos todos muertos. —Su voz punzaba el cerebro como un dolor de oído—. Si crees que voy a arrastrarme por ahí fuera y traer el carbón yo, más vale que vuelvas a pensarlo.

Una burbuja de violencia reventó en la garganta de Cholly:

—¡Me importa una mierda tu carbón!

—¿Vais a salir tú y tu borrachera de esa cama a traérmelo, o no?

Silencio.

—¡Cholly!

Silencio.

—No me pongas a prueba esta mañana, hombre. ¡Di una palabra más, y te rajo!

Silencio.

—Está bien. Está bien. Pero si estornudo una vez, una sola vez, ¡Dios se apiade de ti!

Sammy ya estaba también despierto, pero fingía dormir. Pecola continuaba con los músculos del estómago contraídos y reteniendo la respiración. Todos ellos sabían que la señora Breedlove podía coger carbón del cobertizo, que lo cogería y que seguramente ya lo había hecho, o que podía enviar a Sammy o Pecola. Pero la disputa pendiente desde la víspera flotaba como la primera nota de un canto fúnebre en la atmósfera lúgubre y expectante de la casa. La aventura de una borrachera, por rutinaria que fuese, tenía su propio ceremonial de clausura. Los ínfimos e inidentificables días que la señora Breedlove vivía se caracterizaban, agrupaban y clasificaban gracias a aquellos altercados. Ellos daban solidez a minutos y horas que de otro modo serían inanes y no dejarían la menor huella. Ellos aligeraban el aburrimiento de la pobreza, introducían esplendor en las míseras habitaciones. En aquellas violentas rupturas de la rutina, que eran a su vez rutina, ella podía desplegar el estilo y la imaginación de la que creía era su genuina personalidad. Privarla de aquellas broncas era quitar todo el sabor y la racionalidad a su vida. Cholly, con su habitual embriaguez y su vileza, proporcionaba a ambos el material que necesitaban para hacer tolerable, además de la vida de ella, la de él. La señora Breedlove se consideraba a sí misma una mujer honesta y cristiana, agobiada por la carga de un marido inútil a quien Dios quería que ella castigara. (Cholly estaba más allá de la redención, por supuesto, aparte que su redención no era lo que contaba: a la señora Breedlove no le interesaba Cristo el Redentor, sino más bien Cristo el Juez). No era raro oírla platicar con Jesús a propósito de Cholly, insistiendo en que Él la ayudase a «arrancarle a aquel bastardo su orgullo de pavo real». Y en una ocasión en que un falso movimiento de borracho catapultó a Cholly contra la estufa calentada al rojo, ella gritó: «¡Cógele, Jesús! ¡Cógele!». Si Cholly hubiera dejado de beber, ella nunca se lo habría perdonado a Jesús. Necesitaba desesperadamente los pecados de Cholly. Cuanto más se hundía él, cuanto más cerril e irresponsable se volvía, más gloriosas se tornaban ella y su misión. En nombre de Jesús.

Cholly no necesitaba menos a su mujer: era una de las pocas cosas aborrecibles para él que podía tocar y en consecuencia lastimar. Sobre ella derramaba la suma de toda su inexpresable furia y sus abortados deseos. Odiándola, se dejaba a sí mismo

intacto. Cuando era todavía muy joven, Cholly había sido sorprendido entre unos matorrales por dos hombres blancos en el momento en que iniciaba con ahínco la experiencia de obtener placer sexual de una muchachita campesina. Los hombres habían enfocado una linterna directamente a su trasero. Él se había quedado inmóvil, aterrorizado. Ellos rompieron a reír. El haz de luz de la linterna no cambió de enfoque. «Adelante —dijeron los hombres—. Continúa hasta el final. Y hazlo bien, negrito». El haz de luz mantuvo implacable su posición. Por alguna razón, Cholly no había odiado a aquellos hombres blancos: había odiado y despreciado a la muchacha. El simple recuerdo impreciso de aquel episodio, juntamente con otras innumerables humillaciones, derrotas y castraciones, podía precipitarle a un torbellino de depravación que a él mismo le asombraba; pero sólo a él. Cholly era incapaz de sorprender, únicamente podía sorprenderse. Así que también renunció a ello.

Cholly y la señora Breedlove peleaban entre sí con un tenebroso y brutal formalismo sin otro parangón que el de sus apareamientos amorosos. Tácitamente habían convenido en no matarse uno a otro. Él la combatía de la forma en que un cobarde lucha con otro hombre: con los pies, las palmas de las manos, los dientes. Ella, por su parte, replicaba de una manera puramente femenina: blandiendo sartenes y atizadores, más alguna plancha que ocasionalmente volaba hacia la cabeza de él. No hablaban, gruñían ni se insultaban durante aquellos combates. Sólo se oía el ruido de cosas que caían al suelo o el choque, sin sorpresa, de carne contra carne.

En las reacciones de los niños ante aquellas batallas existían diferencias. Sammy maldecía un rato, o se marchaba de la casa, o se incorporaba a la refriega. Era conocido, cuando tenía alrededor de catorce años, por haberse escapado del hogar no menos de veintisiete veces. En una ocasión llegó hasta Buffalo y se quedó tres meses. Sus regresos, lo mismo forzados que circunstanciales, eran sombríos. Pecola, en cambio, coartada por la edad y el sexo, experimentaba con métodos de resistencia. Aunque éstos variaban, el dolor era tan consistente como profundo. Ella se debatía entre un deseo incontenible de que uno matara al otro y el hondo anhelo de su propia muerte. En aquellos momentos susurraba: «No lo hagas, señora Breedlove, no». Pecola, como Sammy y Cholly, siempre llamaba a la madre señora Breedlove.

—No lo hagas, señora Breedlove, no.

Pero la señora Breedlove lo hizo.

Por la gracia, a no dudarlo, de Dios, la señora Breedlove estornudó. Una sola vez.

Inmediatamente corrió al dormitorio con una cazuela llena de agua fría y le arrojó a Cholly el agua a la cara. Él se enderezó, tosiendo y escupiendo. Desnudo, enfurecido, saltó de la cama y casi en un vuelo agarró a su esposa por la cintura y ambos cayeron a tierra. Cholly levantó a la mujer para golpearla con el dorso de la mano. Ella cayó de nuevo en posición sentada, apoyada la espalda en la armazón de la cama de Sammy. No había soltado la cazuela, con la cual se puso a lanzar golpes

contra los muslos y el escroto de Cholly. Éste le plantó un pie en el pecho y ella dejó caer la cazuela. Apoyada una rodilla en tierra, él le pegó varias veces en la cara, y la mujer habría sucumbido rápidamente de no ser porque Cholly estrelló su mano contra la armazón metálica del lecho cuando su esposa agachó la cabeza. La señora Breedlove aprovechó la momentánea interrupción de los golpes y se escabulló para situarse fuera de su alcance. Sammy, que había presenciado en silencio la pelea a los pies de su cama, comenzó repentinamente a pegar a su padre con ambos puños, mientras gritaba una y otra vez: «¡Desnudo como un animal!». La señora Breedlove, que se había apoderado de la tapadera redonda y plana de la estufa, se acercó de puntillas a Cholly cuando éste trataba de enderezarse sobre sus rodillas y le descargó con la tapadera dos tremendos golpes que le devolvieron de inmediato al estado de inconsciencia del que ella le había sacado antes con sus provocaciones. Jadeando, la mujer le tiró por encima una colcha y le dejó tendido donde estaba.

Sammy vociferó:

—¡Mátale! ¡Mátale!

La señora Breedlove miró a su hijo con sorpresa.

—Calla la boca, chico —dijo. Devolvió a su sitio la tapadera de la estufa y se dispuso a regresar a la cocina. En el hueco de la puerta se detuvo el tiempo suficiente para añadir, con destino a su hijo—: Levántate de ahí, de todos modos. Necesito carbón.

Ahora ya sin contener el aliento, Pecola se tapó la cabeza con la colcha. La sensación de náusea que había tratado de evitar encogiendo el estómago reapareció rápidamente a pesar de sus precauciones. Surgió en su interior el deseo de vomitar, pero, como siempre, sabía que no podía hacerlo.

—Por favor, Dios mío —susurró en la palma de su mano—. Por favor, hazme desaparecer.

Cerró los ojos con fuerza. Pequeñas porciones de su cuerpo parecían difuminarse. Ahora lentamente, después deprisa. Otra vez despacio. Sus dedos se marcharon uno a uno; luego desaparecieron completamente sus brazos, hasta el codo. Ahora los pies. Sí, aquello estaba bien. Las piernas, todas de golpe. Por encima de los muslos era más difícil. Tenía que estar perfectamente quieta y empujar. Su vientre no quería marcharse. Pero, finalmente, también él se borró. A continuación el pecho, el cuello. La cara volvía a ser difícil. Casi había terminado, casi. Sólo quedaban sus ojos cerrados. Bien cerrados. Los ojos siempre quedaban.

Por mucho que lo intentase nunca conseguía que sus ojos desaparecieran. ¿Qué sentido tenía, entonces? Los ojos lo eran todo. Todo estaba allí, en ellos. Todas aquellas imágenes, todos aquellos rostros. Había renunciado hacía tiempo a la idea de escaparse para ver nuevas imágenes, nuevos rostros, como Sammy había hecho con

tanta frecuencia. Él nunca la llevó consigo, ni tampoco había pensado con antelación en escaparse: se marchaba por las buenas, sin haberlo planeado. De todos modos, tampoco habría salido bien. Mientras ella tuviese la apariencia que tenía, mientras fuese fea, debería quedarse junto a aquellas personas. En cierto sentido les pertenecía. Pasaba largas horas mirándose al espejo, esforzándose en descubrir el secreto de su fealdad, la fealdad que hacía que en la escuela la ignorasen o la menospreciasen tanto maestros como condiscípulos. Era la única alumna de su clase que se sentaba sola en un pupitre doble. La inicial de su apellido la obligaba a sentarse siempre en los primeros puestos del aula. ¿Pero qué pasaba con Marie Appolonaire? Marie estaba por delante de ella, pero compartía el pupitre con Luke Angelino. Los maestros, a ella, siempre la habían tratado así. Procuraban no mirarla nunca, y sólo la solicitaban para alguna cosa cuando la llamada era general. También sabía que si una de las colegialas quería mostrarse especialmente ofensiva con un chico, o buscaba obtener de él una respuesta inmediata, solía decir: «¡Bobby está enamorado de Pecola Breedlove! ¡Bobby se ha enamorado de Pecola Breedlove!», y no fallaba nunca: provocaba las risotadas de quienes la oían y la mofa iracunda del acusado.

A Pecola se le había ocurrido hacía algún tiempo que si sus ojos, aquellos ojos que retenían las imágenes y sabían ver, si aquellos ojos fueran diferentes, es decir, bellos, toda ella podría ser diferente. Sus dientes estaban bien, y su nariz por lo menos no era grande y aplastada como las de algunas a quienes pese a ello se consideraba atractivas. Si tenía un aspecto diferente, bonito, quizá Cholly sería diferente, y la señora Breedlove también. Quizá los dos dirían: «Oye, fíjate en Pecola, qué lindos ojos tiene. Delante de unos ojos tan lindos no podemos hacer cosas malas».

Ojos lindos. Lindos ojos azules. Corre, Jip, corre. Jip corre, Alice corre. Alice tiene los ojos azules. Jerry tiene los ojos azules. Jerry corre. Alice corre. Ambos corren con sus ojos azules. Cuatro ojos azules. Cuatro lindos ojos azules. Ojos azul celeste. Ojos del color de la blusa azul de la señora Forrest. Ojos de un azul como el de las campánulas. Ojos de Alice y Jerry, de un azul de libro de cuentos.

Cada noche, sin falta, ella rezaba para tener los ojos azules. Había rezado con fervor un año entero. Aunque un poco descorazonada, no había perdido la esperanza del todo. Lograr que ocurriese algo tan maravilloso como aquello requeriría mucho tiempo, muchísimo.

Atrapada, pues, en la restrictiva convicción de que sólo un milagro podía socorrerla, no percibiría nunca su propia belleza. Sólo vería lo que tenía delante: los ojos de las demás personas.

Camina por la avenida Garden hacia una tiendecita de comestibles que vende caramelos a granel. Dentro de un zapato lleva tres monedas, que se deslizan adelante y atrás entre el calcetín y el interior de la suela. A cada paso nota la presión de los centavos contra el pie. Una presión agradable, soportable, incluso acariciante, llena de promesas y de delicada certidumbre. Hay tiempo de sobra para meditar lo que comprará. Ahora, sin embargo, recorre una avenida gentilmente surtida de imágenes familiares y en consecuencia amadas. Los dientes de león en la base del poste telefónico. ¿Por qué, se pregunta, los llama la gente malas hierbas? A ella le parecen bonitos. Pero los adultos dicen: «¡Qué bien cuida la señora Dunion su jardín! No se ve ni un diente de león». Mujeres con pañolones negros en la cabeza deambulan por los campos llevando cestos para recogerlos. Pero no les interesan las cabezuelas amarillas, sólo las hojas dentadas. Con ellas hacen sopa de diente de león. Vino de diente de león. A nadie le interesan las cabezuelas de diente de león. Quizá porque hay tantas, quizá porque son tempranas y robustas.

En la acera había una grieta en forma de Y, y otra que levantaba el cemento de la tierra que lo sustentaba. Frecuentemente, su caminar descuidado la hacía tropezar con la segunda. Los patines rodarían bien sobre aquella acera, porque era vieja y se había alisado: las ruedas se deslizarían con facilidad, producirían un zumbido apacible. Los pavimentos nuevos eran desiguales e incómodos, y el sonido de las ruedas de los patines agresivo y chirriante.

Éstas y otras cosas inanimadas experimentaba y veía. Para ella eran reales. Las conocía. Constituían los códigos y referencias del mundo, susceptibles de interpretación y asimilación. Ella poseía la grieta que la hacía trastabillar; poseía las matas de dientes de león cuyas cabezuelas blancas, el otoño anterior, había dispersado a soplidos, cuyas cabezuelas amarillas veía despuntar este otoño. Y poseerlas hacía de ella una parte del mundo, y del mundo una parte de ella.

Sube los cuatro peldaños de madera que conducen a la puerta de la tienda de Yacobowski, verduras frescas, carnes y artículos diversos. Cuando la abre suena una campanilla. Parada delante del mostrador, examina la colección de golosinas. Todo Mary Janes, decide. Tres por un penique. La cobertura dulce que al final se rompe para soltar la manteca de cacahuete, la grasa y la sal que compensan la enérgica dulzura del caramelo. Un cosquilleo de expectación estremece su estómago.

Se quita el zapato y retira las tres monedas. La cabeza gris del señor Yacobowski se inclina por encima del mostrador. El tendero insta a sus ojos a que se alejen de otros pensamientos para concentrarse en ella. Ojos azules. Empañados y adormecidos. Lentamente, como el veranillo indio que se transforma imperceptiblemente en otoño, la mirada llega a su destino. En alguna parte entre retina y objeto, entre visión y vista, sus ojos retroceden, vacilan y quedan en suspenso. En algún punto fijo en el tiempo y el espacio él intuye que no necesita

desperdiciar el esfuerzo de una mirada. No ve a Pecola, porque para él no hay nada que ver. ¿Cómo puede un tendero blanco, un inmigrante de cincuenta y dos años, con sabor a patatas y cerveza en la boca, la mente esmerilada por la Virgen María de ojos de gacela, la sensibilidad embotada por una permanente conciencia de pérdida, *ver* a una niña negra? Nada en su vida había sugerido jamás que tal acto fuera posible, por no decir deseable o necesario.

—¿Sí?

Ella le mira y descubre un vacío donde debería haber curiosidad. Y algo más. La ausencia total de reconocimiento humano, como un vidrio separador. Ella no sabe qué es lo que mantiene en suspenso su mirada. Quizá se deba a que él es un adulto, o a que es un hombre, y ella una niña pequeña. Pero ella ha visto interés, desagrado, incluso ira, en ojos de hombres adultos. Aun así, aquel vacío no es una novedad. Tiene un cierto regusto: en algún lugar, muy en su fondo, subyace la aversión. Ella la ha adivinado al acecho en los ojos de todas las personas blancas. Eso es. La aversión debe de ser hacia ella, hacia su negrura. Todo en ella es fluido y expectante. Salvo su negrura, que es pavorosamente estática. Y es la negrura lo que cuenta, lo que crea aquel vacío con regusto a aversión en los ojos de los blancos.

Ella señala con el dedo las Mary Janes, con un dedo que es como una varita negra cuya punta se aplasta contra el vidrio del expositor. La modesta e inofensiva aserción del intento de una niña negra de comunicarse con un blanco adulto.

—Ésas.

La palabra es apenas un suspiro.

—¿Qué? ¿Éstas? ¿Aquéllas?

Cachaza e impaciencia se mezclan en la voz del tendero.

Ella sacude negativamente la cabeza y mantiene la punta del dedo fija en el lugar que, desde su perspectiva, identifica de todos modos las Mary Janes. El no comparte su perspectiva: su propio ángulo de visión y el sesgo del dedo de la niña le desorientan. No comprende. Su torpe mano rojiza se desploma acá y allá dentro del expositor de vidrio como la cabeza de un pollo recién decapitado.

—Cristo, ¿no puedes hablar?

Los dedos del hombre rozan las Mary Janes.

Ella mueve afirmativamente la cabeza.

—Bien, ¿por qué no lo dices? ¿Una? ¿Cuántas?

Pecola abre el puño para mostrar las tres monedas. Él le tiende apresuradamente tres Mary Janes, tres envoltorios que a su vez contienen cada uno tres rectángulos amarillos. Ella, por su parte, le tiende el dinero. El titubea porque no quiere tocar su mano. Ella no parece saber cómo separar el dedo de su mano derecha del expositor ni cómo deshacerse de las monedas que tiene en la mano izquierda. Finalmente, él se inclina a través del mostrador y coge los peniques de su mano, rozándole la húmeda

palma con las uñas.

Fuera, Pecola nota que su inexplicable sensación de vergüenza disminuye.

Dientes de león. Un dardo de afecto salta de su corazón a aquellas plantas. Pero las plantas ni la miran ni le devuelven su afecto. Piensa: «*Son* feas. *Son* yerbajos». Preocupada por la revelación, tropieza en la grieta de la acera. La cólera se aviva, resucita en su interior; abre su boca y, como un cachorro mimoso, lame los restos de su vergüenza.

La cólera es mejor. Estar cabreada tiene sentido. Es una realidad, comporta una presencia. El reconocimiento de una valía. Es una pulsación exquisita. Los pensamientos de Pecola retornan a los ojos del señor Yacobowski, a su voz flemosa. La cólera no durará, el cachorro se harta enseguida. Satisfechas demasiado pronto sus necesidades, duerme. La vergüenza vuelve a fluir, sus fangosos riachuelos se infiltran hasta desembocar en sus ojos. Qué hacer antes de que broten las lágrimas. Pecola se acuerda de las Mary Janes.

Cada envoltorio amarillo pálido muestra una ilustración. Es una imagen de la pequeña Mary Jane, de la cual recibe su nombre el producto. Cara blanca y sonriente. Cabellos rubios en gracioso desorden, ojos azules que la miran desde un mundo de pulcritud y comodidades. Los ojos son petulantes, maliciosos. Para Pecola son simplemente bonitos. Se come las golosinas, y su dulzura es buena. Comérselas es un poco como comerse aquellos ojos, comerse a Mary Jane. Amar a Mary Jane. Ser Mary Jane.

Tres peniques le han proporcionado nueve orgasmos deliciosos con Mary Jane. Encantadora Mary Jane, que ha dado su nombre a un caramelo.

En el apartamento que había encima del almacén de los Breedlove vivían tres putas: China, Poland y Miss Mane. Pecola las quería mucho, las visitaba y les hacía recados. Ellas, en correspondencia, no la menospreciaban.

Una mañana de octubre, la mañana del triunfo de la tapadera de la estufa, Pecola subió las escaleras del apartamento.

Antes incluso de que la puerta se abriera en respuesta a su llamada oyó cantar a Poland con una voz dulce y dura como fresas nuevas:

Guardo tristeza en el barril de harina
Tristeza en el anaquel
Guardo tristeza en el barril de harina
Tristeza en el anaquel
Guardo tristeza en mi cama
Porque he de dormir sin él

—¡Jey, pastelito! ¿Dónde están tus calcetines?

Marie raramente llamaba a Pecola la misma cosa dos veces, pero invariablemente sus epítetos eran cariñosos y correspondían a golosinas o comestibles apetitosos que guardaba en lugar preferente de su memoria.

—Hola, Miss Marie. Hola, Miss China. Hola, Miss Poland.

—Ya me has oído. ¿Dónde están tus calcetines? Llevas las piernas más desnudas que una perra de corral.

—No he podido encontrar ninguno.

—¿No has podido encontrar ninguno? Debe de haber en vuestra casa algún alma aficionada a los calcetines.

China ahogó una carcajada. Siempre que se extraviaba una cosa, Marie atribuía su desaparición a «algún alma en la casa aficionada a…» lo que fuere. «En esta casa hay algún alma aficionada a los sujetadores», diría, alarmada.

Poland y China preparaban sus galas para la noche. Poland, siempre planchando, siempre cantando. China, sentada en una silla de cocina de color verde pálido, rizándose el cabello una y otra vez. Marie nunca estaba a punto.

Las mujeres eran amigables, pero lentas en comenzar a hablar. Pecola solía tomar la iniciativa con Marie, quien, una vez inspirada, era difícil de detener.

—¿Cómo es que tiene usted tantos novios, Miss Marie?

—¿Novios? ¿Novios? Salchichita, no he tenido un novio desde 1927.

—No lo tuviste ni entonces —dijo China.

Metió los rizadores calientes en una lata de Nu Nile. El aceite siseó al contacto del metal.

—¿Cómo es, Miss Marie? —insistió Pecola.

—¿Cómo es qué? ¿Cómo es que no tengo novio desde 1927? Porque no *ha habido* hombres jóvenes desde entonces. Fue entonces cuando se terminaron. La gente empezó a nacer vieja.

—Quieres decir que fue entonces cuando *tú* te hiciste vieja —apuntó China.

—Yo nunca me he hecho vieja. Sólo he engordado.

—Es lo mismo.

—¿Te figuras que porque estás flaca se te ve joven? Tú harías comprar una faja a un esqueleto.

—Y tú pareces el lado norte de una mula que mira al sur.

—Lo único que sé es que esas patizambas piernecitas tuyas son exactamente tan viejas como las mías.

—No te preocupes por mis piernas. Son lo primero que ellos apartan.

Las tres mujeres rieron. Marie echaba atrás la cabeza. De las profundidades de su interior, la risa brotaba espontánea como el rumor de múltiples ríos, ríos caudalosos y turbulentos que buscaban su espacio en el mar abierto. China emitía una risita

entrecortada, de la que cada resuello parecía arrancado de un tirón por una mano invisible que sacudía una invisible cuerda. Poland, que apenas hablaba si no estaba borracha, reía en silencio. Cuando estaba sobria, generalmente tarareaba o cantaba blues, y se sabía muchos.

Pecola manoseó el fleco de un chal tendido sobre el respaldo de un sofá.

—Nunca vi a nadie que tuviera tantos novios como usted, Miss Marie. ¿Cómo es que todos la quieren?

Marie abrió una botella de cerveza sin alcohol.

—¿Qué otra cosa van a hacer? Saben que soy rica y guapa. Quieren meter mano a mis rizos y quedarse con mi dinero.

—¿Es usted rica, Miss Marie?

—Budín, el dinero me llega a sacos.

—¿De dónde? Usted no trabaja.

—Sí —intervino China—, ¿dónde lo consigues?

—Hoover me lo da. Una vez le hice un favor, para el FBI.

—¿Qué le hiciste?

—Le hice un favor, digo. Querían atrapar a ese fullero, ya sabéis. Se llamaba Johnny. Un tipo de lo más bajo, para qué os cuento.

—Cuenta —replicó China, arreglándose un rizo.

—El FBI, le quería a toda costa. Mató a más gente que la tuberculosis. ¿Y si te enfrentabas a él? ¡Jo, Jesús! Te perseguía hasta el fin del mundo. Bien, yo era entonces pequeña y bonita. No pesaba más de noventa libras calada hasta los huesos.

—Tú nunca has estado calada hasta los huesos —dijo China.

—Muy bien, y tú nunca has estado seca. Cierra el pico. Deja que te lo cuente a ti, confiturita. A decir verdad, yo era la única que podía manejarle. Él iba y robaba un banco o mataba a unas personas, y yo le decía, así, suavecito: «Johnny, no tendrías que hacer eso». Y él decía que era sólo porque tenía que regalarme cosas bonitas. Muy bonitas. Bragas de encaje, de todo. Y cada sábado comprábamos una caja entera de cerveza y freíamos pescado. Lo freíamos rebozado en harina y yema de huevo, ya sabéis, y cuando estaba bien tostado y crujiente, pero no duro, ¿eh?, entonces destapábamos la cerveza…

Los ojos de Marie se enternecían a medida que el recuerdo de aquellas comidas, en otra época y en otra parte, la iba transfigurando. Todos sus relatos tendían a culminar en descripciones gastronómicas. Pecola vio cómo los dientes de Marie se hincaban en un crujiente filete de rodaballo; vio los gruesos dedos devolviendo a su boca pequeñas hojuelas de pescado blanco y caliente que habían escapado de sus labios; oyó el «pop» del tapón de la botella de cerveza; olió el aroma acre y picante del primer soplido de vapor espumoso; sintió en la lengua la caricia fría del líquido. Su ensueño terminó bastante antes que la evocación de Marie.

—¿Y qué hay del dinero? —preguntó.

China ululó burlonamente.

—Quiere hacernos creer que ella era como la Dama de Rojo que delató a Dillinger, algo así. Bueno, Dillinger no se te hubiera ni acercado, a no ser que estuviese cazando en África y te confundiera con un hipopótamo.

—Pues no se lo pasaba poco bien este hipopótamo allá en Chicago. ¡Jo, Jesús, noventa y nueve!

—¿Por qué dice usted siempre «¡Jo, Jesús!» y un número?

Hacía tiempo que Pecola quería saberlo.

—Porque mi mamá me enseñó a no blasfemar.

—¿Y no te enseñó a no quitarte las bragas? —preguntó China.

—Yo no tenía bragas —dijo Marie—. Vi unas bragas por primera vez cuando cumplí quince años y me marché de Jackson. En Cincinnati trabajaba de día en casa de una señora blanca, que me dio algunas suyas, ya viejas. Creí que eran una especie de gorro. Me las ponía en la cabeza para quitar el polvo, y la señora me vio y casi se desmaya.

—Pues vaya si debías de ser tonta.

China puso a enfriar los rizadores y encendió un cigarrillo.

—¿Cómo iba a saberlo? —Marie hizo una pausa—. Además, ¿qué utilidad tiene ponerse algo que has de estar quitándote constantemente? Dewey nunca me las dejó llevar el tiempo suficiente para que me acostumbrase.

—¿Qué Dewey?

El personaje era nuevo para Pecola.

—¿Qué Dewey? ¡Tortillita! ¿No te he hablado de *Dewey*?

Marie parecía asombrada de su propia negligencia.

—No, señora.

—Oh, requesón, hasta ahora has desperdiciado tu vida. Jo, Jesús, ciento noventa y cinco, ¡qué delicado era! Le conocí cuando yo tenía catorce años. Nos fugamos y vivimos juntos como mando y mujer los tres años siguientes. Ninguno de los machos fanfarrones que hoy ve una por ahí le llegaría a Dewey Prince ni al tobillo. Oh, Señor, ¡cómo me quería aquel hombre!

China organizaba su cabello para peinarse con flequillo.

—Entonces, ¿por qué dejó que salieras a venderte el culo?

—Chica, cuando descubrí que podía venderlo, que alguien pagaría dinero en efectivo por él, por poco me caigo redonda.

Poland comenzó a reír. Silenciosamente.

—Yo también. Mi tía me vapuleó en serio mi primera vez, cuando me preguntó cuánto dinero le había pedido al tipo y yo le dije: «¿Dinero? ¿Por qué? Él no me debía nada». Y ella gritó: «¡Y un cuerno no te debía!».

La risa se contagió a todas.

Tres gárgolas jocosas. Tres alegres brujas. Divertidas rememorando una etapa de ignorancia ya muy alejada en el tiempo. Ninguna de las tres pertenecía a aquellas generaciones de prostitutas creadas por los novelistas, mujeres de gran y generoso corazón, dedicadas, ante el horror de las circunstancias, a mejorar la malaventurada y árida vida de los hombres, y que si aceptaban dinero humilde e incidentalmente era a cambio de su «comprensión». Tampoco se incluían en aquella sensible casta de jovencitas maltratadas por el hado, forzadas a cultivar una fragilidad superficial con el fin de proteger la primavera de sus vidas de adicionales golpes, pero con la plena conciencia de estar hechas para mejores cosas y de poder brindar la felicidad al hombre adecuado. Ni tampoco eran unas putas sentimentales e inadaptadas que, incapaces de vivir únicamente de la prostitución, se entregaban al consumo y tráfico de drogas o acudían a los proxenetas para que las ayudaran a completar su esquema de autodestrucción, eludiendo el suicidio sólo para castigar el recuerdo de algún padre ausente o sostener la miseria de alguna madre taciturna. Con excepción del fantasioso amor de Marie por Dewey Prince, aquellas mujeres odiaban a los hombres, a todos los hombres, sin vergüenza, sin excusas y sin discriminación. Denostaban a sus parroquianos con un sarcasmo que se había hecho mecánico con el uso. Hombres negros, blancos, portorriqueños, mexicanos, judíos, polacos, lo que fueran; todos ineptos, todos débiles, todos caídos ante sus ojos displicentes y reducidos a recipientes de su desinteresado odio. Su gran deleite era engañarles. En una ocasión, hecho bien conocido en el lugar, engatusaron a un judío, se lo llevaron escaleras arriba, allí cayeron sobre él, las tres, le colgaron cabeza abajo sosteniéndole por los pies, le sacudieron para extraer cuanto llevaba en los bolsillos de los pantalones, y finalmente le tiraron por la ventana.

No tenían mayor respeto por las mujeres que, aun no siendo colegas suyas, por decirlo así, embaucaban a sus maridos; que lo hicieran habitual o excepcionalmente no establecía ninguna diferencia. «Putas recubiertas de azúcar», las llamaban, y no deseaban ciertamente estar en su lugar. Su respeto lo reservaban exclusivamente para las que ellas describían como «buenas mujeres cristianas de color». La mujer cuya reputación era inmaculada, que cuidaba de su familia, que no bebía ni fumaba ni rondaba por ahí. Aquellas mujeres merecían su imperecedero, aunque disimulado, afecto. Ellas se acostaban con sus maridos, tomaban su dinero, pero siempre con espíritu de venganza.

No se mostraban, por lo demás, ni protectoras ni solícitas en cuanto concernía a la inocencia juvenil. Consideraban, mirando atrás, su propia juventud como un período de ignorancia, y lamentaban no haberle sacado más provecho. No eran muchachas vestidas de puta, ni putas que llorasen la pérdida de su virtud. Eran putas en hábito de puta, putas que nunca habían sido jóvenes y que de la palabra inocencia no sabían ni

que existiese. Con Pecola se comportaban tan libremente como entre ellas. Marie urdía historias para la niña porque era una niña, pero las historias eran joviales y crudas. Si Pecola hubiese anunciado su intención de adoptar la misma vida que ellas llevaban, no habrían intentado disuadirla ni expresado ninguna alarma.

—¿Tuvieron hijos usted y Dewey Prince, Miss Marie?

—Sí. Sí. Tuvimos algunos.

Marie se inquietaba un poco. Se quitó una horquilla del cabello y comenzó a escarbarse con ella los dientes. Ello significaba que no quería hablar más.

Pecola fue a la ventana y miró abajo, a la calle desierta. Un penacho de hierba se había abierto camino por una grieta de la acera, sólo para encontrarse con el nuevo viento de octubre. Pecola pensó en Dewey Prince y en cómo había amado a Miss Mane. ¿A qué se parecería la sensación de amar?, se preguntó. ¿Cómo actuaban dos adultos que se amaban uno a otro? ¿Comían pescado juntos? Acudió a su mente la imagen de Cholly y la señora Breedlove en la cama. Él hacía ruidos como si le doliese algo, como si algo le tuviese asido por la garganta y no quisiera soltarle. Por terribles que fueran sus ruidos, sin embargo, no eran ni de lejos tan malos como el silencio total de su madre. Se habría dicho que ella ni siquiera estaba allí. Quizás aquello era el amor. Ruidos estrangulados y silencio.

Pecola apartó la vista de la ventana y miró a las mujeres.

China había mudado de parecer respecto al flequillo y se organizaba un pequeño pero robusto copete. Era adepta a crear una gran variedad de estilos de peinado, pero cada uno de ellos la dejaba con la misma apariencia desolada y afligida. Luego se aplicaba copiosos afeites. En aquel momento se dibujaba cejas como puntos de interrogación y se pintaba la boca en forma de arco de Cupido. Más tarde las cejas serían orientales y la boca un tajo perverso.

Poland, con su dulce voz de fresa, inició otra canción:

Conozco a un chico de piel morena
lisa como el cielo
Conozco a un chico de piel morena
lisa como el cielo
La tierra salta de alegría
cuando sus pies tocan el suelo
Camina como un pavo real
Sus ojos son cobre candente
Su sonrisa es melaza de sorgo que gotea
lenta, dulce hasta el fin
Conozco a un chico de piel morena
lisa como el cielo

Marie estaba ahora mondando cacahuetes, que sucesivamente disparaba hacia el interior de su boca abierta. Pecola miraba y remiraba a las mujeres. ¿Eran reales? Marie eructó suavemente, con una especie de ronroneo amoroso.

INVIERNO

El rostro de mi padre es todo un espectáculo. El invierno se instala en él y lo preside. Sus ojos se transforman en un farallón de nieve que amenaza con derrumbarse en alud; sus cejas se inclinan como ramas negras de árboles sin hojas. Su tez toma el color amarillo pálido y melancólico del sol invernal; por mandíbula tiene los márgenes de un campo nevado punteado por las cerdas de su barba; su amplia frente es la superficie helada del lago Erie, bajo la cual se ocultan corrientes de gélidos pensamientos que se arremolinan en la oscuridad. Matador de lobos transformado en combatiente de halcones, trabaja noche y día para mantener a los unos alejados de la puerta y a los otros del antepecho de las ventanas. Un Vulcano guardián de las llamas, nos da instrucciones sobre qué puertas hay que tener cerradas o abiertas para la adecuada distribución del calor; almacena leña, comenta las calidades de carbón y nos enseña cómo atizar, alimentar y conservar el fuego. Y no se afeitará hasta la primavera.

El invierno nos oprimía la cabeza con una banda de frío y nos licuaba los ojos. Colocábamos pimienta en el pie de nuestras medias, nos untábamos la cara con vaselina y a través de oscuras mañanas de nevera mirábamos las cuatro ciruelas guisadas, las escurridizas y grumosas gachas de avena y el cacao con un tejado de costra.

Pero más que nada esperábamos la primavera, cuando habría jardines.

Por la época en que aquel invierno se había endurecido hasta ser un abominable nudo que nada podía desatar, algo sí lo desató; o mejor dicho, alguien. Alguien que hizo astillas el nudo y dispersó sus hebras de plata de tal modo que nos enmarañaron, nos atraparon en su red, nos hicieron añorar la obtusa morriña del aburrimiento precedente.

Quien fue capaz de interrumpir las estaciones fue una nueva alumna de la escuela llamada Maureen Peal. Una sensacional criatura de ensueño, con largo cabello castaño reunido en dos trenzas que le colgaban por la espalda. Era rica, por lo menos según nuestros patrones, tan rica como la más rica de las niñas blancas, y vivía envuelta en atenciones y comodidades. La calidad de sus vestidos amenazaba con perturbarnos a Frieda y a mí. Zapatos de charol con hebillas, de los que nosotras recibíamos una versión de baratillo por Pascua que a finales de mayo ya se había desintegrado. Mullidos suéters de color limón combinados con faldas plisadas tan bien planchadas que nos dejaban boquiabiertas. Calcetines hasta la rodilla de colores brillantes con el borde blanco, un abrigo de terciopelo marrón ribeteado de piel de conejo blanca, un manguito a juego. Había siempre un asomo de primavera en sus deliciosos ojos verdes, algo veraniego en su complexión y una rica madurez otoñal en su forma de caminar.

Hechizó a la escuela entera. Cuando los profesores la llamaban, sonreían de forma alentadora. Los chicos negros no le hacían zancadillas en el pasillo; los blancos

no la apedreaban; las chicas blancas no emitían ruidos de chupeteo cuando se la asignaban como compañera de trabajo; las chicas negras se hacían a un lado cuando quería usar el lavabo en los aseos, y sus ojos, entre parpadeos, parecían anticipar genuflexiones. Nunca tenía que buscar a nadie con quien comer en la cafetería: todos acudían en tropel a la mesa que ella elegía, donde desempaquetaba fastidiosos almuerzos que humillaban nuestro pan y mermelada con sandwiches de ensalada de huevo cortados en apetitosos cuadraditos, pastelitos escarchados de rosa, bastoncitos de apio y zanahoria, oscuras y orgullosas manzanas. Incluso traía, y le gustaba, leche fresca.

A Frieda y a mí nos dejaba perplejas, nos irritaba y nos fascinaba. Le buscábamos defectos con ahínco para restablecer nuestro equilibrio, pero al principio debimos contentarnos con caricaturizar su nombre, que cambiamos de Maureen Peal a Merengue Pija. Más adelante tuvimos nuestra pequeña epifanía al descubrir que uno de sus dientes era raro, como de perro; encantador, sin duda, pero como de perro. Y cuando encima descubrimos asimismo que había nacido con seis dedos en cada mano y que le había quedado un bultito en el punto donde le quitaron el dedo sobrante, sonreímos. Eran pequeños triunfos, pero más valía aquello que nada: podíamos reírnos disimuladamente a espaldas suyas y llamarla Seis-dedos-diente-de-perro-merengue-pija. Teníamos que hacerlo nosotras solas, sin embargo, porque ninguna de las demás chicas se prestaba a participar de nuestra hostilidad. Todas la adoraban.

Cuando en el vestuario le asignaron un armario contiguo al mío pude cultivar mis celos cuatro veces al día. Mi hermana y yo sospechábamos secretamente que nos dispondríamos a ser amigas suyas si nos lo permitiera, aunque yo sabía que sería una amistad peligrosa, porque apenas mi vista se fijaba en el dibujo de los bordes blancos de aquellos calcetines suyos de un verde luminoso, y yo notaba al mismo tiempo la basta flojedad de mis medias marrones, me entraban ganas de atacarla a puntapiés. Y cuando pensaba en la inmerecida altivez de sus ojos, planeaba la manera de pillarle los dedos con la puerta del armario simulando un accidente.

Como vecinas de armario, no obstante, era natural que nos fuéramos conociendo poco a poco, y así llegué incluso a poder sostener con ella una conversación sensata sin imaginármela cayendo por un precipicio o sin reír tontamente preparando lo que creía que iba a ser un insulto ingenioso.

Un día, mientras yo esperaba a Frieda delante de mi armario, se me acercó.

—Jey.

—Jey.

—¿Esperas a tu hermana?

—Ujú.

—¿Qué camino seguís para ir a casa?

—Bajamos por la calle Veintiuno hacia Broadway.

—¿Por qué no vais por la Veintidós?

—Porque vivimos en la Veintiuno.

—Oh, también puedo ir por allí, supongo. Por lo menos un trecho.

—La calle es libre.

Frieda venía hacia nosotras, con las medias muy tirantes en las rodillas porque había doblado la punta por debajo del pie para esconder un agujero del talón.

—Maureen nos acompañará una parte del camino.

Frieda y yo intercambiamos miradas: sus ojos me pedían que me contuviese, los míos no le prometieron nada.

Era un falso día de primavera que, como Maureen, había perforado la cáscara de un invierno moribundo. Había charcos, barro y un incitante calorcito que nos engañaba. La clase de día en que nos poníamos los abrigos abrochados por encima de la cabeza, dejábamos los chanclos en la escuela y al día siguiente volvíamos arrastrando un catarro. Siempre respondíamos al más leve cambio de clima, a la más mínima variación en la luz diurna. Mucho antes de que las semillas despertaran, Frieda y yo andábamos ya hurgando y peinando la tierra, tragando aire, bebiendo lluvia…

En cuanto salimos de la escuela con Maureen comenzamos a modificar nuestro atuendo. Guardamos las bufandas en los bolsillos de los abrigos y nos los pusimos por encima de la cabeza. Yo me estaba preguntando cómo maniobrar para tirar a alguna parte el manguito de piel de Maureen cuando nos distrajo una conmoción en el campo de juego. Un grupo de chicos rodeaba y tenía acorralada a una víctima, que era Pecola Breedlove.

Bay Boy, Woodrow Cain, Buddy Wilson, Junie Bug: la rodeaban como un collar de piedras semipreciosas. Embriagados por el olor de su propio almizcle, excitados por la pujanza facilona de la mayoría, la acosaban alegremente.

—Negrita. Negrita. Tupapiduermeencueros. Negrita negrita tu papi duerme en cueros. Negrita…

Habían improvisado una estrofa hecha con dos insultos referentes a cuestiones sobre las cuales la víctima no tenía ningún control: el color de su piel y una especulación sobre los hábitos de cama de un adulto, disparatadamente coincidentes en su incoherencia. Que ellos mismos fueran negros, o que sus padres tuvieran las mismas costumbres relajadas era irrelevante. En el desprecio hacia su propia negrura estaba el mordiente del primer insulto. Parecían haber tomado toda su ignorancia, tan delicadamente cultivada, toda su autoaversión, tan exquisitamente aprendida, toda su desesperanza, tan elaboradamente diseñada, para absorberlas en una apasionada pina de desprecio que durante generaciones había fermentado en las profundidades de sus mentes, se había atemperado y se derramaba por encima de los bordes de la afrenta consumiendo cuanto hallaba al paso. Los chicos bailaban una macabra danza en torno

a su víctima, a la cual, por el bien de ellos mismos, estaban dispuestos a sacrificar a aquel antiguo ardor.

Negrita Negrita Tu papi duerme en cueros
Chin ta ta chin ta ta
chin ta ta ta ta.

Pecola recorría llorando el interior del círculo. Había dejado caer su libreta escolar y se cubría los ojos con las manos.

Nosotras les observábamos, temerosas de que los chicos se fijaran y desviaran sus energías en nuestra dirección. Entonces Frieda, con los labios apretados y los ojos de mamá, se arrancó el abrigo de la cabeza y lo tiró al suelo. Corrió hacia el grupo y descargó sus libros sobre la cabeza de Woodrow Cain. El círculo se rompió. Woodrow Cain se protegió la cabeza con las manos.

—¡Jey, chica!

—Basta ya de esto, ¿me oyes?

La voz de Frieda nunca había sonado tan fuerte y clara.

Quizá porque Frieda era más alta que él, quizá porque le vio los ojos, quizá porque había perdido su interés por el juego, quizá porque estaba enamorado de Frieda, el caso es que Woodrow pareció asustarse el tiempo suficiente para darle a ella mayores ánimos.

—¡Déjala en paz, o voy a contar a todo el mundo lo que hiciste!

Woodrow no replicó, sólo desvió la mirada.

Bay Boy intervino:

—Tú lárgate, niña. Nadie se ha metido contigo.

—¡Cierra la boca, Cabeza de Melón! —grité yo.

—¿A quién llamas Cabeza de Melón?

—Te llamo Cabeza de Melón a ti, Cabeza de Melón.

Frieda tomó de la mano a Pecola.

—Vámonos.

—¿Quieres que te hinche los morros? —me dijo Bay Boy, amenazándome con el puño.

—¿Por qué no? Así los tendríamos iguales.

Maureen, en aquel momento, se colocó a mi lado, y los chicos parecieron inmediatamente poco dispuestos a continuar bajo la mirada de sus ojos primaverales, muy abiertos por el interés. La confusión se adueñó de ellos. Aquella mirada tan atenta les había quitado las ganas de incordiar a niñas. Escucharon, en cambio, la voz del instinto masculino de camaradería que les decía que fingieran que no éramos dignas de su atención.

—Vámonos, tú.

—Sí, vámonos. No tenemos tiempo para hacer el tonto con ellas.

Refunfuñando unos cuantos epítetos desdeñosos, terminaron por alejarse.

Yo recogí la libreta de Pecola y el abrigo de Frieda, y las cuatro abandonamos el campo de juego.

—Qué afición tiene a fastidiar a las chicas ese Cabeza de Melón.

Frieda estaba de acuerdo conmigo:

—La señorita Forrester dijo que es incorrijable.

—¿De veras?

Yo no conocía el significado de la palabra, pero ésta tenía un sonido lo bastante condenatorio como para ser apropiada para Bay Boy.

Mientras Frieda y yo comentábamos el incidente, Maureen, ahora muy animada, había enlazado con el de Pecola su brazo envuelto en la manga de terciopelo y se comportaba como si ambas fuesen íntimas amigas.

—Vine hace poco a vivir aquí. Me llamo Maureen Peal, ¿y tú?

—Pecola.

—¿Pecola? ¿No se llamaba así la chica de *Imitación de la vida*?

—No lo sé. ¿Qué es eso?

—Una película, ¿no te acuerdas? Donde una chica mulata odia a su madre porque es negra y fea pero después llora en su entierro. Realmente triste. Todo el mundo llora. No digamos Claudette Colbert.

—Oh —suspiró quedamente Pecola.

—Bueno, creo que se llamaba Pecola. Era muy bonita. Cuando vuelvan a poner la película seguro que la volveré a ver. Mi madre la ha visto cuatro veces.

Frieda y yo caminábamos detrás de ellas, sorprendidas de la cordialidad de Maureen con Pecola, pero complacidas. Quizá no era tan mala persona, a fin de cuentas. Mi hermana se había puesto de nuevo el abrigo en la cabeza, yo también, y las dos, de esta guisa, trotábamos juntas gozando de la tibieza de la brisa y del reciente recuerdo de la heroica gesta de Frieda.

—Tú estás en mi clase de gimnasia, ¿verdad? —preguntó Maureen a Pecola.

—Sí.

—Vaya piernas torcidas las de la señorita Erkmeister, ¿no? Apuesto a que ella cree que las tiene bonitas. ¿Por qué será que lleva siempre pantaloncitos cortos-cortos y a nosotras nos toca llevar esos bombachos prehistóricos? Cada vez que me los pongo querría morirme.

Pecola sonreía, pero no miraba a Maureen.

—Jey. —Maureen se paró en seco—. Allí hay un Isaley's. ¿Quieres un helado? Tengo dinero.

Descorrió la cremallera de un bolsillo oculto en su manguito y sacó un billete de

un dólar plegado en infinidad de dobleces. Yo le perdoné aquellos calcetines hasta la rodilla.

—Mi tío demandó a Isaley's —nos contó Maureen a las tres—. Demandó al Isaley's de Akron. Ellos decían que era un alborotador y que por eso no querían servirle, pero un amigo de mi tío, un policía, fue a testificar, así que la demanda siguió adelante.

—¿Qué es una demanda?

—Es cuando puedes molerles a palos si quieres y nadie va a hacer nada. Nuestra familia demanda constantemente a quien sea. Tenemos fe en las demandas. —Ya en la entrada del Isaley's, Maureen se volvió hacia Frieda y yo para preguntar—: ¿Vosotras también compraréis helados?

Nos miramos.

—No —dijo Frieda.

Maureen desapareció en la tienda con Pecola.

Frieda dejó vagar plácidamente la mirada calle abajo; yo abrí la boca, pero volví a cerrarla enseguida. Era extremadamente importante que el mundo ignorase que yo esperaba sin asomo de duda que Maureen nos compraría helados a todas; que durante los últimos ciento veinte segundos yo había estado pensando qué clase de helado elegiría, que Maureen había empezado a gustarme y que ni mi hermana ni yo teníamos un centavo.

Supusimos que Maureen se mostraba amable con Pecola debido a los chicos, y habría sido embarazoso que alguien nos atrapase (aunque fuera la propia hermana) creyendo que también nos invitaría a nosotras, o que lo merecíamos tanto como lo merecía Pecola.

Las chicas salieron de la tienda, Pecola con un cornete de piña y naranja, Maureen con uno de frambuesa negra.

—Tendríais que haberos comprado uno —dijo—. Tienen de todas clases. No comas hasta el final del cornete —advirtió a Pecola.

—¿Por qué?

—Porque allí hay una mosca.

—¿Cómo lo sabes?

—Oh, no es precisamente así. Una amiga me contó que una vez había encontrado una en el fondo del suyo, y desde entonces siempre tira la punta.

—Oh.

Pasamos frente al Dreamland Theater y Betty Grable nos sonrió desde sus carteles.

—¿No os parece fantástica? —preguntó Maureen.

—Ujú —asintió Pecola.

Yo difería.

—Hedy Lamarr es mejor.

Maureen me lo concedió:

—Ooooh sí. Mi madre me contaba que una chica llamada Audrey, allá donde vivíamos antes, fue al salón de belleza y le dijo a la peluquera que la peinara como Hedy Lamarr, y la peluquera respondió: «Claro que sí, cuando tengas un cabello como el de Hedy Lamarr».

Soltó una larga y agradable risa.

—Qué chiflada —dijo Frieda.

—Vaya si lo es. No lo creerías, pero todavía no ha menstreado, y tiene dieciséis años. ¿Y vosotras?

—Yo sí —dijo Pecola, lanzándonos una mirada de reojo.

—Yo también. —Maureen no hizo el menor intento de disimular su orgullo—. Hace dos meses empecé. Una amiga de Toledo, donde vivíamos antes, dijo que ella, cuando empezó, tuvo un susto de muerte. Pensó que no viviría para contarlo.

—¿Tú sabes para qué sirve? —preguntó Pecola, como si albergase la esperanza de aportar ella misma la respuesta.

—Para los bebés. —Maureen enarcó dos cejas como trazos de lápiz ante la obviedad del asunto—. Los bebés necesitan sangre cuando están dentro de ti, y entonces, si esperas un bebé, no menstreas. Pero cuando no esperas ningún bebé no tienes por qué ahorrar la sangre, y la sueltas.

—¿Cómo les llega la sangre a los bebés? —inquirió Pecola.

—Por el cordón balical. Ya sabes. Donde tienes el ombligo. De allí crece el cordón balical y lleva la sangre al bebé.

—Bueno, si los ombligos son para que de allí salgan esos cordones que dan sangre al bebé, y sólo las chicas tienen bebés, ¿cómo es que los chicos tienen ombligos?

Maureen titubeó.

—No lo sé —admitió—. Pero los chicos tienen docenas de cosas que no necesitan.

Su risa tintineante era como más sonora que nuestras risitas nerviosas. Su lengua ondulaba siguiendo el borde del cornete y se llevaba gruesos grumos de color púrpura ante los cuales a mí se me hacía la boca agua. Estábamos esperando a que un semáforo cambiase. Observé que, cuando se comía su helado, Maureen nunca mordía el borde del cornete; yo sí lo habría mordido. Ella se limitaba a lamer el contorno. Pecola, por su parte, ya había terminado el suyo. Maureen gustaba evidentemente de que sus cosas le durasen. Mientras yo pensaba en su helado, ella debía haber estado pensando en el último comentario que había hecho, porque de pronto preguntó a Pecola:

—¿Has visto alguna vez a un hombre desnudo?

Pecola pestañeó, luego desvió la mirada.

—No. ¿Dónde iba a verlo?

—No lo sé. Sólo preguntaba.

—Ni siquiera lo miraría si lo viese. Es una porquería. ¿Quién quiere ver a un hombre desnudo? —Pecola estaba agitada—. Ningún padre se quedaría desnudo delante de su hija. A no ser que él también fuera un puerco.

—Yo no he dicho «padre». He dicho simplemente «un hombre desnudo».

—Bueno…

—¿Cómo es que has dicho «padre»? —quiso saber Maureen.

—¿A quién más podría ver, latosa? —intervine yo con enfado.

Me alegraba tener un pretexto para mostrarme enfadada. No sólo por culpa del helado, sino porque nosotras habíamos visto desnudo a nuestro padre y no nos importaba recordarlo ni sentíamos pudor o vergüenza ante el hecho de que no nos produjera vergüenza ni pudor. Él iba por el pasillo una noche, desde el cuarto de baño a su dormitorio, y pasó por delante de la puerta abierta del nuestro. Nosotras estábamos acostadas, con los ojos abiertos de par en par. Él se paró a mirar hacia nosotras, tratando de descubrir en la oscuridad si dormíamos o no, ¿o si eran imaginaciones suyas que unos ojos como platos le devolvían la mirada? Aparentemente, se convenció de que en efecto dormíamos. Continuó su camino, persuadido de que sus niñas no estarían acostadas con los ojos abiertos de aquel modo, mirando, mirando. Cuando se hubo marchado, la oscuridad sólo se lo llevó a él, no su desnudez. Ésta se quedó en el cuarto con nosotras. Amigablemente.

—No hablaba contigo —me dijo Maureen—. Además, tanto me da si ve desnudo a su padre. Por mí puede pasarse el día mirándole. Tanto me da.

—¿Seguro? —dijo Frieda—. Pues no hablas de otra cosa.

—Mentira.

—Verdad. Chicos, bebés, y el papá de quien sea desnudo. Estás obsesionada.

—Tú más vale que calles.

Frieda se plantó ante Maureen con los brazos en jarras, un poco inclinada hacia ella.

—¿Quién va a hacerme callar?

—Todas sois iguales. Niñas de mamá.

—No hables de mi mamá.

—Bueno, pues tú no hables de mi papá.

—¿Quién ha dicho nada de tu papá?

—Tú.

—Tú has empezado.

—Yo ni siquiera hablaba contigo. Hablaba con Pecola.

—Sí, de ver desnudo a su papá.

—¿Y qué pasa si le ve?

Pecola gritó:

—¡Yo nunca he visto desnudo a mi papá! ¡Nunca jamás!

—Tú también —le replicó ásperamente Maureen—. Bay Boy lo ha dicho.

—No le he visto.

—Sí.

—¡No!

—¡Sí, a tu papá también!

Pecola encogió la cabeza; un movimiento extraño, triste, como de indefensión. Fue como si encorvase los hombros y retirase el cuello, como si quisiera taparse las orejas.

—Deja ya de hablar de su papá —dije yo.

—¿Qué me importa a mí ese negro de su padre? —preguntó Maureen.

—¿Ese negro? ¿A quién llamas negro?

—¡A todos vosotros!

—¿Y te crees una preciosidad?

Le tiré un bofetón, pero fallé y le di a Pecola en plena cara. Furiosa por mi torpeza, quise entonces tirarle mi cuaderno escolar. Maureen se volvió a tiempo y el cuaderno chocó tontamente con su trasero, bien protegido por el terciopelo del abrigo. Ella ya se alejaba a la carrera, cruzando la calle sin preocuparse del tráfico.

Segura en la acera contraria, nos gritó:

—¡*Soy* una preciosidad! ¡Y vosotras sois feas! ¡Feas y negras! ¡Negritas! ¡Yo *soy* bonita y atractiva!

Se marchó corriendo calle abajo, y los calcetines verdes hacían que sus piernas semejasen disparatados tallos de diente de león que hubiesen perdido las cabezuelas. El impacto de su último comentario nos había aturdido, y pasaron un par de segundos antes de que Frieda y yo nos sobrepusiéramos lo suficiente para vociferar:

—¡Seis-dedos-diente-de-perro-merengue-pija!

Repetimos las palabras, que eran lo más enérgico de nuestro arsenal de insultos, mientras tuvimos a la vista los tallos verdes y la piel de conejo.

Las personas mayores fruncían el entrecejo ante las tres niñas paradas al borde de la acera, dos de ellas con los abrigos cubriéndoles la cabeza, el rostro enmarcado en la abertura del cuello desde las cejas al mentón, como monjas con toca, las ligas negras a la vista, allí donde sujetaban el extremo de unas medias marrones que apenas les cubrían las rodillas, las caras enfurecidas intrincadas como tenebrosas coliflores.

Pecola estaba un poco separada de nosotras, vueltos los ojos en la dirección por donde Maureen había escapado. Parecía replegada sobre sí misma, como el ala de un ave en reposo. Su pena despertaba en mí un sentimiento casi de hostilidad. Quería abrirla, quebrar sus bordes, meterle una estaca a lo largo de aquel espinazo que se

curvaba en una estúpida joroba, forzarla a enderezarse y escupir a la calle sus miserias. Pero ella las retenía allí donde sólo pudieran desbordar por sus ojos.

Frieda se quitó el abrigo de la cabeza.

—Vámonos, Claudia. Adiós, Pecola.

Echamos a andar, deprisa al principio, más despacio después, parándonos de vez en cuando para ajustar ligas, atar cordones de zapatos, rascarnos o examinar viejos rasguños. Nos sentíamos aún abrumadas por la cordura, la precisión y la oportunidad de las últimas palabras de Maureen. Si ella era bonita, y por encima de toda sospecha *lo era*, entonces nosotras no lo éramos. ¿Y qué significaba eso? Que nosotras éramos inferiores. Más simpáticas, más listas, pero a pesar de todo inferiores. Podíamos destruir las muñecas, pero no podíamos destruir las voces melosas de padres, madres, tíos y tías, la sumisión perceptible en los ojos de nuestros semejantes, el fulgor marrullero en los ojos de nuestros profesores cuando encontraban a las Maureen Peal del mundo. ¿Cuál era el secreto? ¿Qué nos faltaba? ¿Por qué era importante? ¿Y qué? Cándidas y desprovistas de vanidad, por entonces todavía teníamos nuestra propia estima. Nos sentíamos a gusto en nuestro pellejo, gozábamos con las informaciones que nos transmitían nuestros sentidos, admirábamos nuestra mugre, cultivábamos nuestras cicatrices y no podíamos comprender aquella indignidad. Entendíamos los celos, que considerábamos naturales: el deseo de tener lo que otros tenían; pero la envidia era un sentimiento nuevo y ajeno a nosotras. Y en todo momento sabíamos que Maureen Peal no era el Enemigo y que no merecía una aversión tan intensa. La *Cosa* a temer era la *Cosa* que *a ella* la hacía hermosa y a nosotras no.

La casa estaba en silencio cuando abrimos la puerta. Un olor picante a nabos cociéndose nos llenó la boca de saliva agria.

—¡Mamá!

No hubo respuesta, aunque sí rumor de pasos. Mr. Henry bajó hasta la mitad de la escalera arrastrando los pies. Una pierna gruesa y lampiña asomaba intermitentemente por la parte delantera de su albornoz.

—Hola, Greta Garbo; hola, Ginger Rogers.

Correspondimos con las risitas tontas a que estaba acostumbrado.

—Hola, Mr. Henry. ¿Dónde está mamá?

—Ha ido a ver a vuestra abuela. Me ha encargado que os diga que quitéis los nabos del fuego y comáis unas galletas hasta que ella llegue. Están en la cocina.

Nos sentamos en silencio a la mesa de la cocina, a desmigajar las galletas formando montículos. Momentos después, Mr. Henry volvió a bajar por la escalera. Ahora llevaba pantalones debajo del albornoz.

—Por cierto, ¿no os apetecerían unos helados?

—Oh, sí, señor.

—Estupendo. Aquí tenéis una moneda de veinticinco. Id a Isaley’s y compraos lo

que queráis. Porque habréis sido unas buenas niñas, ¿no?

Sus palabras verde pálido devolvían color al día.

—Sí, señor. Gracias, Mr. Henry. ¿Le dirá a mamá dónde estamos, si vuelve?

—Por supuesto. Pero todavía tardará.

Sin coger los abrigos, salimos de casa, y habíamos ya llegado a la esquina cuando Frieda dijo:

—No quiero ir a Isaley's.

—¿Qué?

—Es que no quiero un helado. Prefiero patatas chips.

—En Isaley's tienen patatas chips.

—Ya lo sé, pero ¿por qué ir tan lejos? Miss Bertha también tiene patatas chips.

—Pero yo quiero un helado.

—No, Claudia, no lo quieres.

—Claro que sí.

—Bueno, entonces tú sigues hasta Isaley's y yo me quedo en casa de Miss Bertha.

—¡Ah, no! Tú tienes el dinero, y yo no voy a ir hasta allí sola.

—Pues vayamos las dos a casa de Miss Bertha. ¿No te gustan sus caramelos?

—Están siempre rancios, si los tiene, porque generalmente se queda sin.

—Hoy es viernes. Los viernes le sirven las cosas que encarga durante la semana.

—Además, allí también vive ese loco de Soaphead Church.

—¿Y qué? Vamos juntas. Escaparemos corriendo si intenta hacernos algo.

—A mí me asusta.

—Mira, sea como sea yo no quiero ir a Isaley's. Supón que Merengue Pija anda por los alrededores. ¿Tienes ganas de tropezarte otra vez con ella, Claudia?

—Está bien, Frieda. Me conformo con los caramelos.

Miss Bertha tenía una tiendecita donde vendía confites y tabaco. Era una caseta de ladrillo plantada en su patio delantero. Había que atisbar desde la puerta, y si no estaba ir a llamar a su casa, al fondo. Aquel día la vimos detrás del mostrador, donde le daba el sol, leyendo la Biblia.

Frieda compró patatas chips, nos quedamos tres barras de Powerhouse por diez centavos y aún nos sobraron otros diez. Regresamos rápidamente a casa para refugiarnos debajo de las lilas que crecían a un lado. Allí bailábamos siempre nuestra Danza del Caramelo, para que Rosemary nos viese y rabiara de celos. La Danza del Caramelo era una combinación de saltos, cabriolas, pataleos, chupeteo y lamida de confites, palmadas, etcétera, un frenesí especial que se apoderaba de nosotras en circunstancias como la presente. Al deslizamos entre los arbustos y la pared de la casa oímos voces y risas. Miramos por la ventana del cuarto de estar esperando ver a nuestra madre, y vimos, en cambio, a Mr. Henry acompañado de dos mujeres. Con aire juguetón, a la manera en que las abuelas lo hacen con los bebés, él le chupaba a

una de las dos los dedos de la mano. La mujer reía por encima de su cabeza. La otra estaba abrochándose el abrigo. Supimos inmediatamente quiénes eran y sentimos un hormigueo en nuestras carnes. Una era China, y a la otra la llamaban Línea Maginot. Noté que me escocía el pescuezo. Aquéllas eran las extravagantes mujeres de uñas pintadas de color rojo oscuro que mamá y la abuela detestaban. Y estaban en nuestra propia casa.

China no era especialmente terrible, o por lo menos no imaginábamos que lo fuese. Era flaca, más bien vieja, distraída y pacífica. Pero Línea Maginot, ¡ah! De ella decía mi madre que «no la dejaría comer en uno de sus platos». Las mujeres que frecuentaban la iglesia evitaban mirarla. Había matado a no sé cuántas personas, las había quemado vivas, las había envenenado, las había cocido en lejía. Aunque a mí me parecía que el rostro de Línea Maginot, debajo de la gordura que lo deformaba, era de hecho bonito y agradable, había oído sobre ella demasiadas barbaridades, había visto demasiadas bocas torcerse en una mueca a la mención de su nombre como para fiarme de cualesquiera rasgos redentores que pudiera poseer.

A juzgar por cómo exhibía sus dientes parduscos, China parecía pasárselo la mar de bien con Mr. Henry. La visión de él lamiéndole los dedos me trajo a la mente las revistas de chicas desnudas que guardaba en su cuarto. En alguna parte dentro de mí sopló un viento frío que revolvía una hojarasca de terror y deseos oscuros. Creí ver que una expresión de mansa soledad asomaba al rostro de Línea Maginot. Pero debió haber sido mi propia imagen lo que vi en el ligero temblor de las ventanas de su nariz, o en aquellos ojos suyos que me recordaban las cascadas que aparecían en las películas sobre Hawai.

Línea Maginot bostezó y dijo:

—Vámonos, China. No podemos quedarnos aquí todo el día. Esta gente no tardará en volver.

Se acercó a la puerta.

Frieda y yo nos tiramos al suelo, mirándonos alarmadas. Luego, cuando las dos mujeres hubieron salido y estaban ya a cierta distancia, entramos en casa. Encontramos a Mr. Henry abriendo una botella de gaseosa en la cocina.

—¿Ya de vuelta?

—Sí, señor.

—¿Se acabó el helado?

Sus dientecitos parecían inofensivos y bondadosos. ¿Era realmente nuestro Mr. Henry quien le chupaba los dedos a China?

—En lugar de helado hemos comprado confites.

—Confites, ¿eh? Greta Garbo es muy golosa.

Limpió con la palma de la mano el gollete de la botella y se lo llevó a la boca, un gesto que me produjo una sensación de incomodidad.

—¿Quiénes eran esas mujeres, Mr. Henry?

Se atragantó con la gaseosa y miró a Frieda.

—¿Qué dices?

—Esas mujeres —repitió ella— que acaban de salir. ¿Quiénes eran?

—¡Ah! —rió él. Era la risa típica del adulto que se dispone a decir una mentira, un «ji-ji» que conocíamos muy bien—. Esas señoras participan en los cursos de lectura de la Biblia. Leemos las Escrituras juntos, y hoy han decidido venir a leerlas aquí conmigo.

—Oh, ya —dijo brevemente Frieda.

Yo tenía la mirada fija en sus zapatillas de estar por casa, para no verme obligada a presenciar cómo aquellos amables dientes formulaban una mentira.

—Mejor que no se lo comentéis a vuestra madre. Ella no aprecia demasiado los estudios bíblicos ni tampoco le gusta que reciba visitas, aunque sea de buenas cristianas.

—No, señor, Mr. Henry. No lo haremos.

Él subió rápidamente las escaleras.

—¿Tendríamos que hacerlo? —pregunté yo—. ¿Decírselo a mamá?

Frieda suspiró. No había abierto aún su barra de Powerhouse ni la bolsa de patatas, y ahora, pensativa, reseguía con un dedo las letras del rótulo del envoltorio del caramelo. Súbitamente levantó la cabeza y comenzó a mirar en derredor de la cocina.

—No, supongo que no. No han sacado platos.

—¿Platos? ¿De qué hablas?

—No han sacado platos. Línea Maginot no ha comido en ninguno de los platos de mamá. Además, mamá nos fastidiaría todo el día con sus tonterías si se lo dijéramos.

Nos sentamos y contemplamos los montoncitos de migas de galleta que habíamos hecho momentos antes.

—Mejor que quitemos los nabos del fuego —sugirió Frieda—. Se quemarán, si no, y mamá nos lo hará pagar a azotes.

—Ya lo sé.

—Pero si dejamos que se quemen no tendremos que comérnoslos. —Yo pensé: «Jey, qué buena idea»—. ¿Qué prefieres? ¿Azotes sí y nabos no, o nabos sí y azotes no?

—Es difícil. Quizá podríamos dejar que se quemaran sólo un poco, lo justo para que papá y mamá se los comieran y nosotras dijéramos que no, que nos iban a sentar mal o algo así.

—De acuerdo.

Yo convertí mi montículo de migas en una especie de volcán.

—¿Frieda?

—¿Qué?

—¿Qué fue lo que hizo Woodrow y que tú ibas a contar?

—Pis en la cama. La señora Cain le dijo un día a mamá que se hacía pis en la cama y que no había manera de quitarle la costumbre.

—Qué marrano.

El cielo se oscurecía; miré por la ventana y vi que caían copos de nieve. Metí el dedo, de punta, por el cráter del volcán, y éste se vino abajo y las migas doradas se dispersaron entre pequeños remolinos. La cazuela de los nabos emitió un crujido sordo.

VEAMOSALGATOHACEMIAUMIAUVENYJUEGAVENAJUGARCONJANEELGATITONOJUGARAJUGARAJUGARAJUGARAJUG

Vienen de Mobile. De Aiken. De Newport News. De Marietta. De Meridian. Y el nombre de aquellos lugares, pronunciado por sus bocas, te hace pensar en el amor. Cuando les preguntas de dónde son inclinan la cabeza y dicen: «Mobile», y tú crees que te han besado. Dicen: «Aiken», y tú ves una mariposa blanca que, con un ala rota, elude el choque con una verja. Dicen: «Nagadoches», y tú anhelas decir: «Sí, quiero». Ignoras cómo son aquellos pueblos, aquellas ciudades, pero amas lo que le ocurre al aire cuando ellas abren los labios y dejan escapar los nombres.

Meridian. Su sonido hace que se abran las ventanas de cualquier habitación, como las primeras notas de un himno. Pocas personas pueden pronunciar el nombre de su pueblo natal con semejante afecto mal disimulado. Quizá porque no tienen un pueblo o una ciudad auténticamente suyos, sino sólo lugares donde nacieron. Pero esas muchachas se impregnaron del jugo de su pueblo natal, que nunca las abandona. Son esbeltas muchachas morenas que han mirado mucho las malvarrosas que crecen en los jardines de Meridian, de Mobile, de Aiken, de Baton Rouge. Y que, como las malvarrosas, son prietas, altas y apacibles. Tienen raíces profundas, tallos firmes, y sólo la flor que las corona cabecea al viento. Poseen los ojos de las personas que saben la hora que es por el color del cielo. Esas chicas viven en tranquilos barrios negros donde todo el mundo está bien empleado. Donde en los porches hay balancines colgados de cadenas. Donde el césped se corta con guadaña, donde se yergue el gallo y en el patio crecen girasoles y en los peldaños y los antepechos de las ventanas se alinean tiestos de fucsias, de hiedra, de sensivieras. Esas chicas han comprado sandía y habichuelas en el carretón del verdulero. Han colocado en la ventana el rótulo de cartón que tiene impreso en uno de los bordes «SIN HIELO» y en los otros tres, respectivamente, «10 libras», «25 libras» y «50 libras». Aquellas muchachas morenas en particular, las que vienen de Mobile y Aiken, difieren de algunas de sus hermanas. No son irritables, nerviosas ni chillonas; no tienen adorables cuellos negros, que estiran como para liberarse de un collar invisible; sus ojos no muerden. Esas chicas de Mobile, azúcar moreno, andan por la calle sin meneo ni alboroto. Son tan suaves, tan sencillas como un dulce de nata. Tobillos delgados; largos, estrechos pies. Se lavan con jabón Lifebuoy de color naranja, se empolvan con talco Cashmere Bouquet, se lavan los dientes con un trapo impregnado de sal, se suavizan la piel con loción Jergens. Huelen como la madera, como los periódicos, como la vainilla. Se alisan el cabello con Dixie Peach y se lo peinan con la raya a un

lado. Por la noche se lo enrollan con papelitos, se atan un pañuelo estampado en torno a la cabeza y duermen con las manos cruzadas sobre el vientre. No beben, no fuman, no dicen malas palabras y llaman «chumi-chumi» al sexo. Cantan en el coro como segundas sopranos, y aunque sus voces son firmes y claras nunca les encomiendan un solo. Están en la segunda fila, bien almidonadas las blancas blusas, las faldas casi púrpura de tanto planchado. Van a universidades laborales subvencionadas, a escuelas normales, y aprenden cómo hacer con refinamiento el trabajo del hombre blanco: economía doméstica para prepararle la comida; formación pedagógica para instruir en la obediencia a los niños negros; música para complacer a su fatigado señor y alegrar su embotado espíritu. Allí aprenden el resto de las lecciones iniciadas en aquellas tranquilas casas con balancines en el porche y tiestos de fucsias: cómo comportarse. El esmerado desarrollo de la frugalidad, la paciencia, la ética y los buenos modales. En suma, cómo librarse de la bajeza. La espantosa bajeza de la pasión, la bajeza de la condición humana y de su amplia gama de emociones.

Dondequiera que brote la bajeza, la limpian; donde se incrusta, la disuelven; dondequiera que rezume, florezca o se adhiera, la encuentran y la combaten hasta que muere. Libran esta batalla mientras dura su viaje hacia la tumba. La risa demasiado ruidosa; las palabras demasiado rotundas; el ademán demasiado generoso. Encogen el trasero por temor a que se balancee con excesiva libertad; si usan lápiz de labios, nunca se pintan la boca entera para no mostrar unos labios demasiado gruesos, y se inquietan, se inquietan, se inquietan por el contorno de su cabellera.

No parecen tener nunca novio, pero siempre se casan. Ciertos hombres las observan, sin que se note, y saben que si en su casa hay una muchacha así ellos siempre dormirán entre sábanas inmaculadamente blancas, tendidas a secar sobre matas de junípero y planchadas a conciencia. Lindas flores de papel decorarán el retrato de su madre y habrá una Biblia grande en el cuarto de estar. Se sienten seguros. Saben que sus ropas de trabajo estarán el lunes remendadas, lavadas y planchadas, que sus camisas de domingo colgarán de sus perchas en el quicio de la puerta, perfectamente almidonadas y blancas. Les mirarán las manos y sabrán que van a tratar bien la masa del bizcocho; olerán el café y el jamón frito; verán las blancas palomitas de maíz que humean con su porción de mantequilla encima. Sus caderas les garantizan que parirán los hijos con facilidad y sin dolor. Y no se equivocan.

Lo que ellos no saben es que aquellas sencillas muchachas morenas construirán su nido palito a palito, crearán su propio e inviolable mundo y montarán guardia ante todas y cada una de sus plantas, sus prendas de vestir, sus tapetitos, para defenderlos incluso de ellos. En silencio volverán a colocar la lámpara donde la habían colocado primero; retirarán los platos de la mesa apenas comido el último bocado; restregarán la manija de la puerta cada vez que una mano grasienta la toque. Una mirada de

soslayo bastará para decirles a ellos que se vayan a fumar al porche trasero. Los niños sabrán al instante que no pueden entrar en su jardín a recoger una pelota. Pero los hombres no saben estas cosas. Tampoco saben que ellas les entregan sus cuerpos parca y parcialmente. Deberán penetrarlas subrepticiamente, levantando el borde de su camisón sólo hasta el ombligo. Deberán descansar su peso sobre los codos cuando hacen el amor, en apariencia para evitar dañarles los pechos, pero en realidad para que no tengan que tocar o gozar de una porción demasiado extensa de su persona.

Mientras ellos se mueven en su interior, ellas se preguntan por qué las partes necesarias pero privadas del cuerpo no estarán en otro lugar más conveniente; como el sobaco, por ejemplo, o la palma de la mano. Un lugar al que se llegue con facilidad, rápidamente, sin necesidad de desnudarse. Se ponen rígidas cuando notan que uno de los papelitos rizadores se ha soltado a consecuencia de la actividad amorosa; imprimen en su mente cuál de ellos es, a fin de volver a asegurarlo prestamente en cuanto la actividad cese. Confían en que los hombres no sudarán, porque la humedad puede pasar a su cabello; y que ellas conservarán seca la entrepierna: detestan el sonido como de chapoteo que se produce cuando están mojadas. Cuando perciban que un espasmo se apodera del hombre, efectuarán rápidos movimientos con las caderas, le clavarán las uñas en la espalda, contendrán el aliento y simularán que tienen un orgasmo. Probablemente pensarán por enésima vez cómo sería sentir *aquello* mientras el pene del marido está dentro de ellas. Lo que más se le aproxime sea quizás aquella sensación que tuvieron el día en que caminaban por la calle y se les soltó la compresa higiénica, que se movía suavemente entre sus piernas mientras ellas seguían andando. Suavemente, muy suavemente. A continuación, una ligera y desde luego placentera sensación se había concentrado en su sexo. El placer aumentó de tal modo que fue imprescindible pararse y apretar los muslos para contenerlo. Debe ser algo así, piensan ellas, pero jamás ocurre cuando el pene del hombre se aloja en su interior. Cuando el hombre se retira, ellas se bajan el camisón, se deslizan fuera de la cama y se refugian con alivio en el cuarto de baño.

Ocasionalmente, algún ser vivo cautiva su afecto. Acaso un gato, que amará su orden, su precisión, su constancia; que será tan limpio y tranquilo como lo son ellas. El gato se instalará pacíficamente en el antepecho de la ventana y las acariciará con los ojos. Podrán tenerlo en brazos, dejando que sus patas traseras tanteen sus pechos en busca de soporte y las delanteras se aferren a su hombro. Podrán friccionar su suave pelaje y notar la carne dócil que hay debajo. Un delicado toque bastaría para que el gato ronronee, se desperece y abra la boca. Y ellas aceptarán de buen grado la extraña y deliciosa sensación que emana del animal cuando se contorsiona bajo su mano y entorna los ojos saciado de placer sensual. Cuando ellas están de pie en la cocina, preparando la cena, el gato describe círculos en torno a sus espinillas, y el cosquilleo de su pelo asciende en espiral por sus piernas hasta los muslos, haciendo

que los dedos les tiemblen un poco al mezclar el relleno de la tarta.

O bien, cuando se sientan a leer las «Reflexiones Edificantes» de *The Liberty Magazine*, el gato sube de un salto a su regazo. Ellas acarician aquella pelambre sedosa y permiten que el calor del cuerpo del animal rezume y penetre hasta la más íntima profundidad de su regazo. A veces la revista cae al suelo, y ellas separan las piernas, sólo un poco, y ambos se quedan muy quietos, juntos, quizá se reacomodan un poco los dos, dormitan juntos, hasta la hora en que el intruso regresa a casa del trabajo, vagamente preocupado por lo que encontrará para cenar.

El gato sabrá siempre que él es el primero entre sus afectos. Incluso después de que ellas tengan hijos. Porque los tendrán, fácilmente y sin dolor. Por lo menos uno. Un hijo varón. Se llamará Júnior.

Una de aquellas muchachas de Mobile, de Meridian o de Aiken, a quien no le sudaban ni los sobacos ni la entrepierna, que olía como la madera y la vainilla, que había aprendido a hacer suflés en el Departamento de Economía Doméstica, se trasladó con su marido, Louis, a Lorain, Ohio. Se llamaba Geraldine. Allí construyó su nido, planchó camisas, plantó fucsias en tiestos, jugaba con su gato y dio a luz a Louis Júnior.

Geraldine no permitía que Júnior, su bebé, llorase. Mientras sus necesidades fueran físicas podía satisfacerlas: bienestar y hartazgo. Siempre estaba cepillado, bañado, halagado y calzado. Geraldine no le hablaba, no le arrullaba ni le mimaba con tandas de besos, pero atendía a cualquier otro de sus deseos. El niño no tardó mucho en descubrir la diferencia entre la conducta de su madre respecto a él y respecto al gato. A medida que crecía aprendió a trasladar al gato la aversión hacia su madre y pasó algunos momentos felices viendo sufrir al animal. El gato sobrevivió porque Geraldine raramente se ausentaba de casa y podía sosegar al felino cuando Júnior lo maltrataba.

Geraldine, Louis, Júnior y el gato vivían cerca del campo de juego de la escuela Washington Irving. Júnior consideraba el campo propiedad suya, en tanto que los colegiales envidiaban su libertad para dormir hasta tarde, ir a almorzar a casa y dominar el campo de juego después del horario escolar. Él detestaba ver los columpios, toboganes, balancines y otros artilugios vacíos y trataba de que los niños se quedaran por allí todo el tiempo posible. Niños blancos: a su madre no le gustaba que jugase con negritos. Le había explicado la diferencia entre personas de color y negritos. Unas y otros eran fácilmente identificables. Las personas de color eran discretas y limpias; los negritos eran sucios y ruidosos. Él pertenecía al primer grupo: vestía camisas blancas y pantalones azules; llevaba el cabello tan corto como era posible para evitar cualquier traza de lanas, y la raya del peinado se la había materialmente grabado el barbero. En invierno, su madre le ponía loción Jergens en la cara para que la piel no se le volviese cenicienta, cosa posible a pesar de que la tenía

clara. La línea divisoria entre persona de color y negrito no siempre era concluyente: sutiles signos reveladores amenazaban con difuminarla y había que permanecer constantemente alerta.

Júnior deseaba intensamente jugar con los chicos negros. Más que nada en el mundo quería jugar a Rey de la Montaña y que le empujaran por el montón de arena y rodaran por encima de él. Quería sentirse aplastado por su dureza, oler su fogosa negrura y decir «Jódete» con aquella alegre naturalidad. Quería sentarse con ellos en el bordillo de la acera y comparar el filo de sus respectivas navajas de bolsillo, la distancia que alcanzaban y el arco que describían sus escupitajos. En los lavabos quería compartir con ellos los laureles de orinar más lejos y por más tiempo. Bay Boy y P. L. habían sido en determinado momento sus ídolos. Gradualmente pasó a coincidir con su madre en que ni Bay Boy ni P. L. eran lo bastante buenos para él. Entonces jugaba únicamente con Ralph Nisensky, que tenía dos años menos, usaba gafas y no quería *hacer* nada. Júnior se divertía cada vez más amedrentando a las niñas. Era fácil hacer que chillaran y echaran a correr. Se mondaba de risa cuando caían al suelo y enseñaban las bragas. Cuando volvían a levantarse, arrugadas las ropas y encendido el rostro, sentía un placer especial. A las niñas negras, sin embargo, las molestaba poco. Solían andar en grupo, y en cierta ocasión, cuando a unas les tiró una piedra, ellas le persiguieron, le alcanzaron y le aporrearon hasta aturdirle. Júnior mintió a su madre diciendo que lo había hecho Bay Boy. Su madre se alteró mucho. Su padre se limitó a seguir leyendo *el Journal* de Lorain.

Cuando estaba de humor, llamaba a cualquier chico que pasara para que jugase con él en los columpios o el balancín. Si el chico no quería o se marchaba demasiado pronto, Júnior le tiraba puñados de grava. Llegó a tener buena puntería.

Alternativamente aburrido o atemorizado en casa, en el campo de juegos estaba en la gloria. Un día en que se había aburrido más que de costumbre vio a una niña muy negra que para atajar camino atravesaba el campo. Andaba con la cabeza baja. Él la había visto ya muchas veces antes, parada, sola, siempre sola, a la hora del recreo escolar. Nadie jugaba con ella. Probablemente porque era fea, pensaba él.

Ahora la llamó:

—¡Jey! ¿Qué haces paseando por mi jardín? —La niña se detuvo—. Nadie puede atravesar este jardín sin mi permiso.

—No es tu jardín. Es el campo de la escuela.

—Pero yo soy el responsable.

La niña comenzó a alejarse. Júnior añadió:

—Espera. —Se acercó a ella—. Tú puedes jugar si quieres. ¿Cómo te llamas?

—Pecola. No quiero jugar.

—Anda, ven. No voy a molestarte.

—Tengo que irme a casa.

—Oye, ¿quieres ver una cosa? Tengo algo que enseñarte.

—No. ¿Qué es?

—Ven a mi casa. Mira, vivo ahí mismo. Anda, ven. Te lo enseñaré.

—¿Enseñarme qué?

—Unos gatitos. Tenemos gatitos. Puedes quedarte uno si quieres.

—¿Gatitos de verdad?

—Sí. Anda, ven.

Le tiraba con delicadeza del vestido. Pecola dio unos pasos hacia la vecina casa. Cuando él se convenció de que había aceptado, la precedió corriendo excitado y sólo se detuvo para decirle que siguiera adelante. Abrió la puerta de la casa y la sostuvo abierta con una sonrisa alentadora. Pecola subió los escalones del porche y titubeó, asustada. La casa parecía muy oscura. Júnior dijo:

—No hay nadie. Mamá ha salido y mi padre está en el trabajo. ¿Quieres ver los gatitos?

Encendió las luces. Pecola cruzó la puerta.

Qué bonito es esto, pensó. Qué casa más bonita. Sobre la mesa de la sala de estar había una gran Biblia encuadernada en rojo con profusión de adornos dorados. Por todas partes se veían tapetitos de encaje: sobre los brazos y respaldos de los sillones, en el centro de una amplia mesa de comedor, en otras mesas más pequeñas. En todos los antepechos de las ventanas había tiestos con plantas. Una lámina en colores de Jesucristo colgaba de una pared con bellísimas flores de papel aplicadas al marco. Pecola habría querido verlo todo despacio, muy despacio. Pero Júnior la apremiaba:

—Jey, tú. Anda, vamos. Vamos.

La condujo a otra habitación, más bonita incluso que la primera. Más tapetes. Una gran lámpara de pie verde y dorado y pantalla blanca. Hasta una alfombra en el suelo, decorada con enormes flores de color rojo oscuro.

Pecola admiraba absorta las flores cuando Júnior dijo:

—¡Aquí está!

Ella se volvió.

—¡Aquí está tu gato! —chilló él.

Y le tiró un corpulento gato negro directamente a la cara. A Pecola le cortaron la respiración el susto y la sorpresa, y notó el pelo del animal en la boca. El gato le arañó la cara y el pecho en su esfuerzo por enderezarse, luego saltó al suelo con agilidad.

Júnior reía y corría alrededor de la habitación apretándose satisfecho el vientre. Pecola se tocó el arañazo del rostro y notó que llegaban las lágrimas. Cuando se volvió hacia el hueco de la puerta, Júnior se situó frente a ella de un brinco.

—No puedes marcharte —dijo—. Eres mi prisionera.

Tenía en los ojos una expresión alegre, pero dura.

—Déjame pasar.

—¡No!

La rechazó de un empellón, cruzó rápidamente la puerta que separaba las dos habitaciones, la cerró y la mantuvo cerrada con ambas manos. Los golpes que Pecola descargaba en ella aumentaron sus jadeantes y agudas risotadas.

Las lágrimas brotaron enseguida, y Pecola se cubrió el rostro con las manos. Algo suave y peludo se agitó entonces acariciando sus tobillos; dio un brinco, alarmada, y vio que era el gato, que se enroscaba a sus piernas. Momentáneamente distraída de su miedo, Pecola se agachó para tocarlo con las manos mojadas de lágrimas. El gato se restregó contra su rodilla. Era completamente negro, de un negro profundo y sedoso, y tenía los ojos, inclinados hacia el hocico, de un color verde azulado. La luz ponía en ellos reflejos como de hielo. Pecola le acarició la cabeza; el animal emitió un gemido y sacó una lengua temblorosa de placer. Sus ojos, muy azules en contraste con la faz negra, estaban fijos en los de la niña.

Júnior, a quien el silencio había despertado la curiosidad, abrió la puerta y vio a Pecola acariciar, agachada, el lomo del gato. Vio que el gato estiraba el cuello y entornaba los ojos. Había visto aquella actitud muchas veces, siempre que el animal respondía al toque de su madre.

—¡Dame mi gato!

Se le quebró la voz. Con un ademán a un tiempo torpe y seguro atrapó al gato por una de las patas traseras y comenzó a voltearlo en círculo por encima de su cabeza.

—¡Para, para ya! —gritó Pecola.

Las patas libres del animal estaban rígidas, sus garras prestas a asir cualquier cosa para recobrar el equilibrio, la boca abierta, los ojos dos rayas azules que despedían horror.

Todavía gritando, Pecola intentó cogerle la mano a Júnior. Oyó que, debajo de su brazo, se le rasgaba el vestido. Júnior procuró apartarla, pero ella logró hacer presa en el brazo con que él volteaba el felino. Ambos cayeron al suelo y, al caer, Júnior soltó el animal. Éste, liberado en pleno movimiento, salió disparado contra la ventana. Allí resbaló hacia abajo y cayó sobre el radiador que había detrás de un sofá. Excepto por algunos estremecimientos, se quedó quieto. Únicamente se percibía un levísimo olor a pelo chamuscado.

Geraldine abrió la puerta.

—¿Qué es esto? —Su voz era apacible, como si formulara una pregunta perfectamente razonable—. ¿Quién es esta chica?

—Nos ha matado el gato —dijo Júnior—. Mira.

Señalaba el radiador donde el animal yacía. Cerrados los azules ojos, su faz era sólo una mancha negra, inexpresiva e inútil.

Geraldine fue al radiador y recogió el gato. Éste quedó flácido en sus brazos, pero

ella le rozó la pelambre con una mejilla. Miró a Pecola. Vio el vestido sucio y roto, las trenzas que sobresalían de su *cabeza*, el cabello deslustrado allí donde las trenzas se habían deshecho, los zapatos enfangados con la capa de goma asomando entre las suelas baratas, los calcetines manchados, uno de los cuales, caído, se había doblado hasta cubrir el tacón del zapato. Vio el imperdible que sostenía el dobladillo de la falda. La miraba por encima del lomo del gato. Había visto a aquella niña toda su vida. Asomada a las ventanas superiores de las tabernas de Mobile, holgazaneando entre los porches de las largas casas de vecindad del extrarradio de la población, sentada en estaciones de autobús sosteniendo bolsas de papel y llorando a una madre que grita una y otra vez: «¡Cierra el pico!». Despeinada, el vestido cayéndole a pedazos, los zapatos desatados y rebozados en polvo. Había captado la mirada de sus ojos que parecían no entender nada. Ojos que no cuestionaban nada y lo preguntaban todo. Ojos que, sin pestañear, descarados, permanecían fijos en los suyos. El fin del mundo metido en sus ojos, y el principio, y toda la inmensidad intermedia.

Aquellas niñas estaban por todas partes. Dormían seis en la misma cama, mezclados los orines de todas, incontentos durante la noche, mientras cada una de ellas soñaba su propio sueño de caramelos y patatas chips. Durante los largos y calurosos días deambulaban ociosas, arrancando el yeso de las paredes y escarbando la tierra con palos. Se sentaban en hilera en las aceras de las calles, se aglomeraban en los bancos de la iglesia quitándoles espacio a los primorosos y pulcros niños de color; hacían payasadas en los campos de juego, rompían cosas en las tiendas de baratillo, corrían delante de ti en la calle, resbalaban sobre el hielo invernal de las aceras en pendiente. Las chicas crecían sin saber nada de fajas ni corsés, y los chicos anunciaban su virilidad poniéndose las gorras con la visera hacia atrás. Donde ellas vivían no crecía la hierba. Morían las flores. Se cerraban las persianas. Donde ellas vivían proliferaban las latas vacías y los neumáticos viejos. Se nutrían de fréjoles fríos y refrescos de naranja. Revoloteaban como moscas y como moscas se posaban. Y aquélla se había posado en su casa. Por encima del lomo del gato la estaba mirando.

—Vete —le dijo con la misma voz tranquila—. Perversa borrita negra. Vete enseguida de mi casa.

El gato se estremeció y agitó la cola.

Pecola salió por la puerta caminando hacia atrás, mirando fijamente a aquella bonita dama de tez como de café con leche que le hablaba entre el pelo del gato en aquella preciosa casa verde y oro. Las palabras de la bella dama hacían que la pelambre del gato se moviese; el aliento de cada palabra separaba los pelos. Pecola se volvió para localizar la puerta de entrada y vio a Jesús que la miraba con ojos tristes que no expresaban la menor sorpresa; vio su largo cabello castaño ondulado a lado y lado de su cabeza, así como las alegres flores de papel que rodeaban su cara.

Fuera, el viento de marzo se coló por el desgarrón de su vestido. Bajó la cabeza para resguardarse del frío. Pero con ello no pudo evitar la visión de los copos de nieve que caían y morían sobre el pavimento.

PRIMAVERA

Las ramas primerizas son delgadas, verdes y flexibles. Se curvan hasta formar un círculo completo, pero no se rompen. Su delicada, vistosa y esperanzada forma de brotar en los arbustos de forsitias y lilas significaba sólo un cambio de estilo en los azotes. En primavera éramos golpeadas de manera distinta. En lugar del dolor como embotado de un castigo de invierno conocíamos la acción de aquellas nuevas varas verdes cuya picazón no desaparecía hasta bastante después de que la azotaina hubiera terminado. En aquellas ramas largas se escondía una nerviosa maldad que nos hacía añorar el seco golpe de una correa o el firme pero honesto sopapo de un cepillo del pelo. Incluso hoy, las primaveras llegan para mí cargadas con el recuerdo doloroso de las flagelaciones, y las forsitias para nada me alegran el ánimo.

Acostada sobre la hierba de un solar vacío, un domingo de primavera, yo quebraba los tallos de los algodoncillos y pensaba en hormigas, en huesos de melocotón, en la muerte y en adonde se iba el mundo cuando yo cerraba los ojos. Debí pasar mucho tiempo allí, pues la sombra que tenía delante de mí al salir de casa había desaparecido cuando regresé. Entré en casa porque me pareció que rebosaba una precaria quietud. Luego oí a mi madre cantando algo sobre trenes y Arkansas. Apareció en la puerta trasera trayendo dobladas unas cortinas amarillas que depositó sobre la mesa de la cocina. Yo me senté en el suelo para escuchar la letra de la canción, y observé que ella se comportaba de manera rara. Llevaba todavía puesto el sombrero y tenía mucho polvo en los zapatos, como si hubiera caminado por algún lugar con abundante tierra suelta. Puso agua a hervir y a continuación barrió el porche; luego desplegó el tendedero para las cortinas, pero en lugar de tender las cortinas húmedas volvió a barrer el porche. En ningún momento interrumpió su canción sobre los trenes y Arkansas.

Cuando terminó, me fui a buscar a Frieda. La encontré en el piso de arriba, acostada en nuestra cama, llorando de esa manera cansada y plañidera que sigue a los primeros sollozos: más bien jadeos y temblores. Me tumbé en la cama y miré los ramilletes de rosas silvestres estampados en su vestido. Incontables lavados los habían descolorido y desdibujado sus contornos.

—¿Qué ha pasado, Frieda?

Ella levantó la cara hinchada que ocultaba con el brazo doblado. Todavía temblorosa, se sentó y dejó colgar las flacas piernas por el lado de la cama. Yo me arrodillé y levanté el borde de mi vestido para limpiarle la nariz. A ella no le gustaba limpiar nances con vestidos, pero esta vez me dejó. Era el procedimiento que mamá utilizaba con su delantal.

—¿Te has ganado una zurra?

Sacudió negativamente la cabeza.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Porque sí.

—Vamos, ¿por qué?

—Por Mr. Henry.

—¿Qué ha hecho?

—Papá le ha pegado.

—¿Por qué? ¿Por lo de Línea Maginot? ¿Se ha enterado de lo de Línea Maginot?

—No.

—Bueno, ¿por qué, entonces? Anda, Frieda. ¿Cómo es que yo no puedo saberlo?

—Me ha… me ha *molestado*.

—¿Molestado? ¿Quieres decir como Soaphead Church?

—Más o menos.

—¿Te ha enseñado su cosa?

—Noooo. Me ha tocado.

—¿Dónde?

—Aquí y aquí.

Frieda señalaba los diminutos senos que, como dos bellotas caídas del árbol, dispersaban en su vestido unas pocas y descoloridas hojas de rosal.

—¿De veras? ¿Y qué has notado?

—Oh, Claudia. —Pareció desconcertada. Mis preguntas no eran las adecuadas, probablemente—. No he notado nada especial.

—¿No? ¿Pero no se supone que sí? ¿No es una cosa que da gusto, quiero decir? —Frieda chasqueó desdeñosamente la lengua—. ¿Cómo lo ha hecho? ¿Se ha acercado y te los ha pellizcado?

Suspiró.

—Primero me ha dicho que era muy bonita. Después me ha cogido del brazo y me ha tocado.

—¿Dónde estaban mamá y papá?

—Fuera, en el jardín, limpiando las malas hierbas.

—¿Qué has dicho tú cuando te ha hecho eso?

—Nada. He escapado de la cocina y me he ido al jardín.

—Mamá dice que ciertas cosas no debemos decidirlas solas.

—Bueno, ¿y qué quieres? ¿Tú qué habrías hecho? ¿Quedarte allí y dejar que te pellizcase?

Me miré el pecho.

—Yo no tengo nada que pellizcar. Supongo que no voy a tenerlo nunca.

—Oh, Claudia, sientes celos de todo. ¿También lo quieres *a él*?

—No, sólo estoy harta de tenerlo todo después.

—No es verdad. ¿Qué pasó con la escarlatina? Tú la tuviste primero.

—Sí, pero poco duró. En fin, ¿qué pasó en el jardín?

—Se lo conté a mamá, y ella se lo contó a papá, y todos volvimos a entrar en

casa, y él se había marchado, así que le esperamos, y cuando papá le vio entrar en el porche le tiró nuestro triciclo viejo a la cabeza y se cayó por los peldaños…

—¿Se mató?

—No. Se levantó enseguida y empezó a cantar *Más cerca de Ti, Señor*. Entonces mamá le atizó con una escoba y le dijo que se quitara de la boca el nombre del Señor, pero él no paraba, y papá le insultaba y maldecía, y todo el mundo gritaba.

—Oh, qué rabia, siempre me pierdo las mejores cosas.

—Y el señor Buford llegó corriendo con su revólver, y mamá la dijo que se fuera a otra parte y se calmara, y papá dijo que no, que le diera el revólver a él, y el señor Buford se lo dio, y mamá chillaba, y Mr. Henry se calló y empezó a correr, y papá le disparó y Mr. Henry dio un salto que se le cayeron los zapatos y siguió corriendo en calcetines. Entonces salió Rosemary y dijo que papá iría a la cárcel, y yo le pegué.

—¿Fuerte?

—Muy fuerte.

—¿Fue entonces cuando mamá te zurró?

—No me ha zurrado, ya te lo he dicho.

—¿Por qué lloras, pues?

—La señorita Dunion vino cuando ya todo estaba tranquilo, aunque papá y mamá hablaban todavía nerviosos sobre quién había metido a Mr. Henry en casa al fin y al cabo, y ella intervino para decirle a mamá que debería llevarme al médico, porque podía estar perdida, y mamá al oírlo se puso a gritar otra vez.

—¿Contra ti?

—No, le gritaba a la señorita Dunion.

—¿Pues por qué llorabas?

—¡Porque no quiero estar *perdida*!

—¿Qué es perdida?

—Ya sabes. Como Línea Maginot. Ella es una mujer perdida. Lo dijo mamá.

Volvieron las lágrimas.

Me vino a la mente una imagen de Frieda gorda, enorme. Sus piernas flacas hinchadas como neumáticos, la cara encerrada entre capas de piel pintarrajeadas de colorete. Noté que también a mí iban a saltarme las lágrimas.

—Pero, Frieda, tú podrías hacer ejercicio y no engordar —objeté. Ella se encogió de hombros—. Además, ¿qué me dices de China y Poland? Ellas están igualmente perdidas, ¿no? Y no son gordas.

—Eso es porque beben whisky. Mamá dice que el whisky las consume.

—Podrías beber whisky.

—¿Y de dónde saco yo whisky?

Reflexionamos sobre ello. Nadie nos vendería a nosotras whisky; suponiendo que tuviésemos dinero para pagarlo, que no lo teníamos. En nuestra casa no había whisky

nunca. ¿De dónde sacarlo?

—De Pecola —dije yo—. Su padre anda siempre borracho. Ella puede dárnoslo.

—¿Tú crees?

—Seguro. Cholly está borracho siempre. Vamos a pedírselo. No necesitamos decirle para qué lo queremos.

—¿Ahora?

—Claro, ahora.

—¿Qué le diremos a mamá?

—Nada. Marchémonos por la parte de atrás. Primero una, luego la otra. No se dará cuenta.

—Está bien. Tú primero, Claudia.

Abrimos la puerta de la cerca del fondo del jardín trasero y nos alejamos corriendo por el callejón.

Pecola vivía al otro lado de Broadway. No habíamos estado nunca en su casa, pero sabíamos cuál era. Un edificio gris de dos pisos, que había sido un almacén abajo *y* tenía un apartamento arriba.

Nadie respondió a nuestra llamada a la puerta delantera, así que rodeamos el edificio hasta encontrar una puerta lateral. Al acercarnos oímos música de radio y tratamos de averiguar de dónde venía. Encima de nosotras estaba la galería del piso alto, con una baranda de balaustres torcidos y carcomidos, y sentada en la galería se encontraba la mismísima Línea Maginot. Cuando levantamos la vista y la descubrimos, nos cogimos automáticamente de la mano una a otra. Como una montaña de carne, la mujer perdida se había derrumbado más que sentado en una mecedora. No llevaba zapatos y había metido los pies, muy separados, entre los balaustres. Pies abultados, y en sus puntas pequeños deditos infantiles; tobillos hinchados donde la piel se alisaba y tensaba; macizas piernas como troncos de árbol, ampliamente separadas las rodillas, más allá de las cuales se extendían las dos autopistas de la cara interior de sus muslos, blandos, flácidos, que se besaban uno a otro al amparo de la sombra de la falda y se fundían en una masa única. De su mano llena de hoyuelos surgía, como un miembro quemado, una botella marrón oscuro de cerveza sin alcohol.

Línea Maginot correspondió a nuestras miradas entre los balaustres y soltó un largo y bronco eructo. Tenía los ojos limpios como la lluvia, y de nuevo recordé yo las cascadas. Ni Frieda ni yo podíamos hablar. Ambas imaginábamos estar viendo lo que mi hermana sería algún día.

Línea Maginot nos sonrió.

—¿Buscáis a alguien?

Yo tuve que despegarme la lengua del paladar para decir:

—A Pecola. ¿Vive aquí?

—Ujú, pero ahora no está. Ha ido al sitio donde su mamá trabaja, a recoger la colada.

—Sí, señora. ¿Volverá?

—Ujú. Ha de tender la ropa antes de que baje el sol.

—Oh.

—Podéis esperarla. ¿Queréis subir y esperarla aquí?

Mi hermana y yo intercambiamos miradas. Yo volví a alzar la mía hacia las anchas autopistas de color canela que se unían en la sombra del vestido.

Frieda dijo:

—No, señora.

—Bien. —Línea Maginot parecía interesada en nuestro problema—. Podéis ir a donde su mamá trabaja, pero está lejos, allá por el lago.

—¿En qué parte del lago?

—En aquella casa blanca, grande, donde hay una carretilla llena de flores.

Era una casa que conocíamos. Habíamos admirado la carretilla blanca inclinada sobre sus ruedas de radios, llena de tierra donde solían plantarse flores de temporada.

—¿No es demasiado lejos para que vayáis a pie? —Frieda se rascó una rodilla. Línea Maginot insistió—: ¿Por qué no la esperáis? Podéis subir aquí. ¿Os apetece tomar un refresco?

Sus ojos de lluvia se iluminaron; y su sonrisa era amplia, no como la sonrisa apretada y reticente de la mayoría de los adultos.

Yo di un paso hacia las escaleras, dispuesta a subir, pero Frieda dijo:

—No, señora, no nos está permitido.

Me quedé atónita ante su coraje y helada ante su insolencia. La sonrisa de Línea Maginot se deterioró un poco.

—¿No os está permitido?

—No, señora.

—¿No se os permite qué?

—Entrar en su casa.

—¿Lo dices en serio? —Las cascadas, ahora, no fluían—. ¿Y cómo es?

—Lo dijo mi mamá. Mi mamá dice que es usted una mujer perdida.

Las cascadas comenzaron de nuevo a fluir. Línea Maginot se llevó a los labios la botella de cerveza y bebió hasta vaciarla. Con un grácil movimiento de la muñeca, un gesto tan rápido, tan breve que casi ni lo vimos, sólo después lo recordamos, nos tiró la botella por encima de la baranda. Se hizo añicos a nuestros pies, y los fragmentos de vidrio marrón nos salpicaron las piernas antes de que pudiéramos saltar hacia atrás. Línea Maginot, apoyada una obesa mano sobre uno de los pliegues de su vientre, reía. Al principio sólo un zumbido profundo, con la boca cerrada, luego un sonido más cálido y fuerte. Una risa a la vez bella y atemorizante. La mujer inclinó la

cabeza hacia un lado, cerró los ojos y agitó su corpachón, dejando que la risa cayese como un diluvio de hojarasca a nuestro alrededor. Esquirlas y restos de risa nos persiguieron cuando escapamos a la carrera. El aliento y las piernas nos fallaron simultáneamente. Después de haber descansado contra el tronco de un árbol, la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados, yo dije:

—Vámonos a casa.

Frieda todavía estaba enojada: luchaba, según creía, por su vida.

—No, ahora tenemos que conseguir el whisky.

—Pero no podemos ir hasta el lago.

—Claro que podemos. En marcha.

—Mamá va a meternos mano.

—Que no. Además, lo único que puede hacer es zurrarnos.

Esto último era cierto. No nos mataría, ni se reiría de nosotras con una risa horrible, ni nos tiraría una botella.

Recorrimos unas calles flanqueadas de árboles, donde unas casas de color gris uniforme se retrepaban como señoras fatigadas… Las calles cambiaron; las casas parecían ahora más lozanas, su pintura era más reciente, las maderas de los porches estaban más rectas, los jardines eran más grandes. Luego vinieron casas de ladrillo, construidas a mayor distancia de la calle, con jardines delanteros donde había setos de arbustos podados en forma de conos y bolas, de un verde aterciopelado.

Las casas que se alzaban frente al lago eran las más bonitas. Muebles de jardín, ornamentos, ventanas como brillantes espejuelos, y ningún signo de vida. Los jardines traseros de estas casas descendían en verdes pendientes hasta una franja de arena, y a continuación estaba el azul lago Erie, que chapaleaba sin obstáculos hasta el Canadá. El cielo enrojecido de la zona de las acerías nunca alcanzaba esta parte de la ciudad, cuyo cielo era siempre azul.

Llegamos a Lake Shore Park, un parque urbano con rosales, fuentes, céspedes donde se jugaba a bolos, mesas de picnic. Ahora estaba vacío, pero en la gentil expectativa de niños blancos, limpios y bien educados, que en verano jugarían allí con sus padres, a la vista del lago, antes de bajar medio corriendo, medio trompicando, por la pendiente que conducía a las acogedoras aguas. Los negros tenían prohibida la estancia en el parque, así que éste colmaba nuestros sueños.

Justo antes de la entrada al parque se encontraba la gran casa blanca con la carretilla llena de flores. Las cortas hojas de los crocos enfundaban sus corazones purpúreos y blancos, que deseaban tanto ser los primeros que soportaban a gusto el frío y la lluvia de los inicios de la primavera. El camino estaba enlosado con calculado desorden, ocultando la astuta simetría. Únicamente el temor a que nos descubrieran y la conciencia de no pertenecer a aquel ámbito frenaban nuestro deseo de remolonear por el jardín. Rodeamos, pues, la imponente casa en busca de la puerta

trasera.

En un pequeño pórtico enrejado estaba sentada Pecola, que vestía un ligero suéter rojo y un vestido de algodón azul. Cerca de ella había un carretón. Pareció contenta de vernos.

—Jey.

—Jey.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Sonreía, y como eso era raro en ella me sorprendió el placer que me causaba.

—Te buscábamos.

—¿Quién os ha dicho dónde encontrarme?

—Línea Maginot.

—¿Quién es?

—Esa señora alta y gorda que vive encima de vuestra casa.

—Oh, quieres decir Miss Marie. Se llama Miss Marie.

—Bueno, todo el mundo la llama Miss Línea Maginot. ¿No tienes miedo?

—¿Miedo de qué?

—De Línea Maginot.

Pecola pareció genuinamente desconcertada.

—¿Por qué?

—¿Tu mamá te deja ir a su casa? ¿Y comer en sus platos?

—No sabe que voy. Miss Marie es muy buena persona. Todas ellas lo son.

—Oh, sí —dije yo—, ha intentado matarnos.

—¿Quién? ¿Miss Marie? Es incapaz de molestar a nadie.

—Entonces, ¿por qué tu mamá no te deja ir a su casa si es tan buena persona?

—No lo sé. Dice que es mala, pero ninguna de ellas es mala. A mí siempre me regalan cosas.

—¿Qué cosas?

—Oh, montañas de cosas, vestidos bonitos, zapatos. Tengo más zapatos de los que puedo llevar. Y joyas y dulces y dinero. Me llevan al cine, y una vez fuimos al parque de atracciones. China va a llevarme a Cleveland a ver las plazas, y Poland a Chicago, a ver el Loop. Vamos juntas a todas partes.

—Mentira. Tú no tienes vestidos bonitos.

—Sí que los tengo.

—Anda, vamos, Pecola, ¿para qué nos cuentas esas trolas? —preguntó Frieda.

—No son trolas.

Pecola se levantaba, dispuesta a defender sus afirmaciones, cuando la puerta se abrió. La señora Breedlove asomó la cabeza y dijo:

—¿Qué pasa ahí fuera? Pecola, ¿quiénes son estas niñas?

—Son Frieda y Claudia, señora Breedlove.

Salió al pórtico. Yo nunca la había visto tan bonita, con su uniforme blanco y el cabello recogido en un copete sobre la frente.

—¿De quién sois hijas?

—De la señora MacTeer, señora.

—Oh, sí. ¿Vivís allá por la calle Veintiuno?

—Sí, señora.

—¿Y qué hacéis tan lejos?

—Hemos venido paseando. Sólo a ver a Pecola.

—Bueno, será mejor que volváis. Pecola puede acompañaros. Entrad mientras recojo la colada.

Entramos en la cocina, que era muy espaciosa. La piel de la señora Breedlove lucía como el tafetán con los reflejos de la porcelana blanca, el enmaderado blanco, las pulidas vitrinas y las brillantes cacerolas de cobre. Aromas de carne, de verduras frescas y de algo recién cocido al horno, mezclados con perfume de Fels Naphtha.

—Voy a buscar la ropa. Os estaréis aquí sin mover un dedo y no revolveréis nada, ¿entendido?

Desapareció por una puerta batiente blanca, y pudimos oír sus pasos hacia abajo, sin duda por una escalera que conducía al sótano.

Se abrió otra puerta y entró una niña más bajita y pequeña que nosotras. Llevaba un vestido rosa y zapatillas de estar por casa también rosa, cada una adornada en la punta con unas orejitas de conejo. Tenía el cabello de color maíz recogido con una cinta ancha. Cuando nos vio, el miedo le asomó a la cara por un segundo. Miró ansiosamente alrededor de la cocina.

—¿Dónde está Polly? —preguntó.

La violencia que yo bien conocía despertó dentro de mí. Que llamara Polly a la señora Breedlove, cuando incluso Pecola la llamaba señora Breedlove, parecía motivo suficiente para arañarla.

—Ha ido abajo —dije yo.

—¡Polly! —llamó ella.

—Mira —me susurró Frieda—, mira eso.

Sobre el aparador, cerca del horno, en un recipiente plateado, había un estupendo pastel de fruta, cuya corteza rezumaba acá y allá un tentador jugo púrpura. Nos acercamos más.

—Todavía está caliente —dijo Frieda.

Pecola tendió la mano para tocar con cuidado el recipiente y comprobar si estaba caliente o no.

—¡Polly, ven! —volvió a llamar la niña.

Debieron ser los nervios, o la torpeza, pero el recipiente se balanceó cuando lo tocaron los dedos de Pecola, y cayó al suelo. Una lluvia de arándanos negruzcos se

dispersó en todas direcciones. Buena parte del líquido fue a parar a las piernas de Pecola, y la quemadura debió ser dolorosa porque ella lanzó un grito y comenzó a saltar. En aquel preciso momento entraba la señora Breedlove con la bolsa de la ropa repleta. Galopó inmediatamente hacia Pecola y de un revés de la mano la derribó al suelo. Pecola resbaló en el jugo del pastel, una pierna doblada debajo del cuerpo. La señora Breedlove la levantó tirando violentamente de su brazo, volvió a abofetearla, y con voz ahogada por la cólera nos insultó, a Pecola directamente y a Frieda y a mí por implicación.

—Locas perdidas… mi suelo, qué porquería… mirad lo que… tanto trabajo… fuera de aquí… ahora sí que… mi suelo, mi suelo… mi suelo…

Sus palabras eran más negras y ardientes que los humeantes arándanos, y nosotras retrocedimos llenas de pavor.

La niña vestida de rosa rompió a llorar. La señora Breedlove se volvió hacia ella.

—Chito, nenita, chito. Ven, acércate. Oh, Señor, cómo te han puesto el vestido. No llores, no llores… Polly lo arreglará todo.

Fue al fregadero y empapó un paño en agua del grifo. Por encima del hombro nos escupió a nosotras unas palabras como pedazos de manzana podrida:

—Recoged la colada y marchaos de aquí para que pueda limpiar esta inmundicia.

Pecola cargó con la bolsa, que pesaba mucho debido a la humedad de la ropa, y las tres nos escabullimos apresuradamente por la puerta del jardín. Mientras Pecola colocaba la bolsa de la colada sobre el carretón oímos a la señora Breedlove apaciguando y restañando las lágrimas a la niña del vestido rosa y el cabello color de maíz, que entre sollozos le preguntaba:

—¿Quiénes eran, Polly?

—No te preocupes, no ha sido nada, nenita.

—¿Vas a hacer otro pastel?

—Naturalmente que sí.

—¿Quiénes eran, Polly?

—Chito. No te preocupes, no llores, déjalo —murmuraba la señora Breedlove, y la miel de sus palabras venía a ser el complemento de la puesta de sol que se derramaba sobre el lago.

VEAMOSLAMADRELAMADREESMUYCARIÑOSA MADREQUIERESJUGARCONJANELAMADRERIER IEMADRERIE

Lo más sencillo habría sido montar un caso en torno a su pie. Y esto fue lo que ella hizo. Pero para descubrir la verdad sobre cómo mueren los sueños una no debería fiarse de las palabras del soñador. El final de su bonita historia fue probablemente la cavidad en uno de sus incisivos. Ella prefería, sin embargo, pensar siempre en su pie. Aunque era la novena de once hermanos y vivía en una loma de arcilla roja en Alabama a siete millas de la carretera más próxima, la completa indiferencia con que fue acogido el clavo oxidado que le atravesó completamente el pie durante el segundo año de su vida salvó a Pauline Williams del anonimato total. La herida la dejó con un pie encorvado, sin el arco anatómicamente normal, que cedía con torpeza cuando andaba. No se trataba de una cojera que con el tiempo le torcería la espina dorsal, sino sólo de una manera peculiar de levantar el pie dañado, como si lo extrajese de un remolino que amenazara con atraerlo hacia su vórtice. Pese a ser ligera, esta deformación explicaba para ella muchas cosas que en otras circunstancias habrían sido incomprensibles: por qué era ella la única entre los hermanos que no tenía apodo; por qué no se contaban anécdotas ni se bromeaba a propósito de cosas divertidas o pintorescas que ella había hecho; por qué nadie comentaba nunca sus preferencias en cuestión de comidas: no se le reservaban el ala o el cuello, no le cocían los guisantes en un pote aparte, sin arroz, porque el arroz no le gustaba; por qué nadie le tomaba el pelo; por qué en ninguna parte se sentía en casa, ni tenía la sensación de ser de allí. Aquella sensación general de separación y de carencia de méritos ella la atribuía a su pie. Restringida en la infancia al seno del tejido familiar, cultivaba placeres tranquilos y de ámbito privado. Le gustaba, más que nada, ordenar cosas —los tarros en los anaqueles cuando se preparaban conservas, huesos de melocotón en un peldaño en la escalera, palitos, piedras, hojas—, y los miembros de su familia la dejaban en paz con sus aficiones. Cuando alguien, accidentalmente, dispersaba sus alineaciones, siempre procuraba recoger lo que había desordenado y devolverlo a su posición anterior, pese a que ella no se enojaba nunca porque así tenía ocasión de ordenarlo de nuevo. Toda pluralidad transportable que encontrase la organizaba en pulcras alineaciones de acuerdo con el tamaño, la forma o los matices de color. De igual modo que nunca alinearía una aguja de pino con una hoja de álamo, jamás colocaría los potes de tomates en conserva junto a los de alubias verdes. Durante los cuatro años que asistió a la escuela la hechizaron los números, mientras que las palabras la deprimían. Echaba de menos —sin saber qué era lo que echaba de

menos— lápices de colores y pinturas.

Cercano ya el principio de la Primera Guerra Mundial, los Williams descubrieron, gracias a vecinos y parientes que regresaban, la posibilidad de vivir mejor en otra parte. En grupos, por turnos, por tandas, mezclados con otras familias, emigraron, en seis meses y cuatro etapas, a Kentucky, donde había minas e industrias.

«Cuando nosotros salimos de casa y estábamos en la estación esperando a que el camión llegase, se hizo de noche. Había luciérnagas por todas partes. De pronto se posaban en una hoja, y de vez en cuando yo veía como un destello verde. Aquélla fue la última vez que vi luciérnagas de verdad. Estos bichos de por aquí no son luciérnagas. Son otra cosa. Aquí la gente los llama gusanos de luz. Allá en casa eran diferentes. Pero recuerdo bien aquel destello verde. Lo recuerdo muy bien».

En Kentucky vivieron en una auténtica ciudad, diez o quince casas en una única calle, con tuberías que llevaban el agua directamente a la cocina. Ada y Fowler Williams encontraron para su familia una casa de madera con cinco habitaciones. Rodeaba el jardín una cerca que en otro tiempo fue blanca, junto a la cual la madre de Pauline plantó flores y a cuyo amparo crió unas cuantas gallinas. Algunos de sus hermanos se incorporaron al Ejército, una hermana murió y dos se casaron, con lo cual el espacio vital se incrementó y la experiencia de Kentucky llegó a adquirir un toque casi suntuoso. La nueva situación fue especialmente confortable para Pauline, quien tenía ya edad suficiente para dejar la escuela. La señora Williams consiguió trabajo en casa de un clérigo blanco que vivía al otro lado de la ciudad, donde cocinaba y hacía la limpieza, y Pauline, ahora la mayor de las chicas, tomó a su cargo el cuidado de la casa. Restauró la cerca, enderezando las estacas y asegurándolas con alambre; acopiaba huevos, hacía la limpieza, cocinaba, lavaba la ropa y se ocupaba de los hermanos menores, una pareja de gemelos llamados Chicken y Pie que todavía iban a la escuela. No sólo era una buena ama de casa, sino que disfrutaba siéndolo. Cuando sus padres habían salido hacia el trabajo y el resto de los hermanos estaba en la escuela o en la mina, la casa quedaba en paz. Tanto el silencio como el aislamiento la calmaban y la vigorizaban. Podía limpiar y ordenar sin interrupción hasta las dos, hora en que Chicken y Pie regresaban.

Cuando terminó la guerra y los gemelos cumplieron diez años, también ellos dejaron la escuela para trabajar. Pauline tenía quince años y continuaba cuidando de la casa, aunque con menos entusiasmo. Las fantasías a propósito de hombres y amor y sentimientos apartaban sus manos de las tareas domésticas. Los cambios de tiempo comenzaban a afectarla, al igual que ciertas imágenes y no pocos sonidos. Aquellas sensaciones tomaban en ella la forma de una extremada melancolía. Pensaba en la

muerte de seres recién nacidos, en senderos solitarios, en desconocidos que surgían no se sabía de dónde simplemente para tomarla a una de la mano, en bosques donde el sol siempre estaba poniéndose. En la iglesia, aquellos sueños adquirían una dimensión especial. Los cánticos la acariciaban, y mientras trataba de concentrar la mente en las consecuencias del pecado, su cuerpo temblaba ansioso de redención, de salvación, de un renacimiento misterioso que simplemente ocurriría sin ningún esfuerzo por su parte. En ninguna de sus fantasías era ella una persona agresiva; por lo general, paseaba por la orilla del río, o recogía bayas en un campo, cuando alguien aparecía, alguien de ojos mansos y penetrantes, quien, sin intercambio de palabras, comprendía, y ante cuya mirada su pie se enderezaba y se humillaba su vista. Alguien que no tenía rostro, ni forma, ni voz, ni olor. Era una simple Presencia, una ternura que lo abrazaba todo con fuerza y una promesa de reposo. Nada importaba que ella no tuviese la menor idea de qué hacer ni qué decirle a la Presencia: después del conocimiento sin palabras y del contacto silente sus sueños se desintegraban. Pero la Presencia sí sabría qué hacer. Ella no tenía más que recostar la cabeza en su pecho y él la llevaría consigo al mar, a la ciudad, a los bosques… para siempre.

Había una mujer llamada Ivy cuya boca parecía contener todos los sonidos del alma de Pauline. Situada un poco aparte del coro, Ivy cantaba a aquella misteriosa dulzura para la que Pauline no tenía nombre; cantaba a la muerte seductora que Pauline ansiaba; cantaba al Desconocido que *sabía*…

Bienamado Señor, toma mi mano,
muéstrame el camino y sostenme.
Soy débil, estoy cansada, me consumo.
A través de la tormenta y de la noche
guíame hacia la luz.
Toma mi mano, bienamado Señor,
y muéstrame el camino.

Cuando mi paso se torne melancólico,
bienamado Señor, no te apartes de mí.
Cuando mi vida decline
escucha mi llanto, atiende mi llamada,
toma mi mano y no me dejes caer.
Toma mi mano, bienamado Señor,
y muéstrame el camino.

Por lo tanto, cuando el Desconocido, el Alguien, apareció realmente, no se supo de dónde, Pauline lo agradeció pero no se sorprendió.

Él llegó pavoneándose bajo el sol de Kentucky, justamente el día más caluroso del año. Llegó alto y fuerte, llegó noble, llegó con ojos claros, alerta las ventanas de la nariz, y llegó con su música propia.

Pauline descansaba apoyada en la cerca, cruzados los brazos sobre el travesaño de las estacas. Momentos antes había terminado de amasar la pasta de un bizcocho y ahora se limpiaba de harina las uñas. Oyó silbar a cierta distancia detrás de ella, uno de aquellos arpegios de notas agudas y rápidas que los chicos negros improvisan mientras trabajan en los campos o, simplemente, cuando caminan. Una especie de música espontánea en la cual la risa distorsiona la ansiedad y la alegría es tan corta y recta como la hoja de una navaja de bolsillo. Pauline escuchó atentamente la música y dejó que ésta dibujase en sus labios una sonrisa. El silbido aumentó en intensidad, pero ella no se volvió aún porque quería que el momento se prolongase. Mientras sonreía para sí y se deleitaba en la pausa abierta en sus sombríos pensamientos notó un cosquilleo en el pie. Entonces rió en voz alta y se dio la vuelta para mirar. El dueño del silbido, inclinado hacia el suelo, le hacía efectivamente cosquillas en el pie roto y le besaba la pierna. Ella siguió riendo, sin poder contenerse, hasta que él levantó el rostro y Pauline vio que el sol de Kentucky bañaba, entre los pesados párpados, los ojos claros de Cholly Breedlove.

«Cuando conocí a Cholly, quiero que sepas que fue como cuando todos aquellos pedacitos de color de otro tiempo, allá en nuestra tierra, el día en que los niños fuimos a recoger bayas después de un funeral y yo me guardé unas cuantas en el bolsillo de mi vestido de los domingos y se chafaron y me mancharon las caderas. El vestido se me llenó de manchas púrpura, que por mucho que se lavaron no desaparecieron nunca. Ni del vestido ni de mí. He llevado aquella púrpura muy honda en mi interior. Y aquella limonada que mamá preparaba cuando papi volvía de los campos, fresca y amarillenta, con pepitas que flotaban cerca del fondo del jarro. Y aquel destello verde que las luciérnagas encendían en las hojas de los árboles la noche que nos marchamos de casa. Todos aquellos colores estaban dentro de mí. Simplemente a la espera. Así que cuando Cholly vino y me hizo cosquillas en el pie, fue como aquellas bayas, como aquella limonada, como aquellos destellos verdes que encendían las luciérnagas: todo se juntó. Cholly, entonces, era flaco, con unos ojos muy claros y llenos de luz. Le gustaba silbar, y cuando yo le oía me corrían escalofríos por la piel».

Pauline y Cholly se amaban. Él parecía saborear su compañía y deleitarse incluso con sus modales campesinos y su desconocimiento de los usos y costumbres urbanos. Hablaba con ella de su pie, y cuando caminaban por la ciudad o por los campos le

preguntaba si estaba cansada. En lugar de ignorar su defecto físico, pretendiendo que no existía, hacía que pareciese algo especial y atractivo. Por primera vez tuvo Pauline la sensación de que su pie deforme era para ella una ventaja.

Y él la tocaba, cierto, con tanta firmeza como suavidad, exactamente como ella había soñado. Aunque sin la melancolía de las puestas de sol y las solitarias orillas del río. Ella se sentía segura y agradecida; él era tierno, animoso y vivaz. Pauline ignoraba que pudiera haber tanta alegría en el mundo.

Decidieron casarse y trasladarse más al norte, donde según Cholly las acererías necesitaban obreros. Jóvenes, enamorados y rebosantes de energía, fueron a parar a Lorain, en Ohio. Cholly, efectivamente, encontró enseguida trabajo en las acererías, y Pauline comenzó a organizar su hogar.

Fue entonces cuando perdió uno de los incisivos. Debió haber existido previamente una manchita, una manchita marrón fácilmente confundible con un resto de comida, pero que no desapareció sino que perduró en el esmalte durante meses, y creció, hasta que perforó la superficie y pasó a la materia que había debajo, y finalmente la destruyó hasta la raíz, aunque sin tocar el nervio, por lo cual su presencia no era perceptible ni molesta. Luego, la debilitada raíz, que se había acostumbrado al veneno, cedió un día ante una indeterminada presión, y el diente se rompió y cayó, dejando un maltrecho raigón en la encía. Sin embargo, incluso con anterioridad a la manchita marrón, debieron de existir las condiciones, el medio que, en primer lugar, permitiría que la mácula se formase.

En aquella ciudad de Ohio, joven y en curso de desarrollo, donde incluso las calles secundarias estaban pavimentadas con cemento, situada a la orilla de un lago tranquilo y azul, que se ufanaba de su afinidad con Oberlin, con la estación subterránea de ferrocarril a sólo trece millas de distancia; en aquel crisol de razas asentado al borde de Estados Unidos y de cara al frío pero receptivo Canadá, ¿qué podía salir mal?

«Cholly y yo, entonces, nos llevábamos bien. Nos fuimos al norte; se suponía que allí había más empleos y esas cosas. Alquilamos dos habitaciones encima de una tienda de muebles y yo me ocupé de la casa. Cholly trabajaba en la planta de acero y todo parecía conforme. No entiendo exactamente lo que pasó. Hubo un cambio. Allí era difícil conocer a gente y hacer amistades, y yo echaba de menos a los míos. No estaba acostumbrada a ver tantos blancos. Los que había visto hasta entonces eran como odiosos, malignos, pero no se nos acercaban demasiado. Quiero decir que no teníamos con ellos mucha relación. Sólo de vez en cuando en los campos o en alguna tienda de comestibles, o en el economato, pero parecían, digamos, por encima de nosotros. En cambio, allá en el norte estaban por todas partes: vivían en la casa de al lado, en el piso de abajo o en el de arriba, llenaban las calles, y personas de color

veías pocas y muy separadas. Además, las personas de color, en el norte, eran diferentes. Gente presumida, como de clase alta. No mejores que los blancos en cuestión de mezquindad y mal genio. Podían hacerte sentir como si no fueras nadie, sólo que yo no esperaba de ellas ni eso ni nada. Aquélla fue la época más triste y solitaria de mi vida. Recuerdo las horas que pasaba mirando por la ventana, impaciente porque llegaran las tres de la tarde y Cholly volviera. No tenía ni siquiera un gato con quien hablar».

En su soledad, ella recurría a su marido para que le diera seguridad, para que la distrajese, para que la ayudara a llenar tantos vacíos. El trabajo doméstico no le bastaba: sólo había dos habitaciones y ningún jardín o patio que cuidar o al cual salir a ventilarse un poco. Las mujeres de la ciudad usaban tacones altos, y cuando Pauline trató de imitarlas se encontró con que los tacones agravaban su necesidad de arrastrar el pie y le provocaban una pronunciada cojera. Cholly seguía siendo cariñoso, pero comenzaba a resistirse a la dependencia total que ella tenía de él. Cada día había entre ambos menos cosas que decirse. A él no le costaba encontrar tareas en que ocuparse ni personas con quienes entretenerse: siempre había hombres subiendo por las escaleras a preguntar por él, y Cholly se marchaba con ellos muy contento y dejaba a Pauline sola.

Ella se sentía a disgusto con las escasas mujeres negras que conocía, mujeres que se habían sorprendido burlonamente de que no se desrizara el cabello. Cuando intentó maquillarse como lo hacían ellas, el resultado fue penoso. Sus miradas significativas y sus risitas disimuladas ante su forma de hablar y su manera de vestir le hicieron entrar ganas de tener ropa nueva. Cuando Cholly comenzó a quejarse del dinero que necesitaba su mujer, Pauline decidió ponerse a trabajar. Las faenas por horas que consiguió la ayudaron en lo relativo a la ropa, e incluso pudo comprar unas cuantas cosas para el apartamento, pero no la ayudaron con Cholly. A él no le gustaban sus compras, y no tardó en decírselo. Las discusiones hicieron trizas su matrimonio. Ella era aún poco más que una chiquilla y todavía esperaba aquella planicie de felicidad, aquella mano de un bienamado Señor que, siempre que su paso se tornara melancólico, caminaría a su lado. Sólo que ahora tenía una idea más clara de lo que significaba melancólico. El dinero constituía el foco de todas sus discusiones, para vestidos y aderezos en el caso de ella, para la bebida en el caso de él. Lo más lamentable era que, en realidad, a Pauline no le importaban ni las ropas ni los afeites. Simplemente quería que las demás mujeres la viesen con ojos más favorables.

Al cabo de varios meses de hacer faenas diversas encontró empleo fijo en casa de una familia de limitados medios y nerviosas, presuntuosas maneras.

«Cholly se volvía más y más ruin y se empeñaba en discutir conmigo día tras día. Yo se lo daba todo. Tenía que hacerlo. Parecía que servir a otra mujer y pelearme con Cholly iba a llenar toda mi vida. Una pesadez. Pero yo cumplía con mis obligaciones, a pesar de mis pocas ganas de trabajar para aquella mujer. Y no debido a su mal genio ni nada parecido, sino porque era tonta. Toda su familia lo era. A ningún precio podían llevarse bien unos con otros. Una pensaría que con una casa tan bonita como aquélla y el dinero que tenían se lo pasarían en grande. Pues ella se salía de madre y se echaba a llorar por la más mínima cosa. Si una de sus amigas cortaba pronto la comunicación cuando hablaban por teléfono, iba y lloraba. Debería haberse alegrado de tener teléfono. Yo todavía no lo tengo. Recuerdo una vez que su hermano pequeño, que había ido a una escuela de dentistas, no les invitó a una especie de gran fiesta que daba. Por aquello hubo un terrible alboroto. Todos hablaron por teléfono días y días, agitados, dando voces. Incluso a mí me preguntó: "Pauline, ¿qué harías si tu propio hermano diera una fiesta y no te invitase?". Le contesté que si de veras tenía ganas de ir, iría y basta. No me importaría lo que él quisiera. Me pareció que no le gustaba, como si yo hubiera dicho una idiotez. Mientras tanto, yo pensaba que la idiota era ella. ¿Quién le había metido en la cabeza que su hermano tenía que ser su amigo? A las personas no han de gustarles otras personas sólo porque hayan nacido de la misma madre. Yo misma procuraba que me gustase aquella mujer. Era buena dándome cosas, pero aun así no podía gustarme. En cuanto llegaba a tener hacia ella buenos sentimientos se portaba como una ignorante y empezaba a decirme cómo limpiar y hacer esto y lo otro. Si la hubiese dejado actuar por su cuenta, la mierda se la habría tragado. Nunca tuve que andar detrás de Chicken y Pie como tenía que andar detrás de aquella gente. Ninguno de ellos sabía siquiera lo que era limpiarse el culo. Puedo decirlo porque era yo quien lavaba la ropa. Y ni para salvar la vida habrían meado como hay que mear. Su marido no acertó nunca a la taza del retrete. Los blancos repulsivos son lo más repulsivo que existe. Pero yo habría continuado con ellos, de no ser porque Cholly se presentó una vez cuando yo estaba trabajando y lo echó todo a perder. Vino borracho y quería dinero. Cuando aquella mujer le vio, se puso roja. Intentó parecer enérgica, pero estaba aterrorizada. De todos modos, le dijo a Cholly que se fuera o llamaría a la policía. Él replicó de mala manera y comenzó a meterse conmigo. Yo no me habría cruzado de brazos, pero no quería tratos con la policía, así que recogí mis cosas y me marché. Más adelante traté de volver, pero ella ya no me quería si continuaba con Cholly. Dijo que me admitiría otra vez si le dejaba. Lo pensé un tiempo. Finalmente, decidí que no sería bueno para una negra dejar a un hombre negro por una mujer blanca. Por otra parte, ella tampoco me pagó los once dólares que me debía. Aquello me dolió mucho. El cobrador del gas me cortó el suministro y

me quedé sin poder cocinar. Supliqué a la mujer que me diese mi dinero. Fui a verla expresamente. Estaba furiosa, más que furiosa. Me gritó que yo le debía mis uniformes y una vieja cama rota que me había dado. Yo no sabía si le debía aquello o no, pero necesitaba mi dinero. No cedió ni cuando le di mi palabra de que Cholly jamás volvería a presentarse allí. Entonces estaba tan desesperada que le pregunté si querría prestarme los once dólares. Se quedó un momento callada y después me dijo que no debería consentir que un hombre se aprovechara de mí de aquel modo. Que tenía que respetarme más a mí misma y que era obligación de mi marido pagar las facturas, y que si no lo hacía yo debía divorciarme y el juez le haría pagar por la ley. Todo muy sencillo. ¿Y por qué ley iba él a pagar nada? Vi muy claro que no entendía que lo único que necesitaba de ella eran mis once dólares para pagar al cobrador del gas y poder cocinar. Tampoco aquello le cabía en la cabeza. "¿Le vas a dejar o no, Pauline?", seguía diciendo. Se me ocurrió que me pagaría el dinero si le daba la razón, así que dije: "Sí, señora". "Perfectamente", dijo ella. "Sepárate de él, luego vuelve a tu trabajo aquí, y lo pasado, pasado". "¿Puedo cobrar hoy mismo?", pregunté enseguida. "No", dijo ella. "Sólo cuando te separes. Pienso únicamente en ti y en tu futuro. ¿Qué tiene de bueno él, Pauline, qué puede él tener de bueno para ti?". ¿Qué le cuenta una a una mujer como aquélla, que no sabe qué tiene de bueno un hombre y te dice con toda la cara que está pensando en tu futuro pero no te da un dinero que es tuyo para que en casa puedas comer algo caliente? Por lo tanto, le dije: "De bueno no tiene nada, señora. De bueno para mí no tiene nada. Pero me da lo mismo, creo que a pesar de todo seguiré con él". Ella se levantó y yo me marché. Cuando salí de la casa noté unos dolores en la entrepierna, de tanto apretar las rodillas en mis esfuerzos para que aquella mujer comprendiese. Pero hoy reconozco que era imposible, que ella no podía comprender. Se había casado con un hombre que en lugar de la boca tenía una cuchillada en la cara. Y así, ¿qué iba a entender?».

Un invierno, Pauline descubrió que estaba preñada. Cuando se lo dijo a Cholly, éste la sorprendió mostrándose complacido. Comenzó a beber menos y a ir a casa con más frecuencia. Entre ambos se restableció una relación más parecida a los tiempos iniciales de su matrimonio, cuando él le preguntaba si estaba cansada o si quería que le trajese algo de la tienda. En este ambiente de sosiego, Pauline renunció a trabajar fuera y retornó al cuidado de su propio hogar. Pero la soledad no había desaparecido de aquellas dos habitaciones. Cuando el sol invernal tocaba la maltrecha pintura verde de las sillas de la cocina, cuando el jarrete ahumado hervía en el puchero, cuando lo único que ella oía era el camión que descargaba muebles en el almacén de abajo, pensaba en su tierra natal, en cómo allí había estado también sola la mayor parte del tiempo, pero que la soledad de ahora era distinta. Entonces dejaba de prestar

atención a las sillas verdes y al camión del almacén, y se marchaba al cine. En la oscuridad de la sala se refrescaba la memoria y sucumbía a sus sueños de antaño. Juntamente con la idea del amor romántico, otro concepto se le reveló: el de la belleza física. Ambas ideas eran probablemente las más destructivas de la historia del pensamiento humano. Ambas nacían de la envidia, medraban en la inseguridad y terminaban en la desilusión. Equiparando belleza física con virtud, Pauline desgarró su mente, la trabó, y recogió a montones el desprecio hacia sí misma. Olvidó el placer carnal y el simple cariño. Pasó a considerar el amor como un apareamiento posesivo y la ilusión romántica como la meta del espíritu. Sería para ella el manantial de donde extraería las emociones más destructivas, engañando al amante y procurando aprisionar al ser amado, cercenando la libertad por cualquier medio.

Ya nunca fue capaz, tras su educación en las salas de cine, de mirar una cara y no asignarle una determinada categoría en la escala de la belleza absoluta, escala que se regía íntegramente por las imágenes de la pantalla. Allí estaban por fin los bosques sombríos, los caminos solitarios, las orillas del río, los tiernos y comprensivos ojos. Allí los tarados perdían sus taras, los ciegos veían, los lisiados y los cojos tiraban sus muletas. Allí la muerte estaba muerta y las personas modulaban sus gestos envueltas en una nube de música. Allí las imágenes en blanco y negro se agrupaban para formar un conjunto magnífico, proyectadas por un rayo de luz que venía de más arriba y de atrás.

Era en realidad un placer sencillo, pero a ella se lo enseñó todo sobre el amor y sobre el odio.

«Los únicos momentos en que era feliz parecían ser como cuando estaba en el cine. Iba siempre que tenía tiempo. Iba temprano, antes de que empezara la sesión. Apagaban las luces y todo se ponía oscuro. Luego se iluminaba la pantalla, y yo me metía de lleno en la película. Hombres blancos que cuidaban amorosamente de sus mujeres, y todos ellos muy bien vestidos en casas grandes y limpias con la bañera justo en el mismo cuarto que el retrete. Las películas me daban muchísimo placer, pero hacían muy dura la vuelta a casa, y muy duro mirar a Cholly. No sé. Recuerdo una vez que fui a ver a Clark Gable y Jean Harlow. Me peiné igual que la había visto peinada a ella en una revista. El cabello hacia un lado, con un ricito en la frente. Igual que ella. Bueno, casi igual. El caso es que me senté en aquella sala con el peinado de aquella manera, y lo pasé muy bien. Pensé que me quedaría a ver otra vez la película y me levanté para comprarme un dulce. Cuando volvía sentarme le di un gran bocado al dulce y, no sé cómo, se me cayó un diente delantero, que el dulce me quitó de la boca. Habría llorado. Yo tenía buenos dientes, no se me había estropeado antes ninguno. Creo que aquello nunca lo superé. Allí estaba yo, preñada de cinco meses, tratando de parecerme a Jean Harlow y sin uno de mis dientes más

visibles. Todo se fue a rodar. Parecía que después de lo que había pasado ya no me importase nada. Me dejé crecer el cabello, me lo trencé y me decidí a ser simplemente fea. Continué yendo al cine, sin embargo, pero la indignidad aumentó. Yo quería recobrar el diente. Cholly se burlaba de mí y empezamos otra vez a pelearnos. Intenté matarle. Él no me pegó demasiado fuerte, supongo que porque estaba preñada, pero las peleas, una vez empezadas, ya no pararon. Él me ponía más furiosa de lo que yo habría imaginado nunca, y no podía quitarle las manos de encima. Bien, tuve el niño, un chico, y después volví a quedar preñada. Pero las cosas no eran como yo había pensado que serían. Yo quería a los niños y todo eso, supongo, pero quizás era porque no teníamos dinero, o quizás era por Cholly, pero bien cierto es que me amargaban la vida. A veces me sorprendía a mí misma gritándoles y pegándoles, y me daban mucha pena, pero parecía como si no pudiera contenerme. Cuando tuve el segundo hijo, una niña, recuerdo que dije que la querría sin importarme como fuera. Parecía una bola de pelo negro. No recuerdo haber procurado quedar preñada la primera vez. Pero la segunda vez lo busqué adrede. Quizá porque ya había tenido un hijo y no me asustaba repetir la cosa. Fuera como fuese, me sentía bien y no pensaba en el embarazo, sólo en el bebé que vendría. Hablaba a cada momento con él mientras estuvo en mi vientre. Como si fuéramos buenos amigos. Ya me entienden. Yo tendía la ropa de la colada y sabía que levantar pesos no era bueno. Le decía que aguantase, que ahora iba a colgar cuatro trapos; no protestes, termino enseguida. No pataleaba ni nada. O también hablaba con él mientras preparaba algo en la cocina para el otro niño. Ya me entienden, charlas amistosas, corrientes. Hasta el final me sentía gusto con aquel hijo. Y cuando llegó el momento me fui al hospital. Para estar más tranquila. No quería tenerlo en casa, como había hecho con el chico. Me pusieron en una habitación muy grande con una infinidad de mujeres. Los dolores me venían, pero no demasiado fuertes. Un viejo médico bajito se encargó de examinarme. Tenía toda clase de materiales. Se enguantó la mano, untó el guante con una especie de jalea y embistió con la mano entre mis piernas. Cuando él se marchó vinieron más médicos. Uno mayor y unos cuantos jóvenes. El mayor enseñaba a los jóvenes cosas sobre los bebés. Les demostraba cómo hacerlo. Al llegar a mi lado dijo que con estas mujeres nunca tendréis problemas. Paren deprisa y sin dolor. Como yeguas. Los jóvenes sonrieron un poco. Me miraron el vientre y entre las piernas. En ningún momento me dijeron nada. Solamente uno me miró. Me miró a la cara, quiero decir. Yo le devolví la mirada. Él bajó los ojos y enrojeció; deduzco que sabía que quizá yo no era una yegua parturienta. Pero los otros. Los otros no sabían nada. Seguían su camino. Les vi hablando con mujeres blancas. "¿Cómo se siente? ¿Va a tener gemelos?". Naderías, por supuesto, pero afectuosas. Palabras amistosas y amables. Me intranquilicé, y cuando los dolores se hicieron más fuertes me alegré. Me alegré de

tener otra cosa en que pensar. Me quejé con un grito horrible. Los dolores no eran tan fuertes como para gritar de aquel modo, pero yo tenía que hacer saber a la gente que dar a luz un hijo era algo más que un retortijón de tripas. A mí me dolía exactamente igual que a las mujeres blancas. Simplemente porque hasta entonces no hubiera chillado ni aullado ello no significaba que no sintiera dolor. ¿Qué se pensaban? ¿Que por el hecho de que yo sabía cómo se tiene un hijo sin alborotar mi trasero no tiraba ni dolía como los de las demás? Por otra parte, aquel médico no sabía de qué hablaba. No debía haber visto nunca parir a una yegua. ¿Quién dice que las yeguas no sufren? ¿Es porque no lloran? ¿Porque no lo cuentan con palabras? Si se las mira a los ojos y se observa cómo los vuelven hacia arriba, si se ve su mirada acongojada, una lo sabe. En fin, el caso es que el bebé llegó. Grande y saludable. Supongo que, como ya había hablado tanto con él, tenía en mi mente una imagen especial de cómo sería. Así que, al verle, fue como mirar una foto de tu mamá cuando era niña. Una sabe quién es, pero no parece la misma persona. Me trajeron el bebé para que lo amamantase y enseguida se cogió al pecho. Aprendió deprisa. No como Sammy, que fue de lo más difícil de alimentar. La niña, Pecola, se habría dicho que sabía de antemano lo que había que hacer. Vaya si era un crío listo. Me gustaba mirarla, observarla; ya saben, esos sonidos glotones de los bebés. Los ojos tiernos y húmedos. Como una mezcla de cachorrito y persona moribunda. Sin embargo, yo sabía que era fea. La cabeza cubierta de un cabello precioso, pero, Señor, qué fea era».

Cuando Sammy y Pecola eran todavía pequeños, Pauline tuvo que volver a trabajar fuera de casa. Ahora, con más edad, no le quedaba tiempo para sueños y películas. Era hora de juntar todas las piezas, poner un poco de coherencia donde antes no había habido ninguna. Los niños le crearon esta necesidad; ella misma ya no era una niña. En consecuencia, se forjó una personalidad, y su proceso para forjarla fue similar al de la mayoría de nosotros: desarrolló una aversión concreta por las cosas que la confundían o la estorbaban; adquirió virtudes que eran fáciles de mantener; se asignó a sí misma un papel en el esquema de su entorno, y se remontó a otras épocas menos complejas para hallar complacencia y satisfacción.

Asumió la completa responsabilidad y el reconocimiento de ser el sostén de la familia y retornó a la iglesia. Primero, no obstante, se trasladó de las dos habitaciones al espacioso primer piso de un edificio que había sido construido para almacén. Se forzó su nueva personalidad entre las mujeres que la habían menospreciado siendo más virtuosa que ellas; se vengó de Cholly forzándole a entregarse a las debilidades que ella desdeñaba. Se sumó a una comunidad religiosa donde las vociferaciones eran mal vistas, sirvió en la Junta de Administradoras N°. 3 y pasó a ser miembro del Círculo de Damas N°. 1. En las asambleas de rezos gemía y suspiraba a propósito del

comportamiento de Cholly, y confiaba en que Dios la ayudaría a preservar a sus hijos de los pecados del padre. Mejoró notablemente el nivel de su lenguaje. Dejó que le cayese otro diente, y la indignaban las mujeres pintarrajeadas que sólo pensaban en vestidos y hombres. Ella, considerando a Cholly un modelo de pecado y fracasos, le soportaba como una corona de espinas, y soportaba a sus hijos como una cruz.

Tuvo la buena fortuna de encontrar empleo permanente en el hogar de una familia acomodada cuyos miembros eran afectuosos, generosos y agradecidos. Contemplaba su casa, olisqueaba su ropa blanca, tocaba la seda de sus tapicerías, y le gustaba todo. El camisoncito rosa de la niña, las pilas de fundas de almohada con sus delicados bordados, las sábanas en cuyo doblez superior destacaban azules florecillas de aciano. Se convirtió en lo que suele llamarse la sirvienta ideal, porque este rol satisfacía prácticamente todas sus necesidades. Cuando bañaba a la niña de los Fisher lo hacía en una bañera de porcelana con grifos plateados que proporcionaban infinitas cantidades de agua clara y caliente. La secaba con esponjosas toallas blancas y la acostaba entre lienzos acariciantes. Cuando cepillaba su rubio cabello, gozaba rozando y atusando con los dedos sus rizos. Allí no había bañeras de zinc, ni baldes de agua calentada a medias sobre la estufa, ni toallas escamosas, tiesas, grisáceas, lavadas en el fregadero de la cocina, secadas en un patio polvoriento; ni tampoco enmarañadas borlas de hirsuta lana negra que peinar. Pronto cesó en sus intentos de cuidar adecuadamente de su propia casa. Las cosas cuya compra podía permitirse no duraban, carecían de belleza y de estilo, y su efímero brillo se apagaba tras el vidrio empañado del ventanal. Descuidaba más y más la atención, no ya a la casa, sino a sus hijos y a su hombre; ellos eran como las vagas ocurrencias que acuden a la mente de una instantes antes de dormirse, los difusos contornos matinales y nocturnos de su jornada, los bordes oscuros que hacían su vida diurna con los Fisher más luminosa, más delicada, más bella. Aquí podía ordenar cosas, limpiar cosas, alinear cosas en impecables hileras. Aquí su pie se arrastraba de un lado a otro sobre gruesas alfombras y no había ruidos intempestivos. Aquí encontraba belleza, orden, limpieza, y sobre todo elogios. El señor Fisher decía: «Ganaría más vendiendo sus tartas de arándano que vendiendo fincas». Ella reinaba sobre alacenas repletas de alimentos que no se comerían en semanas, o ni siquiera en meses; era la reina de conservas vegetales compradas por cajas, de bases de pastelería especiales escrupulosamente distribuidas en bandejitas de plata. Los proveedores y el personal de servicio que la humillaban cuando acudía a ellos por cuenta propia, la respetaban e incluso se intimidaban ante ella cuando actuaba por cuenta de los Fisher. Rechazaba la carne de buey ligeramente oscura o cuyos bordes no hubieran sido cortados a la perfección. El pescado no del todo fresco que aceptaba para su propia familia, no habría dudado en arrojárselo a la cara al pescadero si éste lo hubiera enviado a casa de los Fisher. Poder, alabanzas y lujo eran suyos en esta mansión. Allí recibió hasta una cosa que

no había tenido nunca: un sobrenombre cariñoso, el de Polly. Su mayor placer era pararse en la cocina al final del día y supervisar los resultados de su propia labor. Comprobar que había pastillas de jabón por docenas, lonjas de tocino en abundancia, y recrearse en el brillo de sus pucheros y cacerolas y en el fulgurante pulido de los suelos. Escuchar: «Nunca dejaremos que se vaya. Nunca volveríamos a encontrar a nadie como Polly. No sale de la cocina hasta que *todo* está en orden. Es realmente la sirvienta ideal».

Pauline se reservaba este orden, esta belleza, para sí misma, eran su mundo particular, y jamás los introducía en el apartamento del almacén ni los acercaba a sus hijos. A éstos los encauzaba hacia la respetabilidad, y haciéndolo les inculcaba el temor: temor a ser torpes, temor a ser como su padre, temor a perder el amor de Dios, temor a caer en la locura como la madre de Cholly. Así infundió a su hijo el irrefrenable deseo de escapar, y a su hija el miedo a crecer, el miedo a las demás personas, el miedo a la vida.

El único sentido que tenía su existencia era el trabajo. Porque sus virtudes seguían intactas. Era una mujer religiosamente activa, no bebía, no fumaba, no andaba de juerga, se defendía enérgicamente contra Cholly, se elevaba por encima de él en todos los aspectos, y creía que desempeñaba plena y concienzudamente el papel de madre cuando señalaba a sus hijos los defectos del padre para impedir que cayeran en ellos, o cuando les castigaba por su dejadez, por su pereza, aunque el motivo fuera nimio, puesto que ella trabajaba de doce a dieciséis horas dianas para mantenerlos. Y el mundo le daba la razón.

Sólo de vez en cuando, muy de vez en cuando, y raramente después, pensaba en los viejos tiempos, o en lo que se había convertido su vida. Eran abstracciones, pensamientos erráticos, tocados en ocasiones por los ensueños del ayer, pero no el género de reflexiones en que le agradara demorarse.

«Un día estuve a punto de abandonarle, pero algo ocurrió. Un día, después de que él intentara prender fuego a la casa, me decidí muy en serio a marcharme. Hoy ya ni recuerdo lo que me retuvo. Por descontado que la vida que él me había dado no valía mucho. Pero no todo era malo. A veces las cosas no eran feas del todo. Él solía venir tranquilamente a la cama, no demasiado borracho. Yo hacía como que dormía, porque era tarde, porque aquella mañana me había quitado tres dólares del bolso, o por lo que fuera. Le oía respirar, pero no me volvía a mirarle. Mentalmente le veía con los brazos cruzados detrás de la cabeza, los músculos como grandes cuescos de melocotón esmerilados, las venas corriendo como riachuelos hinchados por sus antebrazos. Sin necesidad de tocarlos notaba aquellos salientes en las puntas de mis dedos. Veía las palmas de sus manos, callosas, como granito, y los largos dedos doblados y quietos. Pensaba en el vello espeso e intrincado de su pecho, en los

músculos de aquel pecho y la forma en que abultaban. Quería restregar con fuerza mi cara contra su pecho y sentir que el vello me cortaba la piel. Sabía exactamente dónde el espesor del vello disminuía, antes del ombligo, y cómo volvía a aumentar después y se extendía. Puede que nos moviéramos un poco y su pierna tocase la mía, o que su flanco raspase mi trasero. Pero no era yo quien se movía. Todavía no. Entonces él levantaba la cabeza, se giraba y me ponía una mano en la cintura. Si yo tampoco me movía, él adelantaría la mano para apretarme y sobarme el vientre. Suavemente, como despacio. Yo continuaría sin moverme porque no querría que parase. Me gustaba fingir que dormía, y que él insistiera en acariciarme el vientre. Entonces él inclinaba la cabeza y me mordisqueaba un pezón. Y yo ya no quería que me sobase más el vientre, quería que pusiera la mano entre mis piernas. Simulaba despertar y me volvía de cara a él, pero sin abrir las piernas. Esperaba que me las separase él. Lo hacía, y sus dedos descubrían mi suavidad y mi humedad. Más suave que nunca. Todo mi vigor en su mano. Mi mente se arrugaba como una hoja marchita. En mis manos noté entonces una extraña sensación de vacío. Necesitaba coger algo, así que me aferré a su cabeza. Su boca estaba debajo de mi barbilla. Ahora ya no quería que su mano siguiera entre mis piernas, porque pensaba que iba a derretirme. Extendí y separé las piernas, y él se colocó encima de mí. Demasiado pesado para retenerle y demasiado ligero para no hacerlo. Me puso su cosa dentro. Dentro de mí. Dentro. Le apresé con los pies para que no pudiera escapar. Su cara junto a la mía. Los muelles de la cama sonaban como solían hacerlo los grillos allá en mi tierra. Él entrelazó sus dedos con los míos y los dos extendimos los brazos como Jesús en la cruz. Aguanté con todas mis fuerzas. Mis dedos y mis pies resistieron, porque todo lo demás se iba, se iba. Sabía que él quería que yo me corriese primero. Pero no podía. No hasta que se corriese él. No hasta que yo notase que me amaba. Solamente a mí. Hundiéndose en mí. No hasta que yo supiera que mi carne era lo único que había en su mente. Que ya no podía parar aunque se lo propusiera. Que moriría antes que sacar su cosa de mí. De mí. Antes de haber soltado todo lo que tenía y habérmelo dado a mí. A mí. A mí. Cuando lo hiciese yo me sentiría poderosa. Sería fuerte, sería bonita, sería joven. Esperé. Él se estremeció y sacudió la cabeza. Ahora yo era lo bastante fuerte, lo bastante bonita y lo bastante joven como para dejarle que me hiciese llegar al final. Separé mis dedos de los suyos y apoyé las dos manos en su trasero. Mis piernas volvieron a caer sobre la cama. Callé, ni el menor sonido, porque los niños podían oírlo. Comencé a entrever aquellos pedacitos de color que flotaban en mí, muy dentro de mí. Aquella traza verde de la luz de las luciérnagas, el púrpura de las bayas que se escurría por mis muslos, el amarillo de la limonada de mamá extendiéndose dulcemente por mi interior. Después sentí como si estuviera riéndome entre las piernas, y la risa se mezcló completamente con los colores, y yo temí que me correría y temí que no

podría correrme. Pero sabía que sería que sí. Y fue que sí. Y dentro de mí fue todo un arco iris. Y duró y duró y duró. Quise darle las gracias a él, pero no sabía cómo, de modo que le acaricié con unas palmaditas, igual que una hace a los bebés. Me preguntó si estaba bien. Le dije que sí. Se separó de mí y se tumbó, dispuesto a dormirse. Yo quería decir algo más, pero no lo hice. Preferí no alejar de mi mente el arco iris. Debí haberme levantado e ido al lavabo, pero tampoco. Además, Cholly se había dormido con una pierna cruzada sobre mi cuerpo. No podía moverme, ni lo deseaba.

»Pero hoy ya no es como entonces. La mayoría de las veces, ahora, se agita dentro de mí antes de que yo despierte, y cuando despierto termina. Aunque la verdad es que casi nunca puedo ni acercarme a él, porque está borracho y apesta. Pero no me importa. Mi Hacedor cuidará de mí. Sé que lo hará. Sé bien que lo hará. Por otra parte, no cambiaría en nada este sucio mundo. Es seguro que habrá una gloria. La única cosa que alguna vez echo de menos es aquel arco iris. Aunque, como digo, ya raramente me acuerdo de él».

VEAMOSALPADREESALTOYFUERTEPADREQUIERESJUGARCONJANEELPADRESONRIESONRIEPADRESONRIESONRIE

Cuando Cholly tenía cuatro días, su madre le envolvió en dos mantas y un papel de periódico y le dejó sobre un montón de chatarra junto a la vía del tren. Su tía abuela Jimmy, que había visto a su sobrina salir cargada con un bulto por la puerta trasera, le rescató. Dio una paliza a la madre con una correa de afilar navajas y después de aquello no permitió que volviera a acercarse al bebé. La tía Jimmy crió a Cholly por su cuenta, y de vez en cuando se deleitaba explicándole cómo le había salvado. Él coligió de aquel relato que su madre no estaba bien de la cabeza, pero no tuvo ocasión de comprobarlo porque ella se fugó poco después de su experiencia con la correa de afilar y nadie supo nunca su paradero.

Cholly agradecía mucho el haber sido salvado. Excepto en algunas ocasiones. Por ejemplo, cuando veía a la tía Jimmy comer coles con los dedos, o cuando ella llevaba prendida del cuello su bolsa de asafétida, o cuando le hacía dormir con ella para darse calor en invierno y él podía ver sus pechos arrugados y vetustos colgando a la deriva dentro del camisón, entonces dudaba sobre si no habría sido mejor morir entre la chatarra, sobre un neumático viejo y bajo el negro y lustroso cielo de Georgia.

Llevaba ya cuatro años en la escuela cuando tuvo suficiente coraje para preguntar a su tía quién era su padre y dónde estaba.

—El chico Fuller creo yo que era —dijo su tía—. Entonces rondaba por aquí, pero se largó a toda prisa antes de que tú nacieras. Me parece que se marchó a Macón. Él o su hermano, no estoy segura. O quizá los dos. Oí un día que el viejo Fuller decía algo sobre esto.

—¿Cómo le llamaban? —preguntó Cholly.

—Fuller, ya te lo he dicho.

—No el apellido, el nombre.

—Oh. —La mujer cerró los ojos para pensar, y suspiró—. No recuerdo nada más. ¿Sam, acaso? Sí, Samuel. No. No, no era Samuel. Era Samson. Samson Fuller.

—¿Y cómo fue que a mí no me pusisteis Samson? —inquirió Cholly en voz baja.

—¿Para qué? Él ya no estaba aquí cuando naciste. Tu mamá no te puso ningún nombre antes de tirarte al depósito de chatarra. Te lo puse yo cuando te recogí, y fue en memoria de mi difunto hermano, Charles Breedlove. Un buen hombre. Ningún Samson ha tenido buen fin.

Cholly no preguntó nada más.

Dos años después dejó la escuela para emplearse en la tienda de comestibles de

Tyson. Allí se ocupaba de la limpieza del local, hacía recados, pesaba bolsas y las cargaba en los carretones de reparto. A veces le dejaban acompañar al repartidor, un amable viejo llamado Blue Jack. Blue solía contarle historias de tiempos pretéritos, especialmente sobre lo ocurrido cuando se concedió la emancipación, cómo los negros gritaban vítores, lloraban y cantaban. También relatos de fantasmas, como el del hombre blanco que le cortó la cabeza a su mujer, arrojó el cuerpo de ésta a un pantano, y el cuerpo decapitado salía del pantano por las noches y andaba tambaleándose por la vecindad, tropezando con todo porque no podía ver y suplicando constantemente que le dieran un peine. Cholly y Blue hablaban asimismo de las mujeres que el segundo había conocido, de las peleas en que había participado cuando era joven, de cómo en cierta ocasión, gracias a sus dotes de charlatán persuasivo, se había librado de un linchamiento del que otros no pudieron escapar.

Cholly apreciaba a Blue. Ya adulto, durante largo tiempo recordó lo bien que lo habían pasado juntos. En particular un Cuatro de Julio, en un picnic organizado por la iglesia y con motivo de que una familia se disponía a abrir una sandía. Varios niños, en el entorno, presenciaban la escena, y en la periferia del círculo estaba plantado Blue, a quien una leve sonrisa de expectación animaba el rostro. El padre de la familia alzó la sandía por encima de su cabeza; sus largos brazos le parecieron a Cholly más altos que los árboles, y la sandía eclipsaba el sol. Alto, con la cabeza hacia delante, los ojos clavados en una roca, los brazos más arriba que los pinos, en las manos una sandía más grande que el sol, el hombre se detuvo un instante para orientarse y asegurar la puntería. Al observar la figura recortada contra el brillante cielo azul, Cholly notó que se le ponía carne de gallina. Se preguntó si Dios tendría una apariencia así. No. Dios era un agradable anciano blanco, de largo cabello cano y barba ondulante, con unos ojitos azules que se entristecían cuando morían las personas y se enojaban cuando éstas se portaban mal. Aquella apariencia debía corresponder al diablo: sosteniendo el mundo en sus manos, a punto de estrellarlo contra el suelo y desparramar sus rojas entrañas para que los negros pudieran saborear su cálida dulzura. Si el demonio tenía aquel aspecto, Cholly le prefería. Nunca había sentido nada pensando en Dios, pero la simple idea del diablo le excitaba. Y ahora el vigoroso diablo negro estaba eclipsando el sol y se disponía a despanzurrar el mundo.

En la distancia, alguien tocaba una armónica: la música se deslizaba por encima de los campos de caña y se colaba en el bosque de pinos, trepaba en espiral por los troncos de los árboles y se confundía con el aroma de la resina, hasta el extremo de que Cholly no alcanzaba a discernir la diferencia entre el sonido y el olor que flotaban entre las cabezas de las personas presentes.

El hombre balanceó la sandía sobre el borde de una piedra y la dejó caer. Un sordo grito de decepción acompañó el chasquido de la corteza al partirse. La ruptura

había sido pésima. La sandía se había reventado y los pedazos de corteza y pulpa roja habían quedado esparcidos irregularmente por el suelo.

Blue dio un salto.

—¡Ayayay! —gimió—. ¡Allá va el corazón!

Su voz expresaba a la vez contento y pena. Todos miraron hacia el gran fragmento rojo que correspondía al centro mismo de la sandía, libre de corteza y sin apenas pepitas, que había rodado casi hasta los pies de Blue. Éste se agachó a recogerlo: rojo sangre, la roma superficie una promesa de dulzura, los bordes rezumantes. Demasiado obvio, casi obsceno en el goce que prometía.

—Adelante, Blue —dijo el padre, riendo—. Puedes quedártelo.

Blue sonrió y se alejó con el pedazo de sandía. Los niños se precipitaban atropelladamente a recoger el resto de los trozos que sembraban el suelo. Las mujeres desprendían las semillas de las porciones de los críos de menor edad y partían pedacitos de pulpa para comérselos ellas. La mirada de Blue se posó en Cholly. Le hizo una seña.

—Vamos, chico. Vamos tú y yo a comernos el corazón.

Juntos, el viejo y el muchacho se sentaron en la hierba y compartieron el corazón de la sandía. La dulce y maligna entraña de la tierra.

Fue en primavera, una primavera muy fría, cuando la tía Jimmy murió por culpa de una tarta de melocotón. Asistió a una reunión campestre que tuvo lugar después de una fuerte lluvia, y la humedad de la madera de los bancos le sentó mal. Durante los cuatro o cinco días que siguieron se sintió indispuesta. Las amigas acudieron a interesarse por ella. Unas le prepararon infusiones de camomila, otras le dieron fricciones de linimento. Miss Alice, su mejor amiga, le leía la Biblia. Pero la pobre mujer iba decayendo. Abundaron los consejos, aunque fueran contradictorios.

—No comas claras de huevo.

—Bebe leche fresca.

—Mastica esta raíz.

La tía Jimmy prescindía de todo, excepto de las lecturas de la Biblia por parte de Miss Alice. Movía la cabeza en soñoliento reconocimiento cuando las palabras de la Primera Epístola a los Corintios zumbaban monótonamente alrededor de ella. Sus labios musitaban dulces amenes cuando se le recriminaban sus pecados. Pero su cuerpo no respondía.

Finalmente se decidió recurrir a M’Dear. M’Dear era una mujer sencilla y callada que vivía en una cabaña cerca del bosque. Era una comadrona competente y una experta en hacer diagnósticos. Pocas personas recordaban alguna época en que M’Dear no estuviera allí. Ante cualquier enfermedad que no respondiera a los tratamientos corrientes (curas conocidas, intuición o paciencia), el recurso era: «Traed a M’Dear».

Cuando la mujer llegó a casa de la tía Jimmy, Cholly la miró con asombro. Hasta entonces la había imaginado consumida y gibosa, porque sabía que era muy, muy vieja. Pero M'Dear, erguida, superaba en estatura al reverendo que la acompañaba. Debía medir más de seis pies. Cuatro grandes mechones de cabello blanco daban poderío y autoridad a su apacible cara negra. Tiesa como un palo, parecía necesitar su bastón de nogal no como soporte sino como instrumento de comunicación. Con él golpeaba ligeramente el suelo mientras bajaba la vista hasta el rostro arrugado de la tía Jimmy. Acariciaba la empuñadura con el pulgar de la mano derecha mientras con la izquierda palpaba el cuerpo de la enferma. Apoyó en la mejilla de ésta el dorso de los dedos, y luego la palma de la mano en su frente. Deslizó los dedos entre sus cabellos, rascó suavemente el cuero cabelludo y a continuación examinó lo que le revelaban las uñas. Levantó la mano de la tía Jimmy y la miró de muy cerca: las uñas, la piel del dorso; la carne de la palma la oprimió con las puntas de tres dedos. Después apoyó una oreja sobre el pecho y el vientre de su paciente para auscultarla. A petición de M'Dear, las mujeres sacaron de debajo de la cama el bacín para mostrarle las deposiciones. M'Dear tamborileaba con el bastón mientras las miraba.

—Enterrad el bacín y todo lo que hay dentro —dijo a las mujeres. Y añadió para la tía Jimmy—: Se te ha metido frío en las entrañas. Bebe caldo y nada más.

—¿Pasará? —preguntó la tía Jimmy—. ¿Me pondré bien?

—Eso espero.

M'Dear dio media vuelta y salió del cuarto. El reverendo la subió a su carricoche para acompañarla a casa.

Aquella noche las mujeres llevaron escudillas de caldo hecho con judías, con hojas de mostaza, con repollo, con berzas, con col rizada, con nabos, con remolacha, con alubias verdes. Incluso el caldo de hervir una careta de cerdo.

Dos noches después la tía Jimmy había recuperado muchas fuerzas. Cuando Miss Alice y la señora Gaines se pararon para interesarse por su estado, fueron testigos de su mejoría. Las tres mujeres conversaron a propósito de diversos padecimientos que habían soportado, de cómo los curaron o mitigaron, de qué las había ayudado y qué no. Una y otra vez volvían al estado en que la tía Jimmy se encontraba. Repetían cuál había sido la causa, que podría haberse hecho para prevenir la enfermedad, e insistían en la infalibilidad de M'Dear. Sus voces se confundían en un treno de nostalgia del dolor. Ascendente y descendente, complejo en cuanto a armonía, inseguro en el tono, pero constante en el recitativo del dolor. Las tres abrazaban contra sus pechos los recuerdos de sus dolencias. Se lamían los labios y chasqueaban la lengua al evocar con afecto las penalidades que habían soportado: partos, reumatismo, catarros, luxaciones, dolor de espalda, hemorroides. Todas las magulladuras que habían recolectado a su paso por la tierra (recogiendo, limpiando, cargando, plantando, encorvándose, arrodillándose, picando, mondando), siempre con críos pequeños

estorbando entre los pies.

Pero hubo un tiempo en que habían sido jóvenes. La fragancia de sus axilas y de sus grupas tenía un adorable trasfondo almizcleño; sus ojos habían sido furtivos, sus labios estuvieron relajados, y la delicada posición de sus cabezas sobre aquellos esbeltos cuellos negros no podía compararse a otra cosa que a la de una gacela. Sus risas fueron más una caricia que un sonido.

Después maduraron. Se introdujeron en la vida por la puerta trasera. Adquirieron identidad. Todas las personas de su mundo parecían estar en posición de darles órdenes. Las mujeres blancas decían: «Haz esto». Los niños blancos decían: «Dame eso». Los hombres blancos decían: «Ven acá». Los negros decían: «Acuéstate aquí». Los únicos seres de quienes no necesitaban recibir órdenes eran los niños negros y sus propias congéneres. Pero todo aquello lo asimilaban y lo recreaban en concordancia con su misma imagen. Gobernaban las casas de los blancos, y lo sabían. Cuando los hombres blancos apatizaban a sus hombres, ellas restañaban la sangre y se iban a casa a que las maltratase la víctima. Zurraban a sus hijos con una mano y con la otra robaban para ellos. Aquellas manos que talaban árboles también cortaban cordones umbilicales; las manos que retorcían el cuello de los pollos y degollaban cerdos también hacían florecer las violetas africanas; los brazos que cargaban gavillas, balas y sacos acunaban a los bebés hasta que se dormían. Amasaban inocentes pasteles hojaldrados y amortajaban a los difuntos. Araban los campos todo el día y regresaban a casa para acurrucarse dulcemente bajo los miembros de sus hombres. Las piernas que montaban a horcajadas los lomos de una mula eran las mismas que apresaban las caderas del hombre. Y aquélla era la única diferencia que había.

Después envejecieron. Sus cuerpos gruñían, su fragancia se agrió. En cuclillas en un campo de caña, encorvadas en un campo de algodón, arrodilladas a la orilla del río, habían llevado en sus cabezas un mundo. Habían dejado a un lado las vidas de sus hijos para atender a sus nietos. Con alivio, se habían envuelto la cabeza en cuatro trapos, el pecho en franela, y calzado sus pies con fieltro. Se habían acabado para ellas lo mismo la lascivia que la lactancia, estaban más allá de las lágrimas, más allá del terror. Ahora podían recorrer los caminos de Mississippi, las sendas de Georgia, los campos de Alabama, sin que las molestara nadie. Eran lo bastante viejas para encolerizarse donde y cuando quisieran, estaban lo bastante fatigadas para esperar sin angustia la muerte, lo bastante desvinculadas de la carne para aceptar la noción de dolor a la vez que ignoraban su presencia. Eran, de hecho y al fin, libres. Y en sus ojos, en los ojos de aquellas negras viejas, se sintetizaba su propia vida: un puré de tragedia y humor, de perversidad y serenidad, de realidad y fantasía.

Charlaron hasta muy entrada la noche. A Cholly, escuchándolas, le vencía el sueño. El arrullo de aquella retahíla de aflicciones le envolvió, le meció, y finalmente

le aturdió. En su sueño, el fétido olor de las deposiciones de una vieja se transformaron en el aroma vivificador del estiércol de caballo, y las voces de las tres mujeres se diluyeron en las agradables notas de una armónica. Era consciente, en su sueño, de estar arrellanado en una silla, con las manos encajadas debajo de los muslos. Pero soñaba que su pene se convertía en un largo bastón de nogal y que las manos que lo acariciaban eran las manos de M'Dear.

Una húmeda noche de sábado, antes de que la tía Jimmy se sintiera lo bastante fuerte como para levantarse de la cama, Essie Foster le llevó una tarta de melocotón. La anciana señora se comió un pedazo, y a la mañana siguiente, cuando Cholly fue a vaciar el bacín, estaba muerta. Su boca dibujaba una pequeña O, y sus manos, aquellos dedos largos de uñas duras como las de un hombre, cumplida su función de toda una vida, reposaban delicadamente sobre la sábana. Uno de sus ojos, abierto, parecía mirar a Cholly como advirtiéndole: «Atento a lo que haces con ese bacín, chico». Cholly sostuvo su mirada, incapaz de moverse, hasta que una mosca se posó en la comisura de la boca de su tía. Entonces la ahuyentó, furioso, captó de nuevo la imperativa mirada del ojo y ejecutó el mandato recibido.

El entierro de la tía Jimmy fue el primero al que Cholly asistía. Como miembro de la familia, uno de los deudos, era objeto de constantes atenciones. Las señoras habían limpiado la casa, la habían ventilado concienzudamente, habían comunicado la noticia a todo el mundo y cosido lo que parecía ser un vestido de boda blanco para que tía Jimmy, que era soltera, lo luciera cuando fuese al encuentro de Jesús. Incluso aportaron un traje negro, una camisa blanca y una corbata para Cholly. El marido de una de ellas le cortó el cabello. Estaba circundado de fastidioso afecto. Nadie le hablaba; es decir, le trataban como el niño que era, sin implicarle nunca en verdaderas conversaciones; pero anticipaban deseos que no había tenido nunca: agua caliente para la tina de madera donde podía bañarse, comidas que aparecían en el momento oportuno, ropas extendidas a punto para vestirlas. Durante el velatorio permitieron que se durmiera, y unos brazos desconocidos le llevaron a la cama. Sólo el tercer día después de la defunción, que era el día del entierro, tuvo que compartir la notoriedad. Los familiares de la tía Jimmy acudieron de los pueblos y granjas de las cercanías. Su hermano O. V., la esposa y los hijos de éste, y un gran número de primos. Pero Cholly continuaba siendo la figura principal, porque él era «el chico de Jimmy, la última persona a quien ella quiso», y también «quien la encontró muerta». La solicitud de las mujeres, las palmaditas en la cabeza de los hombres, terminaron por complacer a Cholly, y los acaramelados diálogos le fascinaron.

—¿De qué ha muerto?

—De la tarta de Essie.

—¡Qué me dices!

—Ujú. Tenía buen aspecto, yo la vi justamente el día anterior. Dijo que quería que

le llevase un carrete de hilo negro para remendarle al chico unas cosas. Debí de haber comprendido, por lo del hilo negro, que era como una señal.

—Seguro que lo era.

—Igual que con Emma, ¿te acuerdas? Insistía en que quería hilo. Murió aquella misma noche.

—Sí. Bueno, ella estaba empeñada en lo del hilo. Me lo recordaba a cada momento. Le dije que tenía un poco en casa, pero no, lo quería nuevo. Así que envié a Li'l June a comprarlo, precisamente aquella misma mañana, cuando ya estaba muerta, la pobre. Yo iba a llevárselo junto con unas mollejas. Ya sabes cuánto le gustaba mi manera de guisarlas.

—Por supuesto. Las elogiaba siempre. Para ti era una buena amiga.

—Eso creo. Bien, apenas me había vestido para salir cuando Sally llamó a la puerta gritando que Cholly acababa de ir a casa de Miss Alice y le había dicho que Jimmy había muerto. Me quedé de piedra, te lo aseguro.

—Imagino que Essie debe de sentirse muy mal.

—Oh, Señor, claro. Pero le dije que el Señor nos da y el Señor nos quita. No era culpa suya, ni mucho menos. Las tartas de melocotón que hace son muy buenas. Pero se ha empeñado en creer que la culpa fue de la tarta, y quién sabe.

—Pues no tendría que tomárselo así. Hacía lo mismo que habría hecho cualquiera de nosotras.

—Sí. Mira, yo había preparado mis mollejas; si se las hubiese llevado, ahora lo mismo podría ser una cosa que otra.

—Lo dudo. Las mollejas son puras. En cambio, dicen que una tarta es lo peor que puede comer una persona enferma. Me sorprende que Jimmy no lo pensara.

—Si lo pensó no hizo caso. Prefirió complacer a Essie. Ya sabes cómo era. Tan, tan buena.

—Y que lo digas. Oye, ¿ha dejado algo?

—Ni un pañuelo. Los dueños de la casa son unos blancos de Clarksville.

—¿Ah, sí? Creí que era suya.

—Quizá lo fue en otra época. Pero ya no. He oído que los de la compañía de seguros han venido a hablar con su hermano.

—¿Cuánto dinero será?

—Ochenta y cinco dólares, según he oído.

—¿Nada más?

—¿La podrán enterrar con eso?

—No sé cómo. Cuando mi papá murió en abril del año pasado, costó ciento cincuenta dólares. Por supuesto, quisimos hacer las cosas bien. Ahora los parientes de Jimmy tendrán que contribuir. Esa funeraria que entierra a los negros no es precisamente barata.

—Una vergüenza. Ella estuvo pagando el seguro toda su vida.

—Si lo sabré yo.

—Bueno, ¿y el chico qué? ¿Qué hará él?

—Pues, como no ha habido manera de encontrar a su madre, parece que se lo llevará el hermano de Jimmy. Dicen que tiene una casa muy bonita, con retrete interior y todo eso.

—Ah, muy bien. A mí me parece un buen cristiano. Y el chico necesita la mano de un hombre.

—¿A qué hora es el entierro?

—A las dos. Hacia las cuatro ya estará bajo tierra.

—¿Y el banquete? He oído que Essie quería que fuera en su casa.

—No, será en la de Jimmy. Lo ha decidido su hermano.

—Bueno, será importante de todos modos. Todos apreciaban a la pobre Jimmy. Seguro que se la echará de menos en la iglesia.

El banquete funerario fue un repiqueteo de alegría después de la atronadora belleza del entierro; éste había sido como una tragedia callejera con la espontaneidad suavemente guardada en los pliegues de una estructura muy formal. La difunta era la heroína trágica, los supervivientes las inocentes víctimas; la naturaleza divina era omnipresente en la estrofa y antistrofa del coro de fieles apesadumbrados guiados por el pastor. Había aflicción por la pérdida de una vida, aturdida extrañeza ante los designios de Dios, y la restauración del orden en la naturaleza que simbolizaba el cementerio.

De esta manera el banquete era el alborozo, la armonía, la aceptación de la flaqueza física, el gozo por el final del sufrimiento. Risas, solaz, una desaforada avidez de comer.

Cholly no tenía aún plena conciencia de que su tía había muerto. Todo era interesante. Incluso en el cementerio no sintió más que curiosidad, y cuando le llegó el turno de acercarse a ver el cuerpo, en la iglesia, tendió la mano para tocarlo y comprobar que realmente estaba frío como el hielo, según todo el mundo decía. Pero retiró la mano rápidamente. La tía Jimmy parecía querer defender su intimidad, y en cierto modo habría sido incorrecto perturbarla. Cholly había retrocedido hacia su asiento, secos los ojos, entre lacrimosos chillidos y gritos de los demás, preguntándose si debía intentar llorar él también.

De regreso a casa, quedó libre para unirse a la diversión y disfrutar de lo que realmente sentía: una especie de espíritu carnavalesco. Comió vorazmente y se confortó lo suficiente para tratar de conocer a sus primos. Existía la duda, según los adultos, de si eran o no sus auténticos primos, puesto que el hermano de Jimmy, O. V., sólo era hermanastro de ésta, y la madre de Cholly había sido hija de la hermana de Jimmy, pero aquella hermana fue fruto del segundo matrimonio del padre de

Jimmy, mientras que O. V. lo era del primer matrimonio.

Uno de aquellos primos interesó particularmente a Cholly. Tendría quince o dieciséis años. Cholly salió de casa y encontró al chico parado con otros varios cerca de la tina donde la tía Jimmy solía hervir sus ropas.

Aventuró un incierto «Jey». Ellos le respondieron con otro. El chico de quince años, que se llamaba Jake, ofreció un cigarrillo. Cholly lo aceptó, pero cuando sostuvo el cigarrillo con el brazo extendido y aplicó su extremo a la llama del fósforo, en lugar de ponérselo en la boca y aspirar, todos se rieron de él. Avergonzado, tiró el cigarrillo. Consideró importante hacer algo para rehabilitarse ante Jake. Así, cuando éste le preguntó si conocía algunas chicas, Cholly dijo:

—Claro que sí.

Todas las chicas que Cholly conocía estaban en el banquete, y señaló un puñado de ellas que se habían reunido en el porche trasero. Incluida Darlene. Cholly confió en que su primo no se fijaría en ella.

—Vamos a dar un paseo con alguna —dijo Jake.

Los dos chicos deambularon acercándose al porche. Cholly no sabía cómo empezar. Jake se sentó en la desvencijada baranda y se limitó a quedarse allí con la mirada perdida en el vacío, como si las chicas no le despertaran el menor interés. Dejaba que ellas le examinaran detenidamente mientras él, a su vez, las evaluaba con disimulo.

Las chicas fingían no ver a los chicos y continuaban charlando. Su hablar no tardó en tornarse áspero; las bromas amables que se habían gastado unas a otras se deterioraron, derivaron hacia la mordacidad, perdieron alegría. Era el inicio que Jake esperaba: las chicas reaccionaban ante su presencia; les había llegado un soplo de su virilidad y temblaban por llamar de alguna forma la atención.

Jake abandonó la baranda del porche y fue directamente al encuentro de una muchacha llamada Suky, que era la que más agria se había mostrado en sus bromas.

—¿Querrías acompañarme a ver lo que hay por aquí?

Ni siquiera sonreía.

Cholly contuvo el aliento, esperando que Suky despachase a Jake a gritos. Era especialista en ello, bien conocida por su mala lengua. Con enorme sorpresa, sin embargo, vio cómo la chica accedía inmediatamente y, encima, bajaba modestamente las pestañas. Armándose de valor, Cholly se volvió entonces a Darlene y le dijo:

—Ven con nosotros. Iremos sólo hasta el barranco.

Se disponía a ver cómo la chica hacía una mueca y se negaba, o preguntaba para qué, o alguna cosa parecida. Lo que más le inspiraba ella era miedo; miedo a no gustarle y miedo a que sí.

El segundo de sus miedos se materializó. La chica sonrió y bajó saltando los tres peldaños que les separaban para reunirse con él. Sus ojos estaban llenos de

compasión, y Cholly recordó su propio papel de protagonista de las ceremonias funerarias.

—Vamos, si quieres —dijo ella—. Pero no demasiado lejos. Mamá ha hablado de marcharnos temprano, y pronto oscurecerá.

Los cuatro se alejaron. Otros chicos habían acudido al porche y se disponían a iniciar la en parte hostil, en parte indiferente y en parte desesperada danza de apareamiento. Suky, Jake, Darlene y Cholly atravesaron los patios traseros de varias casas hasta llegar a campo abierto; luego, más deprisa, siguieron hasta el lecho de un arroyo seco cubierto de vegetación. La meta de su paseo era un viñedo silvestre donde podían encontrarse uvas; todavía demasiado verdes, demasiado duras para tener suficiente azúcar, pero ya comestibles. Ninguno de ellos buscaba en aquel momento la fácil renuncia de los granos a su zumo. La restricción, la contención, aquella promesa de una dulzura aún no desvelada los provocaba más de lo que habría hecho la plena madurez. Por lo menos les afilaba los dientes, y los chicos se divirtieron disparándoles uvas a las muchachas. Sus esbeltas muñecas de adolescentes negros dibujaban claves de sol en el aire cuando ejecutaban los lanzamientos. La persecución apartó a Cholly y Darlene del borde del barranco, y cuando se pararon a tomar aliento Jake y Suky habían desaparecido de su vista. El blanco vestido de algodón de Darlene mostraba manchas de zumo. El gran lazo azul que recogía su cabello se había deshecho y revoloteaba en torno a su cabeza agitado por la brisa del ocaso. Jadeantes, ambos se tumbaron sobre la hierba púrpura y verde de la linde del bosque de pinos.

Cholly, tendido boca arriba, recuperaba la respiración y escuchaba el sonoro roce de las agujas de pino, que parecía anticipar lluvia. Tenía la boca llena de sabor a uva, le aturdía aquella mezcla de aromas: a lluvia cercana, a pino, a uvas verdes. El sol se había puesto y arrastrado consigo sus jirones de luz. Al volver la cabeza para ver dónde estaba la luna, Cholly avistó a Darlene detrás de él, iluminada por su luz. Estaba acurrucada en forma de D: abrazándose las rodillas, sobre las cuales apoyaba la cabeza. Cholly distinguió claramente sus bragas y una porción de sus jóvenes muslos.

—Será mejor que volvamos —dijo él.

—Sí. —Ella extendió las piernas y las apoyó planas sobre el suelo. Comenzó a rehacer su lazo—. Mamá me zurrará.

—Qué va a zurrarte.

—Ujú. Me ha avisado de que me zurraría si me ensuciaba.

—No estás sucia.

—Claro que lo estoy. Mira.

Soltó el lazo y con las manos alisó una zona del vestido donde las manchas de zumo de uva eran mayores y más abundantes.

Cholly lo lamentó por ella; a fin de cuentas, él tenía la culpa. De súbito se dio cuenta de que la tía Jimmy estaba muerta, porque echó de menos el temor a ser castigado. No había nadie con posibilidad de hacerlo, excepto quizá su tío O. V., y éste era también protagonista del luto.

—Déjame a mí —dijo.

Se puso de rodillas frente a Darlene e intentó anudarle la cinta. Ella introdujo las manos por debajo de su camisa abierta y le frotó la húmeda y tersa piel. Cuando él la miró, sobresaltado por la sorpresa, la chica se detuvo y rió. Él sonrió y continuó rehaciendo el lazo. Ella adelantó las manos por debajo de la camisa hasta tocarle la espalda.

—Estate quieta —dijo Cholly—. ¿Cómo quieres que termine esto, si no?

Ella le cosquilleaba ahora las costillas con las yemas de los dedos. Él soltó una risita entrecortada y se llevó nerviosamente las manos a los costados. En un instante estuvieron uno encima del otro. Las manos de Darlene serpenteaban en el interior de las ropas de Cholly. Éste correspondió a su juego investigando el escote de su vestido, y después por debajo de la falda. Cuando su mano alcanzó las bragas, Darlene cesó repentinamente de reír y se puso seria. Cholly, asustado, estuvo a punto de retirar la mano, pero ella le cogió la muñeca para impedírselo. Él la examinó entonces con los dedos y Darlene le besó la cara y la boca, con labios que sabían a uvas y que a Cholly le parecieron turbadores. Ella le soltó la cabeza, desplazó el cuerpo y se bajó las bragas. Tras un pequeño problema con los botones, Cholly consiguió bajarse los pantalones hasta las rodillas. Sus cuerpos comenzaban a tener sentido para él, y al final las cosas no fueron tan complicadas como había pensado que serían. Darlene gimió un poco, pero la excitación que se acumulaba dentro de Cholly indujo a éste a cerrar los ojos y considerar los gemidos más o menos como los suspiros que las ramas de los pinos soltaban por encima de su cabeza. En el preciso momento en que sentía como la amenaza de una explosión, Darlene se inmovilizó y lanzó un grito. Él creyó que le había hecho daño, pero cuando le miró el rostro descubrió que la muchacha miraba alocadamente algo situado más allá de su hombro. Se volvió con una brusca sacudida.

Dos hombres blancos se encontraban de pie detrás de él. Uno sostenía un farol de petróleo, el otro una linterna eléctrica. No había error posible sobre su condición de blancos: Cholly podía olerlos. Se enderezó e intentó arrodillarse, levantarse y subirse los pantalones, todo a la vez. Los hombres llevaban armas largas.

—Ji ji ji jiii.

La risa era una larga tos asmática.

El otro hombre recorrió con el foco de la linterna las figuras de Cholly y Darlene. Dijo:

—Sigue con eso, negrito.

—¿Señor? —preguntó Cholly, pugnando por encontrar un ojal.

—He dicho que adelante. Continúa hasta el final. Y hazlo bien, negrito, hazlo bien.

No había lugar donde los ojos de Cholly pudieran refugiarse. Se escabulleron furtivamente de acá para allá en busca de cobijo, mientras su cuerpo permanecía paralizado. El hombre de la linterna bajó el arma que llevaba al hombro, y Cholly oyó el *clop* del metal. Se dejó caer nuevamente de rodillas. Darlene tenía la cabeza vuelta, sus ojos rehuían la linterna y se extraviaban en la oscuridad del entorno con una expresión casi de indiferencia, como si no participasen en el drama que se desarrollaba a su alrededor. Con una violencia nacida de la desvalidez total, él le subió la falda y se bajó pantalones y calzoncillos.

—Ji ji ji jiii.

Darlene se cubrió la cara con las manos cuando Cholly comenzó a simular lo que antes había ocurrido. No podía hacer otra cosa que fingir. La linterna dibujaba una luna en su trasero desnudo.

—Ji ji ji jiii.

—Vamos ya, negro. Más deprisa. No estás haciendo nada por ella.

—Ji ji ji ji jiii.

Cholly, al tiempo que aceleraba sus movimientos, miró a Darlene. La odiaba. Casi deseó poder hacerlo, y hacerlo dura, larga y dolorosamente, tanto la detestaba. El haz luminoso de la linterna se introdujo como un monstruoso gusano en sus entrañas y convirtió el fresco y dulce sabor a uva en putrefacta y fétida bilis. Fijó la vista en las manos con que Darlene se protegía la cara de la luz de la luna y de la linterna. Parecían dos pequeñas garras.

—Ji ji ji ji jiii.

A cierta distancia aullaron unos perros.

—Son ellos. Son ellos. Reconozco a la vieja Honey.

—Sí —dijo el hombre del farol.

—Vámonos.

El foco de la linterna se desvió, y uno de los hombres emitió un silbido de aviso.

—Espera —objetó el del farol—, el negro todavía no ha terminado.

—Bueno, ya terminará cuando llegue el momento. Buena suerte, negrito.

Los pies de ambos aplastaron las agujas de pino. Cholly continuó oyendo sus silbidos durante un buen rato, y después los perros respondieron, ya no con aullidos, sino con calurosos y excitados ladridos de salutación.

Cholly se levantó y en silencio se abrochó los pantalones. Darlene no se movía. Él habría querido estrangularla, pero en lugar de ello le tocó una pierna con el pie.

—Tenemos que marcharnos, chica. ¡Vamos!

Ella, con los ojos cerrados, tanteó en busca de sus bragas, pero no las encontró.

Los dos exploraron al tacto el terreno, apenas guiados por la luz de la luna. Cuando Darlene dio finalmente con ellas, se las puso moviéndose como una vieja. Ambos se apartaron del pinar en dirección al camino; él delante, ella trastabillando detrás. Comenzó a llover. «Tanto mejor», pensó Cholly. «Será una excusa para cómo traemos la ropa».

Al llegar a casa todavía quedaban diez o doce invitados. Jake no estaba, ni tampoco Suky. Algunas personas se habían demorado en torno a nuevas raciones de comida: pastel de patata, costillas. Todas estaban enfrascadas en reminiscencias nocturnas sobre sueños, figuraciones, premoniciones. Su ahíto bienestar actuaba como un narcótico y había provocado tanto los recuerdos como la invención de alucinaciones.

La entrada de Cholly y Darlene causó escasa impresión.

—Venís empapados, ¿no?

La madre de Darlene parecía sólo vagamente molesta. Había comido y bebido demasiado. Tenía los zapatos debajo de la silla y el vestido abierto por los costados.

—Ven aquí, niña. Creía haberte dicho…

Algunos de los presentes pensaban que esperarían a que amainase la lluvia. Otros, que habían venido en carros, opinaban que sería mejor marcharse ahora. Cholly se dirigió al pequeño cuarto trastero que había sido habilitado como dormitorio para él. Tres niños pequeños dormían en su catre. Se quitó las prendas húmedas y sembradas de agujas de pino y se puso un mono de trabajo. No sabía adonde ir. El cuarto de la tía Jimmy estaba excluido, y de todos modos el tío O. V. y su esposa lo utilizarían más tarde. De un baúl sacó una colcha, la extendió en el suelo y se acostó encima. Alguien estaba preparando café, y su aroma le provocó el deseo intenso de beber una taza, justo antes de que se durmiera.

El día siguiente fue jornada de limpieza, de revisar y saldar cuentas, de distribuir las pertenencias de la tía Jimmy. Bocas con las comisuras curvadas hacia abajo, ojos velados, pies inseguros.

Cholly flotaba a la deriva, ocupándose de una que otra tarea cuando se la encomendaban. Todo el encanto y la cordialidad que los adultos le habían demostrado el día anterior cedían ahora su lugar a una brusquedad que concordaba con su estado de ánimo. No podía pensar en otra cosa que no fueran el haz luminoso de la linterna, las uvas y las manos de Darlene. Y cuando no pensaba en ellos, la vacuidad de su *cabeza* era como el espacio que deja un diente recién caído, consciente todavía de la podredumbre que lo ha llenado. Temeroso de tropezarse con Darlene, no se alejaba de la casa, pero tampoco le era posible soportar la atmósfera del que había sido el hogar de su difunta tía. Las manos que revolvían sus cosas, los comentarios sobre la «condición» de sus pertenencias. Malhumorado, irritable, cultivaba su odio hacia Darlene. En ningún momento se le había ocurrido dirigir su odio contra los

cazadores. Semejante emoción le habría destruido. Ellos eran hombres blancos, hombres armados, hombres importantes. Él era negro, insignificante, desvalido. Su subconsciente sabía lo que su mente consciente no sospechaba: que odiarles le habría consumido, le habría quemado como un pedazo de carbón bituminoso, dejando sólo unos copos de ceniza y el signo de interrogación que trazaría el humo en el aire. Con el tiempo descubriría aquel odio hacia los hombres blancos, pero no entonces. No en su estado de impotencia, sino más adelante, cuando el odio encontrase generosa expresión. Por el momento sólo odiaba a quien había creado la situación, a quien había atraído a los testigos de su incapacidad y su fiasco. A quien él no había sido capaz de proteger, de salvar, de abrigar contra el crudo foco de la linterna, contra los ji-jijís. Recordó la cinta del cabello de Darlene, suelta, mojada, oscilando ante su cara mientras regresaban caminando en silencio bajo la lluvia. La aversión que galopaba por su interior le hizo temblar. No había nadie con quien pudiese hablar de aquello. El viejo Blue, por aquellas fechas, solía estar demasiado borracho para que tuviera sentido decirle algo. Por otra parte, Cholly dudaba de la conveniencia de revelarle su vergüenza a Blue. Tendría que mentir un poco para contárselo. Blue, el príncipe de los don Juanes. A su entender, solitario era mejor que solo.

El día en que el tío de Cholly se disponía a partir, cuando ya todo estaba embalado, cuando las disputas a propósito de quién se quedaba qué habían quedado reducidas a una suerte de salsa pringosa que rezumaba de la boca de todos, Cholly se sentó a esperar en el porche trasero. Se le había ocurrido que Darlene podía estar preñada. Era una idea confusa, loca, irracional, pero el miedo que le causó no tenía ni ápice de confuso.

Debía huir de allí. Poco importaba el hecho de que aquel mismo día se marchara. La población vecina o la siguiente no estaban a suficiente distancia, sobre todo teniendo en cuenta que no le gustaba su tío ni confiaba en él, que la madre de Darlene seguramente le encontraría y que a no dudarlo el tío O. V. le entregaría. Cholly sabía que era censurable abandonar a una chica preñada, y recordó con un sentimiento de afinidad que su padre había hecho exactamente lo mismo. Ahora lo comprendía. Supo enseguida cuál iba a ser su objetivo: encontrar a su padre. Su padre se haría cargo de lo que ocurría. La tía Jimmy decía que se había marchado a Macón.

Sin reflexionar más de lo que reflexionaría un pollito al salir del cascarón, bajó los peldaños del porche. Había recorrido un breve trecho cuando se acordó del tesoro: la tía Jimmy había dejado algo y él lo había olvidado por completo. En la chimenea de una estufa que hacía mucho tiempo no se usaba, su tía había escondido una bolsita que ella llamaba su tesoro. Cholly se coló en la casa sin encontrar a nadie, localizó la vieja estufa y hurgó en su chimenea; extrajo hollín y telarañas, y finalmente la bolsa. Ésta contenía catorce billetes de un dólar, dos de dos dólares y un puñado de monedas: veintitrés dólares en total, que contó cuidadosamente. Seguro que aquello

le bastaría para llegar hasta Macón. Qué bonita palabra, con qué fuerza sonaba: *Macón*.

Huir de casa no representaba un gran problema para un chico negro de Georgia. Uno se escabullía, simplemente, y empezaba a caminar. Al llegar la noche dormía en cualquier pajar, granero o establo, siempre que no hubiese perros, o en un campo de caña, o en un aserradero vacío. Comía lo que producía la tierra y compraba cerveza sin alcohol y regaliz en tiendecitas de pueblo. Siempre disponía de una historia de calamidades e infortunios que contar a los adultos inquisitivos; a los adultos negros, porque a los blancos no les interesaba, a no ser que quisieran burlarse.

Cuando llevaba ya varios días de camino, podía acercarse a la puerta trasera de las casas ricas y contar a la cocinera negra o a la señora blanca que necesitaba trabajo: desherbar el jardín, cavar, recolectar frutas u hortalizas, limpiar lo que fuere; y que vivía en las cercanías. Una semana o poco más de estancia, y podía reemprender el vuelo. De este modo vivió hasta el final del verano, y sólo el siguiente mes de octubre llegó a una ciudad lo bastante grande para tener una estación regular de autobuses. Con la boca seca por la excitación y la aprensión, se dirigió a la parte del mostrador reservada a las personas de color con el fin de comprar su billete.

—¿Cuánto hasta Macón, señor?

—Once dólares. Cinco cincuenta los niños menores de doce años.

Cholly tenía doce dólares y cuatro centavos.

—¿Tú qué edad tienes?

—Justo doce años, señor, pero mamá sólo me ha dado diez dólares.

—Tú debes ser el chico de doce años más alto que he visto.

—Por favor, señor, tengo que ir a Macón. Mi mamá está enferma.

—Me pareció que decías que tu mamá te había dado diez dólares.

—Figura que es mi mamá, pero la de verdad está en Macón, señor.

—Considero que reconozco a un negrito mentiroso a primera vista, pero por si acaso tú no lo eres, por si acaso una de tus mamás se muere de veras y quiere ver a su cachorrito antes de reunirse con su Creador, voy a hacerlo.

Cholly no oyó nada. Chanzas e insultos formaban parte de las molestias habituales de la vida, como los piojos. Era feliz como no recordaba haberlo sido nunca, excepto aquella vez con Blue y la sandía. El autobús tardaría aún cuatro horas en partir, y los minutos de aquellas horas forcejearon como mosquitos en una tira de papel atrapamoscas: fueron muriendo despacio, exhaustos por la lucha para seguir vivos. Cholly tenía miedo de moverse, ni que fuese para ir al lavabo. El autobús podía marcharse en su ausencia. Finalmente, envarado por el esfuerzo de reprimir sus necesidades, abordó el vehículo con destino a Macón.

Encontró un asiento de ventanilla en la parte trasera, todo para él, y Georgia entera desfiló ante sus ojos antes de que el sol se perdiera de vista. Anhelaba ver

incluso en la oscuridad, y sólo tras un tenaz combate por mantenerse despierto se durmió. Cuando despertó era ya pleno día, y una obesa señora negra le daba suaves codazos y le ofrecía un emparedado de bizcocho y tocino frío. Con el sabor del tocino todavía en los dientes entraron apaciblemente en Macón.

Al final del callejón se veían unos hombres arracimados. Un coro de voces exaltadas ascendía en espiral sobre los bultos de sus formas encorvadas. Cuerpos agazapados, hincados de rodillas, inclinados, todos con los ojos puestos en un determinado punto del suelo. Al aproximarse a ellos inhaló un familiar y estimulante olor a humanidad. Los hombres se habían reunido, tal como el encargado de la sala de billares le había dicho, en torno al dinero y los dados. Cada figura aparecía decorada de un modo u otro por los papelitos verdes. Algunos habían separado su dinero, rodeado con los billetes los dedos, doblándolos y cerrando el puño, de manera que los bordes de los billetes asomaban en una mezcla de delicadeza y violencia. Unos cuantos tenían asidos los billetes como si fueran cartas de una baraja que se disponían a repartir. Otros aún habían dejado descuidadamente el dinero en el suelo, unos pocos billetes arrugados. A uno le asomaban los billetes por debajo de la gorra. Otro los sostenía entre el índice y el pulgar. En aquellas manos negras había más dinero del que Cholly hubiera visto nunca. Compartió su excitación, y la aprensión de encontrar a su padre, que le había secado la boca, dio paso al flujo de saliva de la euforia. Examinó uno a uno aquellos rostros, buscando el que pudiese corresponder a su padre. ¿Cómo le conocería? ¿Sería como una versión ampliada de él mismo? En aquel momento Cholly no recordaba su propia apariencia. Sabía únicamente que tenía catorce años, que era negro y que su estatura alcanzaba ya los seis pies. En su examen de las caras allí presentes no vio más que ojos, ojos suplicantes, ojos fríos, ojos deslustrados por la inquina, ojos comprimidos por el temor, y todos ellos fijos en los movimientos de un par de dados que uno de los hombres arrojaba, recogía y volvía a lanzar. Mientras cantaba una especie de letanía, a la que respondían los demás hombres, frotaba los dados como si fueran dos carbones calientes e interrumpía su canto para murmurarles cosas. Luego, con un alarido, expelía los dos pequeños cubos y provocaba un coro de sorpresas y decepciones. A continuación, el lanzador recaudaba dinero, y alguien exclamaba: «¡Cógelo y ahueca, zorro, antes de que nos desplumes!». Sonaban risas y había unos momentos de perceptible distensión, durante los cuales unos cuantos hombres intercambiaban billetes.

Cholly tocó el hombro de un tipo de cabello cano.

—¿Podría decirme si Samson Fuller está por aquí?

—¿Fuller? —El del cabello cano parecía conocer el nombre—. No lo sé, sí, por ahí andará. Es aquél —señaló—. El de la chaqueta marrón.

Un hombre que vestía una chaqueta de color marrón claro, en un extremo del

grupo, gesticulaba de una forma pendenciera y agitada ante otro hombre. Los rostros de ambos estaban contraídos por la cólera. Cholly dio un rodeo hacia el lugar donde los dos tipos se habían situado, resistiéndose a creer que había llegado ya al final de su peregrinación. Allí estaba su padre, un hombre como cualquier otro, pero ciertamente allí, con sus ojos, su boca, su cabeza; los hombros encogidos bajo aquella chaqueta, su voz, sus manos, todo real. Existían, era verdad que existían en alguna parte. Allí mismo. Cholly había pensado siempre en su padre como en un gigante, de modo que cuando le tuvo cerca se sobresaltó al descubrir que él era más alto. De hecho, estaba mirando una placa de calvicie en la cabeza de su padre, que súbitamente deseó tocar. Mientras contemplaba fascinado aquella lamentable mancha lampiña rodeada de descuidados manojos de lana, el hombre volvió hacia él un rostro de expresión dura y belicosa.

—¿Qué quieres, chico?

—Oh, esto… ¿Es usted Samson Fuller?

—¿Quién te envía?

—¿Eh?

—¿Eres el hijo de Melba?

—No, señor, yo soy…

Cholly pestañeó. Le era imposible recordar el nombre de su madre. ¿Lo había sabido alguna vez? ¿Qué podía decir? ¿De quién era hijo? No podía responder: «Soy su hijo». Sonaría irrespetuoso.

El hombre se impacientaba.

—¿Se te ha soltado un tornillo de la cabeza? ¿Quién te ha enviado a buscarme?

—Nadie. —A Cholly le sudaban las manos. Los ojos del hombre le atemorizaban —. Sólo pensaba… O sea, simplemente pasaba por aquí, eso, me llamo Cholly…

Pero Fuller había devuelto su atención a la partida de dados que estaba a punto de reanudarse. Se agachó para dejar un billete en el suelo, y esperó la tirada. Una vez hecho el juego, se enderezó y con voz irritada y gimoteante le gritó a Cholly:

—¡Dile a esa bruja que tendrá su dinero! ¡Y ahora vete a incordiar a otro sitio!

A Cholly le costó mucho levantar un pie del suelo. Intentaba retroceder y alejarse. Sólo con extrema dificultad consiguió que el primer músculo cooperase. Cuando esto se produjo, pudo echar a andar por el callejón y salir de la penumbra a la intensa luz de la calle. Ya a pleno sol, sintió que algo cedía en sus piernas. En la acera había volcada una banasta de naranjas vacía, con una lámina que mostraba dos manos entrelazadas pegada en un costado. Cholly se sentó sobre su base. Los rayos solares se derramaban como miel sobre su cráneo. Pasaba el carromato de un vendedor de fruta, tirado por un caballo. El conductor cantaba: «¡Directa de la parra, dulce como el azúcar, roja como el vino!».

Los ruidos parecían aumentar de volumen. El clic-cloc de los tacones de las

mujeres, las risas de los hombres ociosos en los quicios de las puertas. Por alguna parte circulaba un tranvía. Cholly continuaba sentado. Sabía que si permanecía muy quieto se sentiría bien. Pero entonces un indicio de dolor bordeó sus ojos y tuvo que apelar a todos sus recursos para alejarlo. Si seguía inmóvil, se repitió, y fijaba la mirada en una sola cosa, las lágrimas no vendrían. Por ello aguantaba sentado bajo el sol que derramaba miel, aplicando cada nervio y cada músculo a contener la cascada que amenazaba con brotar de sus párpados. Mientras se violentaba de este modo, concentrando en sus ojos hasta el último átomo de energía, su vientre cedió de improviso y, antes de que se diera plena cuenta de lo que ocurría, heces líquidas se le escurrieron piernas abajo. En la boca del callejón donde estaba su padre, encima de una banasta de naranjas abandonada al sol, en una calle llena de hombres y mujeres adultos, se había emporcado como un crío.

Presa del pánico se preguntó si debía esperar allí, sin moverse hasta que cayera la noche. No. Su padre seguramente saldría del callejón por aquel extremo, le vería y se reiría de él. Oh, Señor, se reiría. Todo el mundo se reiría. Sólo podía hacer una cosa.

Cholly corrió calle abajo, consciente únicamente del silencio. De pronto, las bocas de la gente se movían, se movían sus pies, los vehículos iban y venían por la calzada, pero sin producir el menor sonido. Una puerta se cerró violentamente en absoluto silencio. Sus propios pasos eran inaudibles. El aire parecía sofocarle, sujetarle. Se abría camino a través de un mundo de invisible savia de pino que amenazaba con asfixiarle. Pero prosiguió su carrera, viendo sólo cosas que se movían en silencio, hasta que llegó al punto donde terminaban las edificaciones y aparecía el campo abierto, desde donde descubrió el río Ocmulgee, que discurría un poco más allá. Bajó a toda prisa por una pendiente pedregosa hasta un espigón que se proyectaba sobre las poco profundas aguas. Buscó bajo el espigón la sombra más densa y allí se agazapó al amparo de uno de los pilares. Permaneció en aquel lugar, en posición fetal, paralizado, cubriéndose los ojos con los puños, durante mucho tiempo. Sin oír ni ver nada, a solas con la penumbra y el calor y la presión de sus nudillos contra los párpados. Olvidado incluso del miserable estado de sus pantalones.

Llegó la noche. La oscuridad y la quietud encerraron a Cholly como la piel y la pulpa de la baya del saúco protegen la semilla.

Cholly extendió brazos y piernas. Lo único que sentía era dolor de cabeza. Pronto, como brillantes esquirlas de vidrio, le hirieron los acontecimientos de aquella tarde. Al principio sólo vio dinero entre dedos negros, luego pensó que estaba sentado en una silla muy incómoda, pero cuando miró resultó ser la cabeza de un hombre, una cabeza con una placa de calvicie del tamaño de una naranja. Cuando estas imágenes terminaron fundiéndose en un recuerdo concreto, Cholly comenzó a olerse a sí mismo. Se puso en pie y se sintió débil, tembloroso y aturdido. Se apoyó unos momentos en el pilar del espigón, y a continuación se quitó los pantalones, los

calzoncillos, los calcetines y los zapatos. Restregó éstos con puñados de tierra; después reptó hasta la orilla del río. Tuvo que tantear con las manos para localizar dónde empezaba el agua, porque no veía con suficiente claridad. Despacio, revolvió las ropas dentro de la corriente y las refregó hasta que consideró que estarían limpias. De regreso junto al pilar, se quitó la camisa y se la anudó a la cintura. Finalmente, extendió las demás prendas en el suelo. En cuclillas, escarbó distraídamente la carcomida madera del espigón, y de sopetón le vino a la mente el recuerdo de la tía Jimmy, de su bolsa de asafétida, de sus cuatro dientes de oro y del trapo de color púrpura con que se ceñía la cabeza. Con una añoranza que casi le desgarró el corazón, evocó el gesto con que ella solía ofrecerle una porción de jarrete ahumado que tomaba de su plato. Recordaba exactamente cómo lo sostenía en el aire: quizá con torpeza, apresado entre tres dedos, pero con cuánto cariño. Sin palabras, simplemente un pellizco a un trozo de carne y una ofrenda. Y entonces las lágrimas bajaron a chorros por sus mejillas para formar un ramillete debajo del mentón.

Tres mujeres están asomadas a dos ventanas. Ven el esbelto e ingenuo pescuezo de un muchacho nuevo y le llaman. Él va a donde ellas se encuentran. Dentro, es oscuro y cálido. Ellas le ofrecen limonada en un bote de vidrio. Mientras bebe, las miradas de las mujeres flotan hacia él a través del fondo del bote, a través del agua levemente dulzona. Ellas le devuelven su virilidad, que él retoma sin proponérselo.

Los fragmentos de la vida de Cholly sólo tendrían coherencia en la mente de un músico. Sólo quienes se expresan mediante el oro del metal curvado, o con el tacto de rectángulos blancos y negros y de tensos parches y de cuerdas que despiertan ecos en las maderas de los pasillos, podrían dar forma auténtica a su vida. Sólo ellos conocerían la manera de conectar el corazón rojo de una sandía con la bolsa de asafétida y con las uvas verdes, con la luz de una linterna en su trasero y los puñados de billetes y la limonada en un bote de vidrio y un hombre llamado Blue, para dar una idea de lo que todo aquello significaba en cuanto a alegría y dolor, en cuanto a amor, en cuanto a ira, y a darle como culminación el ansia penetrante de libertad. Sólo un músico percibiría, comprendería, sin ni siquiera percatarse de ello, que Cholly era libre. Peligrosamente libre. Libre de experimentar cualesquiera de las sensaciones que le acometían: miedo, culpa, vergüenza, amor, pesadumbre, lástima. Libre para ser tierno o violento, para silbar o para llorar. Libre para dormir en los quicios de las puertas o entre las sábanas blancas de una mujer cantarina. Libre para aceptar un empleo, libre para dejarlo. Podía ir a la cárcel y no sentirse preso, porque ya había visto la expresión de disimulo de los ojos de su carcelero; libre para decir: «No, señor», y sonreír, porque ya había matado a tres hombres blancos. Libre para soportar los insultos de una mujer, porque su cuerpo ya había conquistado el de ella. Libre incluso para golpearla en la cabeza, porque ya antes había acunado aquella cabeza

entre sus brazos. Libre para ser solícito cuando ella estaba enferma, o para fregarle el suelo, porque ella sabía cuál era su virilidad y dónde estaba. Era libre para beber hasta caer en una ridícula desvalidez, porque ya había sido bracero itinerante, cumplido treinta días de trabajos forzados y extraído de su propia pantorrilla la bala disparada por una mujer. Era libre para vivir sus fantasías personales, libre hasta para morir, el cómo y el cuándo de lo cual no le merecía el menor interés. Por aquellas fechas Cholly era auténticamente libre. Abandonado sobre un montón de chatarra por su madre, rechazado por su padre a cambio de una partida de dados, no tenía nada más que perder. Estaba solo con su propia conciencia y sus apetitos, y éstos eran lo único que le importaba.

Fue hallándose en aquel estado semidivino cuando conoció a Pauline Williams. Y fue Pauline, o más bien el casarse con ella, lo que hizo por él lo que no había hecho el haz de luz de la linterna. La continuidad, la invariabilidad, el mero peso de la monotonía le sumían en la desesperanza y congelaban su imaginación. La exigencia de dormir siempre e indefinidamente con la misma mujer era para él una idea tan curiosa como inhumana, y otro tanto que se esperase de él que manifestara entusiasmo por hechos del pasado o por diversiones rutinarias: le maravillaba la arrogancia femenina. Cuando conoció a Pauline en Kentucky, ella estaba apoyada en una cerca y se rascaba con un pie que tenía maltrecho. La pulcritud, el encanto, la alegría que él despertó en ella le hizo desear anidar a su lado. Y no había descubierto aún qué fue lo que destruyó aquel deseo. Pero tampoco se entretenía en averiguarlo: tendía a pensar más en lo que podía haberle ocurrido a la curiosidad que antes solía sentir. Nada, nada le interesaba ahora. Ni su propia persona ni las personas ajenas. Únicamente en el alcohol había para él una nimia vía de escape, un destello de luz; y cuando aquello acababa, sólo el olvido.

Pero el aspecto de la vida conyugal que le dejó pasmado fue la aparición de los niños. Sin la menor idea de cómo se criaban los hijos, y no habiendo tenido nunca unos padres que le criaran a él, no alcanzaba a concebir cómo podía desarrollarse aquella relación. Si se hubiera interesado en la acumulación de cosas, podría haber pensado en ellos como sus herederos materiales; si hubiese necesitado afirmar su personalidad ante unos anónimos «otros», habría querido que ellos realzaran y prestigiaran su imagen. De no haber estado solo en el mundo desde los trece años y no haber conocido sino a una vieja moribunda que se sentía responsable de él, pero cuya edad, sexo e intereses estaban muy lejos de los suyos, podría haber creado una conexión estable entre padre e hijos. Siendo lo que eran las circunstancias, reaccionaba contra ellos, y sus reacciones se basaban en lo que sentía en cada instante.

Así pues, una tarde de sábado, en la fluida luminosidad de la primavera, Cholly llegó

a su casa haciendo eses, borracho, y vio a su hija en la cocina.

Ella estaba fregando platos. Su frágil espalda se encorvaba sobre el fregadero. Cholly la veía confusamente y no habría sabido decir ni lo que vio ni lo que sintió. Luego se dio cuenta de que estaba incómodo; a continuación notó que su incomodidad se diluía en placer. La secuencia de sus emociones pudo ser: revulsión, culpa, lástima, y finalmente amor. Su revulsión era una reacción contra la presencia juvenil, desvalida y desesperanzada de ella. Su espalda encorvada de aquel modo; su cabeza inclinada hacia un lado como encogida ante la permanente amenaza de un golpe. ¿Por qué había de tener siempre aquel aspecto vapuleado? Era una niña, la vida no la había quemado aún, ¿por qué no era feliz? La clara manifestación de su infelicidad era una acusación. Él habría querido partirle el cuello, pero tiernamente. La culpa y la impotencia se alzaron en un dúo bilioso. ¿Qué podía él hacer por ella? ¿Qué podía darle? ¿Qué podía decirle? ¿Qué podía un negro arruinado y consumido decirle a la espalda encorvada de su hija de once años? Si la miraba a la cara vería aquellos inquietos y cariñosos ojos. La inquietud le irritaría; el cariño le empujaría hacia la furia. ¿Cómo se atrevía ella a quererle? ¿Tan poco juicio tenía? ¿Qué se suponía que haría él al respecto? ¿Corresponderle? ¿Cómo? ¿Qué podían dar sus manos callosas que la hiciese sonreír? ¿Qué parte de su conocimiento del mundo y de la vida podía serle útil a ella? ¿Qué podían hacer sus pesados brazos y su aturdido cerebro que a él le devolviera el respeto de sí mismo y que a su vez le permitiese aceptar el cariño de ella? La aversión le enfangó el estómago y amenazó con convertirse en vómito. Pero justo antes de que la arcada pasara de la anticipación a la sensación, ella desplazó el peso de su cuerpo para sostenerse sobre un solo pie y acariciarse la pantorrilla con la punta del otro. Era un gesto apacible y triste. Sus manos daban vuelta tras vuelta a una sartén, rascando restos de comida ennegrecidos que caían en el agua fría y grasienta. Aquella condición como tímida y mimosa del pie cuya punta rozaba la pantorrilla contraria, aquello era lo que Pauline hacía cuando él la vio por primera vez en Kentucky. Apoyada en una cerca y sin mirar nada en particular. La cremosa junta de su pie desnudo rascando una pierna de terciopelo. Era un gesto muy sencillo, completamente trivial, pero que a él le llenó entonces de una milagrosa morbidez. No la avidez usual por separar con la suya las dos piernas juntas, sino un impulso hacia la solicitud y la protección. Un deseo de cubrir aquel pie con su mano y mordisquear amorosamente la pantorrilla con sus dientes. Lo había hecho entonces, y el sobresalto impulsó a Pauline a reír. Lo hizo ahora.

La ternura fluía ascendente en su interior, y él se hincó de hinojos, prendida la mirada del pie de su hija. Avanzó a gatas hacia ella, levantó la mano y asió el pie cuando éste se movía hacia arriba. Pecola perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo. Cholly levantó la otra mano hasta su cadera para que no se inclinara. Bajó la cabeza y mordisqueó la cara trasera de su pierna. Le tembló la boca al

encontrar la firme dulzura de la carne. Cerró los ojos, dejando que los dedos se afanaran en su cintura. La rigidez de su cuerpo paralizado, el silencio de su garganta atontada eran mejores de lo que la risa fácil de Pauline había sido. La confusa mezcolanza entre los recuerdos que él tenía de Pauline y la comisión de un acto demente y prohibido le excitó, y un relámpago de deseo recorrió sus genitales dando magnitud a su pene y ablandando los labios de su ano. En torno a su apetito carnal parecía existir una frontera como de cortesía: quería joder, pero tiernamente. La ternura, sin embargo, no duraría. La estrechez de aquella vagina era mayor de lo que él podía soportar. Su alma pareció escurrirse vientre abajo y colarse en la angosta envoltura, y la gigantesca embestida con que él consumó su entrada provocó el único sonido que emitiría: una sorda succión de aire en el fondo de su garganta. Como la rápida pérdida de aire de un globo circense.

Después de la desintegración, del cese del deseo sexual, él descubrió que tenía aferradas a sus muñecas las manos mojadas y jabonosas de ella, crispados los dedos, pero era incapaz de discernir si aquello era consecuencia de un desesperado pero tenaz esfuerzo de la niña por liberarse, o fruto de otra emoción.

Salir de ella le resultaba tan doloroso que lo abrevió asiéndose el pene por la base y sacándolo de un tirón del reseco amparo de su vagina. Pecola, aparentemente, se había desmayado. Cholly se puso en pie y solamente pudo ver sus bragas grisáceas, flácidas y melancólicas en torno a sus tobillos. De nuevo la aversión se mezcló con la ternura. La aversión no le dejaría levantarla del suelo; la ternura le forzó a taparla.

Por ello, cuando la niña recobró el conocimiento, estaba tendida en el suelo de la cocina debajo de una gruesa colcha e intentaba relacionar el dolor que sentía entre las piernas con el rostro de su madre, que vislumbraba confusamente por encima del suyo.

VEAMOSALPERROELPERROHACEGUAUGUAUQUIERESJUGARQUIERESJUGARCONJANEVEAMOSCORRERALPERROCORRER

Había una vez un anciano que amaba las cosas, porque el más leve contacto con las personas le provocaba unas náuseas ligeras pero persistentes. Ya no recordaba cuándo empezó aquel rechazo, ni tampoco recordaba haber vivido alguna época libre de él. De chico le había inquietado en extremo aquella revulsión, que los demás no parecían compartir, pero como había recibido buena educación aprendió, entre otras cuestiones, el significado de la palabra «misántropo». Conocer esta clasificación le proporcionó coraje y alivio moral, pues creía que dar nombre a un mal equivalía a neutralizarlo, si no a aniquilarlo. Con el tiempo, además, leyó gran número de libros y trabó conocimiento con diversos grandes misántropos del pasado, cuya compañía espiritual le halagaba y ponía a su disposición un abanico de patrones para medir sus propios antojos, sus anhelos y sus antipatías. Por añadidura, encontró en la misantropía un medio excelente para desarrollar el carácter: cuando reprimía su revulsión y ocasionalmente tocaba, ayudaba, consolaba o favorecía a alguien, podía considerar generoso su comportamiento y nobles sus intenciones. Cuando alguna acción humana más o menos teñida de imperfección le enfurecía, podía juzgarse a sí mismo como un personaje discriminante, quisquilloso y cargado de necios escrúpulos.

Como era el caso de otros muchos misántropos, su desdén hacia las personas le llevó a ejercer una profesión destinada a servirlas. Se ocupaba de un género de actividades que dependían exclusivamente de su habilidad para ganarse la confianza ajena y en las cuales eran necesarias las relaciones más íntimas. Tras haber coqueteado con el sacerdocio en la Iglesia Anglicana, lo abandonó para ejercer como asistente social. El tiempo y las calamidades, sin embargo, conspiraron contra él, y terminó adoptando un oficio que le aportaba tanta libertad como satisfacción. Se convirtió en «Intérprete y Asesor de Sueños». El oficio le convenía. Disponía de su propio tiempo, la competencia era escasa, la clientela acudía persuadida de antemano y, en consecuencia, era dócil y manipulable, y él tenía numerosas ocasiones de presenciar la estupidez humana sin compartirla ni verse implicado en ella, así como de alimentar sus melindres contemplando la decadencia física de sus congéneres. Aunque sus ingresos eran reducidos, carecía de inclinación al lujo: su experiencia clerical había solidificado su natural ascetismo, a la par que reforzaba su preferencia por la soledad. El celibato era un refugio, el silencio un escudo.

Toda su vida había tenido afición a las cosas; no a la adquisición de riqueza o de

objetos preciosos, sino un amor genuino por los trastos viejos: una cafetera que había sido de su madre, un felpudo de bienvenida procedente de la entrada de una casa de huéspedes donde en otro tiempo residió, un cobertor sacado de un depósito del Ejército de Salvación. Se habría dicho que su desdén por el contacto humano se había transformado en aprecio por las cosas que los humanos habían tocado. El residuo del espíritu humano adherido a los objetos inanimados era todo lo que de la humanidad podía soportar. Admirar, por ejemplo, la huella de pisadas humanas en el felpudo; aspirar el olor del cobertor y sumirse en la dulzona certidumbre de que muchos cuerpos habían sudado, dormido, soñado, copulado, estado enfermos e incluso muerto abrigados por aquel cobertor. Dondequiera que fuese, llevaba consigo sus cosas y buscaba constantemente otras. Esta sed de cosas usadas le inducía a practicar fortuitos pero habituales registros de los depósitos de basura en los callejones y de las papeleras en los lugares públicos.

En conjunto, su personalidad era un arabesco: intrincada, simétrica, equilibrada y ajustadamente construida, excepto por un único fallo que ocasionalmente estropeaba este meticuloso ensamblado: unos raros pero agudos anhelos sexuales.

Aquel hombre pudo haber sido un homosexual activo, pero le faltaba osadía. En la bestialidad no había pensado, y la sodomía quedaba descartada porque él no experimentaba erecciones sostenidas y no soportaba la idea de la erección de otro. Además, lo único que le repugnaba más que acariciar y penetrar a una mujer era acariciar a otro hombre y ser acariciado por éste. En cualquier caso, sus anhelos, por intensos que fueran, nunca se solazaban en el contacto físico. Aborrecía la conjunción de carne con carne. El olor corporal, el olor del aliento, le agobiaban. La visión de materia seca en un párpado, la caries o la falta de un diente, la cera de las orejas, los barrillos, los lunares, las ampollas, las costras (todas las excreciones y protecciones naturales que el cuerpo era capaz de producir) le desasosegaban. Sus atenciones, por lo tanto, se centraron gradualmente en aquellos seres humanos cuyos cuerpos eran menos ofensivos: los niños. Y como era demasiado apocado para afrontar la homosexualidad, y como los niños eran insultantes, alarmantes e intratables, más adelante limitó su interés a las niñas. Éstas eran por lo general tratables y frecuentemente seductoras. La sexualidad de él distaba mucho de ser lasciva o depravada: su condescendencia con las niñas olía a inocencia y en su mente se asociaba con el aseo. Él era lo que podríamos llamar un anciano muy pulcro.

Un antillano de ojos canela y piel moderadamente tostada.

Aunque su nombre aparecía impreso en un rótulo en la ventana de su cocina, así como en las tarjetas profesionales que distribuía, los vecinos le llamaban Soaphead Church. Nadie sabía de dónde procedía la parte «Church», a qué «iglesia» aludía; quizá se refería a sus días de predicador invitado, un pastor sin rebaño, con vocación pero sin parroquia, que constantemente visitaba las iglesias ajenas y se situaba en el

altar con el pastor anfitrión. Pero lo que sí sabían todos era el significado de «Soaphead»: si uno se empastaba el cabello con espuma de jabón, le quedaba brillante y ondulado. Un procedimiento primitivo.

Se había criado en el seno de una familia orgullosa de sus logros académicos y de su sangre mestiza; de hecho, la familia creía que lo primero se basaba en lo segundo. Un tal Sir Whitcomb, un noble inglés arruinado que eligió desintegrarse bajo un sol que permitía mayores desahogos que el de su tierra natal, había introducido en la familia en cuestión la cepa blanca a comienzos del siglo XIX. Como caballero que era por nominación real, hizo por su hijo bastardo y mulato lo que civilizadamente correspondía: le dotó con trescientas libras esterlinas, para gran satisfacción de la madre del bastardo, quien pensó que la fortuna le sonreía. También el bastardo se sintió agradecido y consideró como objetivo de su vida el guardar aquella traza blanca. Concedió, pues, sus favores a una muchacha quinceañera de similar ascendencia. Ella, como buena parodia de señorita victoriana, aprendió de su marido todo lo que valía la pena aprender: a separarse en cuerpo, mente y espíritu de cuanto sugiriese la imagen ancestral de África; a cultivar los hábitos, gustos y preferencias que sus ausentes suegros habrían aprobado.

La pareja transfirió esta anglofilia a sus seis hijos y dieciséis nietos. Con excepción de algún ocasional e irresponsable insurgente que elegía una ingobernable pareja negra, todos se casaron «más arriba», aclarando la piel de la familia y estilizando sus rasgos.

Con la confianza nacida de una convicción de superioridad, se portaron muy bien en la escuela. Eran aplicados, ordenados, activos, prestos a demostrar más allá de toda duda la hipótesis de De Gobineau de que «todas las civilizaciones derivan de la raza blanca, ninguna puede existir sin su ayuda, y una sociedad es grande y brillante sólo en cuanto es capaz de preservar la sangre del noble grupo que la ha creado». Por lo tanto, su presencia raras veces fue ignorada por los profesores encargados de recomendar alumnos prometedores para estudios en el extranjero. Los varones estudiaron medicina, leyes, teología, y triunfaron repetidamente en las oficinas gubernamentales (exentas de poder) disponibles para la población nativa. Que fueran corruptos en sus prácticas públicas y privadas, y tan lujuriosos como salaces, era considerado su derecho nobiliario y aprobado sin reservas por la mayoría de la menos dotada población.

A medida que pasaban los años, debido al descuido de algunos de los hermanos Whitcomb, se hizo difícil mantener su blancura, y algunos parientes lejanos y no tan lejanos se casaron unos con otros. De estas mal aconsejadas uniones no se observaron efectos obviamente malos, pero una o dos solteronas y otros tantos hortelanos evidenciaron un debilitamiento de facultades y cierta inclinación hacia la excentricidad en algunos de sus hijos. Alguna tacha al margen de los usuales

alcoholismo y libertinaje. Se echó la culpa a los matrimonios consanguíneos, no a los genes originarios del lord arruinado. Sea como fuere, había accidentes. No más que en cualquier otra familia, a buen seguro, pero más peligrosos porque tenían mayor poder. Uno de ellos fue un fanático religioso que fundó su propia secta secreta y engendró cuatro hijos, entre los cuales uno fue un pedagogo conocido por la precisión de su justicia y el control de su violencia. Este pedagogo se casó con una muchacha dulce e indolente, medio china, para quien la fatiga de dar a luz un hijo fue excesiva. Murió poco después del parto. Su vástago, llamado Elihue Micah Whitcomb, abrió ante el pedagogo amplias perspectivas para llevar a la práctica sus teorías sobre educación, disciplina y buena vida. El pequeño Elihue aprendió todo cuanto necesitaba conocer bien, particularmente el bello arte del auto-engaño. Leía vorazmente pero asimilaba selectivamente, eligiendo los bocados y porciones de las ideas ajenas que respaldasen cualquier predilección que sintiera en aquel momento. Así, eligió recordar el ultraje de Ofelia por parte de Hamlet, pero no el amor de Cristo por María Magdalena; la frívola política de Hamlet, pero no la sincera anarquía de Cristo. Dedicó su atención a la acidez de Gibbon, pero no a su tolerancia; al amor de Ótelo por la hermosa Desdémona, pero no al pervertido amor de lago por Ótelo. La obra que más admiraba era la de Dante; las que más despreciaba, las de Dostoievski. A pesar de su apertura a las más privilegiadas mentes del mundo occidental, sólo permitía que le afectara su interpretación más restrictiva. A la violencia controlada de su padre respondió desarrollando hábitos inflexibles y una imaginación más bien difusa. Una execración, pero también una fascinación, ante cualquier indicio de deterioro o desorden.

A los diecisiete años, sin embargo, conoció a su Beatriz, que era tres años mayor que él. Una joven adorable, de risa fácil y piernas firmes, que trabajaba como dependienta en unos grandes almacenes chinos. Velma. Tan fuertes eran el gusto y la afición de ella por la vida que no eliminaron de ésta al frágil y enfermizo Elihue. La enternecieron sus melindres y su absoluta falta de sentido del humor, y deseaba con ansia introducirle en la cultura del deleite. Él se resistía a semejante introducción, pero se casó de todos modos, sólo para que ella descubriese que Elihue padecía, y se solazaba en ello, una melancolía invencible. Cuando tras dos meses de matrimonio Velma se percató de lo importante que era aquella melancolía para su esposo, de que éste se interesaba seriamente en convertir su alegría natural en una tristeza más académica, que equiparaba la cópula amorosa a la comunión y el Santo Grial, simplemente le abandonó. No había vivido todos aquellos años junto al mar y escuchado a toda hora las canciones de los hombres en los muelles para consumir su vida en la silente caverna de la mente de Elihue.

Él nunca se sobrepuso a aquella deserción. Velma tenía que haber sido la respuesta a su nunca formulada y ni siquiera reconocida pregunta: ¿dónde estaba la

vida que se opondría a la intrusión de la no-vida? Velma iba a rescatarle de la no-vida que él había aprendido de su padre a cinturonazos. No obstante, la había repelido con tanta destreza que al final ella se vio forzada a escapar del tedio inevitable generado por una existencia tan refinada.

El joven Elihue se salvó del patente desmoronamiento gracias a la mano firme de su padre, quien le recordó la buena reputación de su familia y la cuestionable de Velma. Entonces reanudó sus estudios con más vigor que antes y, al cabo, decidió ingresar en las filas de la clerecía. Cuando le notificaron que no tenía vocación suficiente, se marchó de la isla y se trasladó a los Estados Unidos para estudiar en el campo de la psiquiatría, en aquellos momentos prometedor. Pero la materia requería demasiada sinceridad, demasiadas confrontaciones, y ofrecía muy escaso soporte a un ego desfalleciente. Derivó hacia la sociología, y a continuación hacia la fisioterapia. Esta multiforme educación se prolongó a lo largo de seis años, al término de los cuales su padre rehusó continuar manteniéndole si no se «encontraba» a sí mismo. Elihue, sin saber ya dónde buscar, quedó a merced de sus propios recursos y se «encontró» notablemente incapaz de ganar dinero. Comenzó a abandonarse a una afectación que se deshilachaba rápidamente, puntuada por algunas de las pocas ocupaciones burocráticas asequibles en Estados Unidos a los negros, aunque éstos tuvieran una ascendencia familiar aristocrática: recepcionista en un hotel de Chicago para personas de color, agente de seguros, corredor de una firma de cosméticos con clientela negra. Finalmente se estableció en Lorain, Ohio, en 1936, autoproclamándose ministro del Señor y despertando reverente admiración por su forma de hablar el inglés. Las mujeres de la localidad pronto descubrieron su celibato, e incapaces de comprender su rechazo hacia ellas optaron por creerle sobrenatural en lugar de anormal.

Una vez que hubo él aceptado aquella calificación, progresó rápidamente en el mismo sentido y aceptó también el sobrenombre (Soaphead Church) y el papel que ellas le habían asignado. Alquiló a una anciana señora profundamente religiosa, llamada Bertha Reese, una especie de apartamento trasero. La anciana era limpia, sencilla, y estaba muy próxima a la sordera total. El alojamiento era ideal en todos los aspectos excepto uno. Bertha Reese tenía un perro viejo, Bob, que, pese a ser tan sordo y apacible como ella, no era tan limpio. Pasaba la mayor parte del día durmiendo en el porche trasero, que era la entrada al apartamento de Elihue. El perro era demasiado viejo para ser de alguna utilidad, y Bertha Reese no tenía ni la energía ni la presencia de ánimo adecuadas para cuidarle debidamente. Le daba de comer y de beber, y le dejaba a su aire. El animal estaba sarnoso; le bordeaba los ojos una materia de color verde mar que atraía mosquitos y moscas en tropel. A Soaphead le repugnaba verlo y deseaba que se diera prisa en morir. Este deseo de que el perro muriese lo consideraba humanitario, porque él no toleraba, se decía a sí mismo,

ningún género de sufrimiento. No se le ocurría que si algún sufrimiento no toleraba, en aquel caso, era el suyo propio, puesto que el perro se había adaptado a la debilidad y la senectud. Soaphead determinó finalmente poner término a las miserias del animal y, para hacerlo, compró una dosis de veneno. Sólo el horror de tener que acercarse iba a impedirle completar su misión. Permaneció a la espera de que algún día un acceso de cólera o una crisis de repugnancia cegadora le espolearan.

Instalado entre sus cosas usadas, Elihue se levantaba temprano cada mañana de un sueño sin pesadillas y aconsejaba a quienes acudían a él en busca de asesoramiento.

Su negocio era el pavor. La gente le buscaba despavorida, le hablaba en susurros despavoridos, lloraba y suplicaba sumida en el pavor. Y era el pavor el objeto de su asesoramiento.

Individualmente tomaban el camino de su puerta, todos ellos envueltos en un velo urdido con ira, anhelos, amor propio, venganza, soledad, padecimientos, derrota y hambre. Le pedían las cosas más simples: salud, dinero y amor. Haz que él me quiera. Dime lo que significa este sueño. Ayúdame a librarme de esta mujer. Haz que mi madre me devuelva mis ropas. Consigue que mi mano izquierda deje de temblar. Expulsa de la cocina el fantasma de mi bebé. Saca de apuros a Fulano. Todas las solicitudes las atendía personalmente. Su método era hacer lo que le pedían; nunca sugerir a nadie que quizá su solicitud era injusta, miserable, difícil, y menos aún imposible.

Gracias a sus ocasionales y cada vez más escasos encuentros con las niñas que podía persuadir para que se dejaran agasajar, vivía de manera bastante pacífica entre sus cosas y cerraba el paso a los remordimientos. Era consciente, por supuesto, de que algo se había torcido en su vida, como en todas las vidas, pero situaba el problema donde correspondía: a los pies del Creador. Creía que si la decadencia, el vicio, la mugre y el desorden lo penetraban todo, era porque eso debía de estar en la Naturaleza de las Cosas. El Mal existía porque Dios lo había creado. Él, Dios, había cometido un desastroso e imperdonable error de juicio: diseñar un universo imperfecto. Los teólogos justificaban la presencia de la corrupción como un medio de inducir a los hombres a esforzarse, de ponerlos a prueba y empujarlos al triunfo. Un triunfo de cósmica elegancia. Pero esta elegancia, la pulcra elegancia de Dante, estaba en el seccionamiento y la segregación metódicos de todos los niveles de maldad y corrupción. En el mundo, ello no ocurría. Las damas de apariencia más exquisita se sentaban en retretes, y las de aspecto más desagradable tenían anhelos santos y puros. Dios había hecho un pésimo trabajo, y Soaphead sospechaba que él mismo lo habría hecho mejor. Era una verdadera lástima que el Creador no le hubiera pedido consejo.

Soaphead reflexionaba una vez más sobre estas cuestiones a última hora de una

tarde calurosa cuando oyó un golpecito en su puerta. Al abrirla vio a una niña que le era desconocida. Tendría unos doce años, pensó, y se le antojó penosamente privada de atractivos. Cuando le preguntó qué deseaba, ella, como respuesta, le mostró una de las tarjetas en que él anunciaba sus talentos y servicios: «Si te agobian problemas y circunstancias que no son naturales, yo puedo eliminarlos. Combato Hechizos, Mala Suerte, Influencias Malignas. Recuerda, soy un genuino Espiritualista y un Lector Psíquico, nacido con poderes, y te ayudaré. Satisfacción en una visita. Durante muchos años de práctica he unido en matrimonio a muchas parejas y puesto en contacto a personas que estaban separadas. Si eres desdichado, si estás descorazonado o afligido, puedo ayudarte. ¿La mala suerte parece perseguirte? ¿Ha cambiado la persona que amas? Puedo decirte el porqué. Te indicaré quiénes son tus amigos y quiénes tus enemigos, y si la persona que amas es falsa o sincera. Si estás enfermo, yo puedo enseñarte el camino hacia la salud. Localizo objetos perdidos y robados. Satisfacción garantizada».

Soaphead Church dijo a la niña que entrase.

—¿Qué puedo hacer por ti, pequeña?

Ella estaba parada con las manos cruzadas sobre el vientre, una barriguita ligeramente pronunciada.

—Quizá. Quizá pueda usted hacerlo por mí.

—¿Hacer qué por ti?

—No puedo ir más a la escuela. Y pensaba que quizás usted podría ayudarme.

—¿Ayudarte de qué modo? Cuéntame. No tengas miedo.

—Mis ojos.

—¿Qué pasa con tus ojos?

—Los quiero azules.

Soaphead frunció los labios y se tocó con la lengua un diente de oro. Pensó que estaba ante la petición más fantástica y al propio tiempo más lógica que jamás había recibido. Allí tenía a una niña fea pidiendo belleza. Una oleada de amor y comprensión amenazó con arrebatarle, pero fue rápidamente reemplazada por la ira. Ira por ser impotente para ayudarla. De todos los deseos que la gente le había transmitido —dinero, amor, venganza—, aquél le parecía el más conmovedor y el que más merecía ser satisfecho. Una niña que quería salir del pozo de su negrura y ver el mundo con ojos azules. Su indignación aumentaba y le comunicaba una sensación como de poder. Por primera vez deseó honestamente ser capaz de realizar milagros. Nunca antes había aspirado a la posesión del auténtico y sagrado poder, sino sólo del poder de hacer creer a los demás que lo poseía, Parecía muy triste, muy frívolo quizá, que la mera condición de mortal, no su capacidad de juicio, le privara de poseerlo. ¿O no le privaba?

Con mano temblorosa trazó sobre la cabeza de la niña el signo de la cruz. Sus

carnes hormigueaban; en aquel sombrío y caluroso cuartito lleno de trastos viejos, él sentía el frío punzante del desánimo.

—Yo no puedo hacer nada por ti, nena. No soy un mago. Sólo actúo a través del Señor. Él me utiliza algunas veces para ayudar a las personas. Lo único que puedo hacer es ofrecerme a Él como instrumento para que Él realice su obra. Si Él quiere concederte tu deseo, lo hará.

Soaphead se acercó a la ventana, de espaldas a la niña. Su mente corría, vacilaba, volvía a correr. ¿Cómo hilvanar la siguiente frase? ¿Cómo vincularla a la idea de poder? Sus ojos se posaron en el viejo Bob, dormido en el porche.

—Debemos hacer alguna ofrenda, es decir, ponernos en contacto con la naturaleza. Quizás una criatura sencilla será el vehículo de que Él se servirá para hablarnos. Veamos.

Se arrodilló ante la ventana y movió los labios. Transcurrido lo que le pareció un lapso de tiempo razonable, se levantó y se dirigió a la nevera que estaba junto a la otra ventana. Sacó de su interior un pequeño paquete envuelto en el papel rosado propio de las carnicerías. De un anaquel tomó un frasquito marrón y con parte de su contenido salpicó la sustancia que el papel envolvía. Depositó el paquete, abierto a medias, sobre la mesa.

—Coge esta comida y dásela a la criatura que duerme en el porche. Asegúrate de que la come. Y fíjate bien en cómo se comporta. Si no ocurre nada, sabrás que Dios te ha rechazado. Si el animal actúa de un modo extraño, tu deseo se cumplirá el día que siga al de hoy.

La niña levantó el paquete de la mesa; el olor de la carne oscura y viscosa que contenía le dio ganas de vomitar. Se llevó una mano al estómago.

—Valor. Valor, hija mía. Estas cosas no se conceden a corazones timoratos.

Ella asintió con la cabeza y tragó saliva visiblemente, conteniendo las náuseas. Soaphead abrió la puerta y la niña traspuso el umbral.

—Adiós —dijo él—. Que el Señor te bendiga.

Cerró rápidamente la puerta. Fue a observar a la niña por la ventana, fruncidas las cejas en un guiño de compasión, mientras con la lengua acariciaba el oro de su diente postizo. Vio que la niña se inclinaba sobre el perro dormido y que éste, ante su presencia, abría un ojo acuoso orlado de lo que parecía pegamento verde. Ella tendió la mano y palmeó cariñosamente la cabeza del animal. Colocó la carne en el suelo del porche, cerca de su hocico. El olor animó al perro, que enderezó la cabeza y luego se levantó para olfatear mejor el regalo. En tres o cuatro bocados lo engulló. La niña volvió a acariciarle la cabeza y el perro la miró con ojos enternecidos. De pronto, el animal se puso a toser, una tos como la de un viejo asmático, y su cuerpo se estremeció. La niña se apartó de un salto. El perro se agitaba, sacudido por violentas arcadas; su boca parecía estar mascando el aire. No tardó en caer. Intentó levantarse,

no pudo, lo intentó de nuevo y bajó tambaleante los peldaños del porche. Ahogándose, a trompicones, se movió por el jardín como un muñeco roto. La niña tenía la boca abierta y mostraba un diminuto pétalo de lengua. Con una mano hizo un gesto torpe y sin sentido y luego, con las dos, se tapó la boca. Se esforzaba en no vomitar. El perro volvió a caerse, recorrido el cuerpo por un fuerte espasmo. Después se quedó inmóvil. Siempre cubriéndose la boca con las manos, la niña retrocedió unos pasos, giró en redondo, echó a correr y escapó del jardín.

Soaphead Church fue a sentarse a la mesa. Apoyó la frente en las yemas de los pulgares de sus manos entrelazadas. Al cabo de un momento se levantó, se dirigió a una mesilla de noche y de su cajón extrajo papel de escribir y una pluma estilográfica. Sobre el anaquel donde estuvo el veneno había también una botella de tinta. Con aquellas tres cosas regresó a su asiento en la mesa. Lenta, cuidadosamente, regodeándose en la caligrafía, escribió la siguiente carta:

A QUIEN TANTO ENNOBLECIÓ, AL CREARLA, LA HUMANA NATURALEZA.

Amado Dios:

Es propósito de esta carta familiarizaros con ciertos hechos que, o bien han escapado a Vuestra atención, o bien Vos habéis preferido ignorar.

En otro tiempo yo vivía, juvenil e inmaduro, en una de Vuestras islas. Una isla del archipiélago del Océano Atlántico que, entre las Américas del Norte y del Sur, se extiende por el Mar Caribe y el Golfo de México, dividido en Antillas Mayores, Antillas Menores e Islas Bahamas. No en las colonias de las Islas de Barlovento y Sotavento, preciso, pero sí en una de las Mayores de las dos Antillas. (Pese a que la precisión de mi prosa pueda ser, en ocasiones, tediosa, es necesario que me identifique claramente a mí mismo ante Vos).

Ahora bien.

Nosotros, en aquella colonia, nos apropiamos de las más espectaculares y las más obvias entre las características de nuestro patrono blanco, que eran, por supuesto, las peores. Aun conservando la identidad de nuestra raza, nos adherimos rápidamente a aquellas características cuyo soporte era más gratificante, y menos dificultoso su mantenimiento. En consecuencia, no éramos superiores pero sí presuntuosos, no éramos aristócratas pero sí teníamos conciencia de clase; creíamos que autoridad equivalía a crueldad con nuestros inferiores y que educación significaba ir a la escuela. Confundíamos la violencia con la pasión, la indolencia con el ocio, y asimilábamos la imprudencia a la libertad. Criábamos a nuestros hijos y cultivábamos nuestras propiedades; dejábamos que los hijos crecieran y las propiedades prosperasen. Nuestra virilidad la determinaban las adquisiciones; nuestra feminidad, las resignaciones. Y el aroma de vuestro fruto y la laboriosidad de Vuestros días, Señor, los aborrecíamos.

Esta mañana, antes de que viniese la niña negra, yo lloraba. Por Velma. Oh, en silencio; por más que no hay viento capaz de transportar, conducir, o incluso negarse a conducir, un sonido con una tan pesada carga de arrepentimiento. Pero a mi modo solitario y callado, yo lloraba. Por Velma. Vos necesitáis saber de Velma para comprender lo que he hecho hoy.

Ella (Velma) me abandonó de igual forma que una persona se marcha de una habitación de hotel. Una habitación de hotel es un lugar donde uno está mientras hace otra cosa. Por sí misma es marginal con respecto al esquema principal que uno se ha trazado. Una habitación de hotel es conveniente. Pero su conveniencia se limita al tiempo en que la necesitas mientras estás en una ciudad determinada y ocupado en determinado asunto; confías en que sea confortable, pero más bien preferirías que fuese, simplemente, anónima. No es, a fin de cuentas, el sitio donde uno *vive*.

Cuando ya no la necesitas, pagas una pequeña suma por su uso; dices: «Gracias, señor», y en cuanto concluyes el negocio que te ha llevado a la ciudad te marchas de aquella habitación. ¿Se arrepiente alguien de haber dejado una habitación de hotel? ¿Mira alguien atrás con afecto, o aunque sea con disgusto, al marcharse de una habitación de hotel? ¿Quiere alguien que tenga un hogar, un verdadero hogar en otra parte, quedarse allí? Uno puede únicamente amar o menospreciar lo que ha *vivido* en aquella habitación. ¿Pero la propia habitación? Quizá te lleves algo como recuerdo. No, oh, no para recordar la habitación. Para recordar, en todo caso, la fecha y el lugar donde fuiste a ocuparte de determinado asunto, para recordar la aventura. ¿Qué puede uno sentir por una habitación de hotel? Uno no siente por una habitación de hotel más que lo que uno espera que la habitación sienta por su ocupante.

Así fue, Padre, Padre celestial, como ella me abandonó; o mejor sería decir que no me abandonó nunca, porque de hecho nunca estuvo allí.

Vos recordáis, ¿no es cierto?, cómo y de qué manera estamos hechos. Permitidme hablaros ahora de los pechos de las niñas. Me disculpo por la impropiedad (¿lo es?), por el desequilibrio que comporta enamorarse de ellos en momentos y lugares inconvenientes y por la insulsez de amar los pechos que pertenecen a miembros de mi familia. ¿Debo disculparme también por amar los de otras criaturas?

Pero aquí habéis errado, Señor. ¿Cómo y por qué permitís que ocurra? ¿Cómo es que yo puedo apartar los ojos de Vuestro Cuerpo y sumirme profundamente en la contemplación del de ellas? Los capullos. Los capullos de algunos de esos retoños. Eran humildes, ya sabéis, humildes y tiernos. Humildes capullitos que se resistían al tacto, que respondían como si fueran de goma. Pero agresivos. Desafiándome a tocarlos. Ordenándome tocarlos. Sin un ápice de timidez, como uno supondría. Se me ofrecían, ¡oh, sí!, se me ofrecían. Jovencitas de esbelto pecho, de pecho juguetón. Señor, ¿las habéis visto? Quiero decir, ¿las habéis visto realmente? Es imposible verlas y no amarlas. Vos que las creasteis debisteis considerarlas adorables incluso

como concepto, ¡y cuánto más adorable es la materialización de aquel concepto! Yo no podía, como recordaréis, mantener mis manos, mi boca, apartadas de ellas. Sal dulce. Como fresitas no maduras del todo, recubiertas por el tenue sudor salado de días de corretear y horas de saltar, brincar y bailar.

Amarlas —tocarlas, saborearlas, sentirlas— no era sólo un agradable y lujurioso vicio humano; era, para mí, Una Cosa Que Hacer A Cambio. A cambio de papá, a cambio del clero, a cambio de Velma, y yo *elegí no* prescindir de ellas. Pero no entré en la iglesia. Por lo menos eso no lo hice. ¿Y qué hay de lo que sí hice? Pues dije a la gente que lo sabía todo sobre Vos. Que había recibido Vuestros Poderes. No era una total *mentira*, aunque sí una mentira *total*. Nunca debí, lo admito, nunca debí aceptar dinero en pago de mentiras bien recitadas, bien colocadas, bien presentadas. Pero tened presente que odiaba hacerlo. Ni por un momento me apetecieron ni el dinero ni las mentiras.

Considerad, entonces: La mujer que dejó la habitación de hotel.

Considerad: La infancia y la juventud en el archipiélago.

Considerad: Sus esperanzados ojos, superados únicamente por sus saltarines pechos.

Considerad: Cómo necesitaba yo una maldad confortante que me evitase conocer aquello cuyo conocimiento no soportaría.

Considerad: Cuánto detestaba y desdeñaba el dinero.

Y ahora, considerad: No por razón de mis justos merecimientos, sino en correspondencia a mi compasión y mi piedad, la niña negra que hoy me ha hecho una visita loca. Decidme, Señor, ¿cómo habéis abandonado en su soledad a una muchachita durante tanto tiempo que ha acabado por encontrar el camino hacia mí? ¿Cómo habéis podido? Lloro por Vos, Señor. Y es debido a que lloro por Vos que por Vos tengo que ejecutar Vuestra tarea.

¿Sabéis a qué vino la niña? A por unos ojos azules. Unos ojos nuevos, azules, dijo. Como si se comprara unos zapatos. «Querría un par de ojos nuevos, azules». Os los debe haber pedido a Vos durante mucho, mucho tiempo, y Vos no le habéis respondido. (Un hábito, pude haberle dicho, un antiquísimo hábito que solamente rompió Job, pero nada más). Venía a pedírmelos *a mí*. Traía una de mis tarjetas. (Incluyo tarjeta). Consta mi nombre, dicho sea de paso, como Micah Elihue Whitcomb. He antepuesto lo de Micah, aunque todos me llaman Soaphead Church. No alcanzo a recordar cómo ni por qué me pusieron este sobrenombre. ¿Acaso una persona es más un nombre que otro? ¿Es una persona sólo lo que su nombre indica? Será por esto que a la más sencilla y amistosa de las preguntas: «¿Cuál es vuestro nombre?», que os dirigió Moisés, Vos no quisisteis responder y dijisteis en cambio: «Yo soy quien soy». ¿Lo mismo que dice Popeye? ¿Yo Soy Lo Que Soy? Temeroso estabais, ¿o no?, de revelar vuestro nombre. ¿Temeroso de que se conociera Vuestro

nombre y, en consecuencia, se os conociera a Vos? ¿Y de que entonces no fuerais temido? Es muy correcto. No os enojéis. No lo digo con ánimo de ofender. Lo comprendo. Yo también he sido un mal hombre, y también un hombre desdichado. Pero algún día *yo* moriré. Fui siempre muy afectuoso. ¿Por qué tengo que morir? Las niñas. Las niñas serán lo único que echaré de menos. ¿Sabéis que al tocar sus tetitas firmes, al morderlas —sólo un poco—, tenía la sensación de que me comportaba amigablemente? No pretendía besar sus bocas o dormir con ellas en mi lecho o unirme a una novia infantil. Juguetón, me sentía, y amistoso. No como decían los periódicos. No como murmuraba la gente. Y a ellas no les molestaba en absoluto. En absoluto. ¿Recordáis cuántas de ellas volvían? Nadie ha intentado siquiera comprender esto. Si yo les hubiera hecho algún daño, ¿acaso habrían vuelto? Dos de ellas, Doreen y Sugar Babe, venían juntas. Yo les daba caramelos de menta, dinero, y comían helados con las piernas abiertas mientras yo jugaba con ellas. Era como una fiesta. Y no había mala intención, no había nada obsceno, y no había ningún olor, y no se oía el menor gemido; sólo la risa blanca y ligera de las niñas y mía. Y después no había miradas, no había largas miradas de extrañeza; después no había las largas miradas de extrañeza de Velma. Ninguna mirada, después, que te hiciera sentir sucio. Que te hiciera desear estar muerto. Con las niñas todo es limpio y bueno y amigable.

Debéis comprender esto, Señor. Vos dijisteis: «Dejad que los niños vengan a mí y no les causéis daño». ¿Lo olvidasteis? ¿Os olvidasteis de los niños? Sí. Os olvidasteis. Permitisteis que cayeran en la indigencia, que se sentaran al borde de los caminos, que llorasen junto a sus madres muertas. Yo los he visto quemados, tullidos, lisiados. Os olvidasteis, Señor. Olvidasteis cómo y cuándo ser Dios.

Por ello cambié en su favor los ojos de la niña negra, y no la toqué; ni un dedo le puse encima. Pero le di aquellos ojos azules que deseaba. No por placer, y no por dinero. Hice lo que Vos no hicisteis, no pudisteis, no quisisteis; miré a aquella niña negra tan fea, y la amé. Desempeñé el papel que a Vos correspondía. ¡Y fue una buena representación!

Yo, yo he hecho un milagro. Le di los ojos. Le di los ojos azules, azules, dos ojos azules. Azul cobalto. Un destello azul venido directamente de vuestro propio cielo. Nadie más verá sus ojos azules. Pero *ella* sí los verá. Y de ahora en adelante vivirá feliz. Yo, yo decidí que era adecuado y justo proceder de aquel modo.

Ahora Vos estáis celoso. Vos estáis celoso de mí.

¿Veis? También yo he creado. No aboriginalmente, como Vos, pero la creación es un vino embriagador, más para el catador que para quien lo elabora.

Tras haberme embebido, por consiguiente, como así fue, en el néctar, ya no os temo a Vos, ni a la Muerte, ni siquiera a la Vida, y me siento en paz con Velma; y me siento en paz con papá; y me siento en paz con las Antillas Mayores y las Menores. Completamente en paz. Completamente.

Con mis más atentos saludos, quedo

vuestro
Micah Elihue Whitcomb

Soaphead Church dobló las hojas de papel en tres pliegos iguales y las deslizó en el interior de un sobre. Aunque no tenía sello, le acometió el capricho de encontrar lacre. Sacó una caja de cigarros de debajo de la cama y se puso a revolver su contenido. Allí había algunas de sus cosas más preciadas: una astilla de jade que había arrancado de un gemelo en el hotel de Chicago; un pendiente de oro en forma de Y con una incrustación de coral, que había pertenecido a la madre que nunca conoció; cuatro grandes horquillas del pelo que Velma había dejado en el borde de la bañera; una cinta de cordoncillo de seda color azul verdoso que había lucido en la cabeza una niña llamada Joya Preciosa; un ennegrecido grifo de la pileta de una celda de la cárcel de Cincinnati; dos canicas que un bellísimo día de primavera encontró debajo de un banco en el Morningside Park; un viejo catálogo de productos Lucky Hart que aún olía a polvos de maquillaje y un poco a crema de base al limón. Distraído por sus tesoros, olvidó lo que había estado buscando. El esfuerzo de recordarlo era demasiado grande; le zumbaba la cabeza y una ola de fatiga estaba venciéndole. Cerró la caja, se tendió en la cama a descansar y cayó enseguida en un sueño de marfil, desde el cual no pudo oír los débiles quejidos de una anciana señora que había salido de su tienda de caramelos y encontrado el cadáver rígido de un perro viejo llamado Bob.

VERANO

Me basta con morder la prieta pulpa de una fresa para ver el verano, con sus cielos encapotados y polvorientos. Para mí sigue siendo una estación de tormentas. Los días resecos y las bochornosas noches carecen de relieve en mi memoria, pero sí recuerdo las tormentas, las súbitas y violentas tormentas que lo mismo me asustaban que me serenaban. Mi memoria es incierta; sin embargo, recuerdo una tormenta veraniega en la ciudad donde vivíamos e imagino un verano vivido por mi madre en 1929. Aquel año hubo un tornado, contaba ella, que desmanteló la mitad sur de Lorain. Confundo su verano con el mío. Mientras muerdo la fresa y pienso en las tormentas, la veo a ella: una jovencita esbelta con un vestido de crespón rosa. Tiene una mano apoyada en la cadera; la otra pende a la altura del muslo, como esperando. El viento la arrebata hacia arriba, muy por encima de los tejados de las casas, pero ella continúa en la misma posición, la mano en la cadera. Sonriendo. La expectación y la promesa de su mano pendiente no las ha alterado el holocausto. En el tornado estival de 1929, la mano de mi madre no se extingue. Ella es fuerte, sonríe, está relajada, y en cambio el mundo se derrumba a su alrededor. Hasta aquí los recuerdos. El suceso público se convierte en realidad privada, y las estaciones del año en una ciudad del Oeste Medio pasan a ser las Parcas de nuestras pequeñas vidas.

El verano era denso aún cuando a Frieda y a mí nos llegaron nuestras semillas. Llevábamos esperando desde el mes de abril el mágico paquete que contendría los muchos sobrecillos de semillas que nosotras íbamos a vender a cinco centavos cada uno, lo cual nos daría derecho a una bicicleta nueva. Nosotras así lo creíamos, y día tras día pasábamos la mayor parte del tiempo vendiéndolos. A pesar de que mamá había restringido nuestro mercado a las casas de personas que conocía o a la vecindad que nos era familiar, nosotras llamábamos a todas las puertas y entrábamos y salíamos de todas las casas que nos abrían: caserones de doce habitaciones que cobijaban a casi otras tantas familias en medio del hedor de la orina y del pringue; frágiles casitas de madera, cuatro habitaciones, semiocultas entre bosques cerca de la vía del tren; las casas de arriba, es decir, los apartamentos situados encima de pescaderías, carnicerías, tiendas de muebles, tabernas, restaurantes; pulcras casas de ladrillo con alfombras floreadas y jarrones de cristal de bordes ondulados.

Durante el verano de la venta de semillas pensamos sobre todo en las mismas semillas, pensamos en el dinero, y sólo escuchamos a medias lo que la gente decía. En las casas de personas que nos conocían nos invitaban a entrar y sentarnos, nos ofrecían agua fresca o limonada; y mientras nosotras estábamos allí sentadas las personas continuaban sus conversaciones o se dedicaban a sus tareas. Poco a poco comenzamos a reunir así las piezas de una historia, una secreta, terrible, detestable historia. Y fue sólo después de dos o tres conversaciones oídas de refilón cuando nos dimos cuenta de que la historia se refería a Pecola. Adecuadamente colocados, los fragmentos de conversación habrían dado más o menos el resultado siguiente:

—¿Has oído lo de esa chica?

—¿Qué? ¿Preñada?

—Sí. Pero a ver si adivinas de quién.

—¿Quién? Yo no conozco a todos esos mocosos.

—Eso es precisamente. No hay tal mocoso. Dicen que es Cholly.

—¿Cholly? ¿Su padre?

—Ujú.

—Señor, tened piedad. Aquel puerco de negro.

—¿Te acuerdas de cuando intentó quemar a toda su familia? Ya pensé entonces que estaba loco de remate.

—¿Qué va a hacer ella? La madre.

—Seguir como hasta ahora, supongo. El pájaro ha volado.

—Las autoridades del condado no van a dejarla tener ese niño, ¿verdad?

—No lo sé.

—Ninguno de esos Breedlove parece estar del todo en su sano juicio, a fin de cuentas. El chico se larga de casa en cuanto puede, y la niña siempre ha sido tonta.

—De todos modos nadie sabe nada concreto sobre ellos. De dónde vinieron, nada. No parece que tengan parientes.

—¿Qué crees tú que le llevaría a él a hacer semejante cosa?

—No lo sé, no me cabe en la cabeza. Simple perversión.

—Bueno, a ella deberían sacarla de la escuela.

—Deberían. Tiene parte de culpa.

—Oh, vamos. Apenas habrá cumplido los doce años, o así.

—Sí. Pero nunca se sabe. ¿Cómo es que no se resistió?

—Quizá lo hizo.

—¿Sí? Nunca se sabe.

—En cualquier caso, el niño probablemente no vivirá. Dicen que, por la forma en que su mamá la apaliza, tendrá suerte si ella sale con vida.

—La suerte será que ese niño no viva. Está condenado a ser la cosa más fea del mundo.

—Eso es inevitable. Mira, debería haber una ley: dos personas feas juntándose para producir más feos. Bajo tierra estarían mejor.

—Bueno, yo no me preocuparía en absoluto. Si el niño vive será un milagro.

Nuestro pasmo duró poco, porque dio paso a una curiosa variedad de vergüenza defensiva: comenzamos avergonzadas por Pecola, luego dolidas por ella, y finalmente arrepentidas en cierto modo por ella. Nuestra pena borró por completo cualquier pensamiento relativo a la bicicleta nueva. Una pena que, creo yo, era más intensa porque nadie más parecía compartirla.

A la gente la historia le disgustaba, le divertía, le escandalizaba, le enfurecía o

incluso le excitaba. Pero nosotras esperábamos oír a alguien que dijese: «Pobre niña» o «Pobre criatura», y en lugar de estas palabras sólo había meneos de cabeza. Nosotras buscábamos ojos fruncidos por la preocupación, y sólo veíamos antifaces.

Yo pensé en el bebé que todo el mundo quería que muriese, y lo vi con toda claridad. Estaba en un lugar oscuro y húmedo, la cabeza cubierta de ricitos lanudos, la cara negra sustentando dos limpios ojos negros, como dos monedas, la nariz ancha, gruesos labios hechos para los besos y la seda viviente, palpitante, de la piel negra. Ningún flequillo amarillo de pelo sintético suspendido sobre ojos de un azul glacial, ni asomo de nariz respingona, ni de boquita en arco. Con más fuerza que mi afecto por Pecola sentía la necesidad de que alguien quisiera que aquel negrito viviese; simplemente para contrarrestar el amor universal por las muñequitas blancas, las Shirley Temples y las Maureen Peáis. Y Frieda debía sentir lo mismo. No pensábamos en el hecho de que Pecola no estaba casada: montones de chicas que tenían hijos no estaban casadas. Y tampoco nos preocupaba el otro hecho, que el padre del bebé fuera igualmente el padre de Pecola: el proceso de tener un hijo de un hombre seguía siendo para nosotras incomprensible, y ella por lo menos conocía a su padre. Sólo pensábamos en aquella abrumadora aversión hacia el bebé aún no nacido. Recordábamos a la señora Breedlove derribando a Pecola a golpes y restañando las lágrimas rosadas de la rígida muñeca llorona cuya voz artificial sonaba para nosotras como el chirrido de la puerta de la nevera. Recordábamos los ojos sumisos de las colegialas ante la mirada de Merengue Pija y los ojos de aquellas mismas niñas cuando miraban a Pecola. O quizá no los recordábamos; sencillamente, los conocíamos. Nos habíamos defendido a nosotras mismas, desde que teníamos memoria, contra todo y contra todos, considerábamos cualquier lenguaje un código que debíamos romper y sometíamos todos los gestos a un cuidadoso análisis; nos habíamos vuelto testarudas, tortuosas y arrogantes. Nadie nos prestaba la menor atención, así que nosotras mismas nos la prestábamos en gran escala. No conocíamos nuestras limitaciones, todavía no. Nuestra única desventaja era nuestro tamaño: las personas nos daban órdenes porque eran más grandes y más fuertes. Fue, pues, llenas de confianza, fortalecidas por la compasión y el amor propio, como decidimos cambiar el curso de los acontecimientos y alterar una vida humana.

—¿Qué vamos a hacer, Frieda?

—¿Qué podemos hacer? La señorita Johnson dijo que sería un milagro que viviese.

—Entonces hagamos que sea un milagro.

—Sí, ¿pero cómo?

—Podríamos rezar.

—No es suficiente. ¿Recuerdas aquella vez con el pájaro?

—Aquello era distinto; ya estaba medio muerto cuando lo encontramos.

—No importa, yo sigo creyendo que esta vez tenemos que hacer algo realmente grande.

—Pidámosle a Él que deje vivir al bebé de Pecola y prometamos ser buenas un mes entero.

—De acuerdo. Pero será mejor que entreguemos alguna cosa para que Él sepa que ahora es de verdad.

—¿Entregar una cosa? ¿Qué cosa? No tenemos nada. Nada excepto el dinero de las semillas, dos dólares.

—Podrían servir. ¿O sabes qué? Podríamos renunciar a la bicicleta. Enterrar el dinero y… plantar las semillas.

—¿Todo el dinero?

—Claudia, ¿quieres hacerlo o no?

—Está bien, sólo pensaba… Está bien.

—Tenemos que hacerlo como es debido, y ahora. Enterraremos el dinero al otro lado de su casa, donde no podamos volver a desenterrarlo, y las semillas las sembraremos detrás de la nuestra, para vigilarlas. Cuando broten las plantitas sabremos que todo marcha bien. ¿Qué te parece?

—Sí, conforme. Sólo que esta vez me dejarás cantar a mí. Tú dirás las palabras mágicas.

MIRAMIRAAHIVIENEUNAAMIGALAAMIGAJUGARACONJANEJUGARANAUNBUENJUEGOJUEGAJANEJUE

¿Cuántas veces por minuto vas a mirarte en ese espejo?

Hace mucho rato que no me miro.

Lo has hecho.

¿Y qué? Puedo mirarme si me da la gana.

No digo que no puedas. Sólo que no sé por qué has de mirarte a cada momento. No se irán a ninguna parte.

Ya lo sé. Es que me gusta mirar.

¿Tienes miedo de que se marchen?

Claro que no. ¿Cómo podrían marcharse?

Los otros se marcharon.

No, no se marcharon. Cambiaron.

Marcharse. Cambiar. ¿Cuál es la diferencia?

Hay mucha diferencia. El señor Soaphead dijo que durarían para siempre.

¿Por los siglos de los siglos amén?

Sí, si te interesa saberlo.

No necesitas hacerte la sabidilla cuando hables conmigo.

No me hago la sabidilla. Has empezado tú.

Yo sólo quería hacer algo que no fuera estar siempre viendo cómo te miras al espejo.

Es porque tienes celos.

Ni celos ni nada.

Sí los tienes. Querrías unos ojos como los míos.

Ja ja. ¿Qué parecería yo con unos ojos azules?

Poca cosa.

Si vas a seguir así, prefiero marcharme y estar sola.

No. No te marches. ¿Qué te gustaría hacer?

Podríamos salir a jugar, supongo.

Pero hace demasiado calor.

Llévate el espejo. Guárdatelo en el bolsillo, y puedes sacarlo y mirarte paseando por la calle.

¡Oye! Nunca se me habría ocurrido que fueras tan celosa.

¡Oh, vamos!

Lo eres.

¿Soy qué?

Celosa.

De acuerdo, soy celosa.

Ya ves, te lo decía.

No, lo digo yo.

¿Son bonitos de verdad?

Sí. Muy bonitos.

¿Sólo «muy bonitos»?

Realmente, sinceramente muy bonitos.

¿Realmente, sinceramente, azuladamente bonitos?

Oh, Dios mío, estás loca.

¡No!

No lo he dicho en ese sentido.

Bueno, ¿en qué sentido, entonces?

Vámonos. Aquí sí que hace calor.

Espera un momento. No encuentro los zapatos.

Míralos, ahí.

Oh, gracias.

¿Tienes el espejo?

Sí, muy amable.

Bueno, pues vámonos ya… ¡Uuuf!

¿Qué pasa?

El sol brilla demasiado. Me molesta en los ojos.

A mí no. Ni siquiera pestañeo. Fíjate. Puedo mirar el sol de hito en hito.

No hagas eso.

¿Por qué no? No me molesta. No necesito ni pestañear.

Pestañea de todos modos, por si acaso. Me haces sentir rara mirando el sol de esa manera.

¿Cómo de rara?

Oh, no lo sé.

Sí, sí que lo sabes. ¿Por qué rara?

Te digo que no lo sé.

¿Por qué no me miras cuando lo dices? Bajas la mirada como la señora Breedlove.

¿La señora Breedlove baja la mirada delante de ti?

Sí, ahora lo hace. Desde que tengo los ojos azules, constantemente aparta la mirada de mí. ¿Te parece que también ella puede estar celosa?

Seguramente. Son muy bonitos, ya sabes.

Sí, lo sé. Fue realmente un buen trabajo. Todo el mundo está celoso. Cada vez que

miro a alguien, la otra persona desvía la vista.

¿Es por ello que nadie te ha dicho lo bonitos que son?

Seguro que es por eso. ¿Imaginas? ¿Que algo así le ocurra a una persona, y que nadie, pero nadie, diga una palabra? Todos intentan disimular, fingen que no los ven. ¿No es ridículo…? Dime, ¿no es ridículo?

Sí.

Tú eres la única persona que me dice lo bonitos que son.

Sí.

Eres una auténtica amiga. Siento haberme picado contigo hace un instante. Me refiero a haber dicho que estás celosa y todo eso.

Olvídalo.

No, de verdad. Eres la mejor amiga que tengo en el mundo. ¿Por qué no te habré conocido antes?

Antes no me necesitabas.

¿No te necesitaba?

Quiero decir… que antes estabas siempre muy triste. Supongo que ni te enteraste de que existía.

Creo que tienes razón. Y era demasiado solitaria para tener amigas. Y tú estabas justamente allí. Justo delante de mis ojos.

No, encanto. Justo detrás de tus ojos.

¿Qué?

¿Qué piensa Maureen de tus ojos?

No ha dicho una palabra. ¿Te ha dicho algo a ti?

No. Nada.

¿A ti te gusta Maureen?

Oh, es pasable. Para ser una chica medio blanca, me refiero.

Sí, te entiendo. Pero ¿te gustaría ser amiga suya? O sea, ¿te gustaría ir por ahí con ella y esas cosas?

No.

A mí tampoco. Pero cuidado que tiene mucho éxito.

¿Quién quiere tener éxito?

Yo no.

Yo tampoco.

De todos modos no podrías tenerlo. Ni siquiera vas a la escuela.

Ni tú.

Ya lo sé. Pero antes iba.

¿Por qué dejaste de ir?

Me obligaron.

¿Quién te obligó?

No lo sé. Fue después del primer día que fui a la escuela con mis ojos azules. Al día siguiente, bueno, llamaron a la señora Breedlove para que se me llevara. No he vuelto más. Pero no me importa.

¿No?

No, no me importa. Están llenos de prejuicios, eso es todo.

Si, vaya si están llenos de prejuicios.

Sólo porque tengo los ojos azules, más azules que los suyos.

Exactamente.

Son más azules, ¿verdad?

Oh, sí. Mucho más azules.

¿Más azules que los de Joanna?

Mucho más azules que los de Joanna.

¿Y más azules que los de Michelena?

Mucho más azules que los de Michelena.

Eso pensaba. ¿Te ha dicho algo Michelena sobre mis ojos?

No. Nada.

¿Y tú le has dicho algo a ella?

No.

¿Cómo es?

¿Cómo es qué?

¿Cómo es que no has hablado de esto con nadie?

Lo hablo contigo.

Aparte de mí.

No me gusta nadie excepto tú.

¿Dónde vives?

Ya te lo dije una vez.

¿Cómo se llama tu madre?

¿Por qué te entrometes tanto en mis cosas?

Porque me extrañan. Tú no hablas con nadie. No vas a la escuela. Y nadie habla contigo.

¿Cómo sabes que nadie habla conmigo?

Porque no. Cuando estamos juntas en casa, incluso la señora Breedlove no te dice nada. Nunca. Algunas veces me pregunto si te ve.

¿Por qué no va a verme?

No lo sé. Casi tropieza contigo si se mueve.

Quizá no se siente del todo bien desde que Cholly se marchó.

Oh, sí. Puede que tengas razón.

Probablemente le echa de menos.

Pues no me explico por qué. Todo lo que él hacía era emborracharse y pegarle.

Bueno, ya sabes cómo son las personas mayores.

Sí. No. ¿Cómo son?

En fin, a pesar de todo puede que ella lo quisiera.

¿A ÉL?

Claro. ¿Por qué no? Fuera como fuese, aunque no le quisiera, seguramente le dejaba que se lo hiciera.

Eso no es nada.

¿Cómo lo sabes?

Yo les veía siempre. A ella no le gustaba.

Entonces, ¿por qué le dejaba?

Porque él la obligaba.

¿Cómo puede alguien obligarte a hacer algo así?

Es fácil.

¿Oh, sí? ¿Cómo de fácil?

Te obligan, simplemente, y ya está.

Supongo que será así. Y que Cholly podría obligar a cualquiera a hacer lo que fuese.

No, no podría.

A ti te obligó, ¿no?

¡Cállate!

Es broma.

¡Cállate!

Está bien, está bien.

Sólo lo probó, ¿entiendes? No hizo nada. ¿Me oyes?

Me callo.

Mejor. No me gusta esta clase de conversación.

He dicho que ya me callo.

Siempre hablas de porquerías. ¿Quién te ha contado esas cosas, además?

No me acuerdo.

¿Sammy?

No, tú.

Yo no he sido.

Sí, tú. Dijiste que intentó hacértelo cuando estabas durmiendo en el sofá.

¡Fíjate! Ni siquiera sabes de lo que hablas. Fue mientras fregaba platos.

Oh, sí. Platos.

Sola. En la cocina.

Bueno, me alegro de que no le dejaras.

Sí.

¿Le dejaste?

¿Le dejé qué?

Pues eso.

¿Estás loca?

Sospecho que sí.

Seguro que lo estás.

De todos modos…

Bien. Sigue. ¿De todos modos qué?

Me pregunto cómo debe ser.

Horrible.

¿De veras?

Sí. Horrible.

Entonces, ¿por qué no se lo contaste a la señora Breedlove?

¡Claro que se lo conté!

No me refiero a la primera vez. Me refiero a la segunda vez, cuando tú dormías en el sofá.

¡No dormía! ¡Estaba leyendo!

No es necesario que grites.

Tú no entiendes nada. Ella ni siquiera me creyó cuando se lo dije.

¿Y por eso no le hablaste de la segunda vez?

Tampoco me hubiera creído entonces.

Tienes razón. No servía de nada contárselo si no iba a creerte.

Eso es lo que procuro meterte en la cabezota.

Está bien, ahora lo entiendo. O casi.

¿Por qué «o casi»?

Hoy estás realmente difícil.

Porque tú no paras de decirme cosas perversas y con mala intención. Creí que eras mi amiga.

Lo soy. Lo soy.

Pues entonces déjame en paz con Cholly.

De acuerdo.

No hay nada más que decir de él, por otra parte. Se ha marchado.

Sí. En buena hora.

Sí. En buena hora.

Y Sammy también se ha marchado.

Y Sammy también.

Por lo tanto, es inútil hablar de ello. Quiero decir de ellos.

Completamente inútil.

Ahora todo ha terminado.

Sí.

Y tú no has de temer que Cholly vuelva a ti cualquier día.

No.

Aquello fue horrible, ¿cierto?

Sí.

¿También la segunda vez?

Sí.

¿De veras? ¿La segunda vez también?

¡Déjame en paz! Será mejor que me dejes sola.

¿No se te puede gastar una broma? Sólo quería pasar el rato.

No me gusta hablar de porquerías.

A mí tampoco. Hablemos de otras cosas.

¿De qué? ¿De qué vamos a hablar?

De tus ojos, por ejemplo.

Oh, sí. Mis ojos. Mis ojos azules. Deja que me mire otra vez.

Fíjate en lo bonitos que son.

Sí. Cada vez que los miro son más bonitos.

Son los más bonitos que he visto.

¿De verdad?

Oh, sí.

¿Más bonitos que el cielo?

Oh, sí. Mucho más bonitos que el cielo.

¿Más bonitos que los del libro de cuentos de Alice y Jerry?

Oh, sí. Mucho más bonitos que los ojos del libro de Alice y Jerry.

¿Y más bonitos que los de Joanna?

Oh, sí. Y más azules.

¿Más azules que los de Michelena?

Sí.

¿Estás segura?

Claro que estoy segura.

No pareces muy segura.

Bueno, pues estoy segura. Solamente…

¿Solamente qué?

Oh, nada. Pensaba sólo en una señora que vi ayer. Sus ojos sí eran azules. Pero no. No más azules que los tuyos.

¿Estás segura?

Sí. Ahora me acuerdo. Los tuyos son más azules.

Me alegro.

Yo también. Me fastidiaría saber que por ahí anda alguien con unos ojos más azules que los tuyos. Pero seguro que no. Por estos alrededores, no.

La verdad es que no lo sabes. No has visto a todas las personas que viven aquí.

No, a todas probablemente no.

Así que puede haber alguna, ¿no?

Es difícil.

Pero quizá sí. Quizá. Tú has dicho «por estos alrededores». Nadie «por estos alrededores» tiene probablemente los ojos más azules. Pero ¿y en algún otro sitio? Incluso si mis ojos son más azules que los de Joanna y más azules que los de Michelena y más azules que los de esa señora que viste, supón que hay alguien en alguna parte, lejos, con ojos más azules que los míos.

No seas tonta.

Podría ser, ¿no? ¿No podría haber otra persona?

Es difícil.

Pero suponlo. Piensa en muy lejos. En Cincinnati, digamos, ¿hay alguien cuyos ojos son más azules que los míos? Supón que allí hay *dos* personas con los ojos más azules.

¿Y qué? Tú pediste unos ojos azules. Tienes los ojos azules.

Debería habérmelos hecho más azules.

¿Quién?

El señor Soaphead.

¿Le dijiste de qué tono de azul los querías?

No. Lo olvidé.

Oh. Bien.

Mira. Mira allá. Aquella chica. Mírale los ojos. ¿Son más azules que los míos?

No. Creo que no.

¿Los has mirado bien?

Sí.

Ahí viene otra. Mírale los suyos. Fíjate en si son más azules.

Oye, basta de bobadas. No voy a estar mirando los ojos de todos los que pasan.

Tienes que hacerlo.

Ni hablar.

Por favor. Si hay alguien con ojos más azules que los míos, entonces quizás hay alguien con los ojos más azules del mundo. Los más azules del mundo entero.

Pues sería una lástima, ¿no?

Por favor, ayúdame a buscar.

No.

Pero supón que mis ojos no son lo bastante azules.

¿Lo bastante para qué?

Lo bastante azules para… No lo sé. Lo bastante azules para algo. Lo bastante azules… ¡para ti!

No voy a jugar más contigo.

Oh. No te marches.

Sí, me marcho.

¿Por qué? ¿Te has enfadado?

Sí.

¿Porque mis ojos no son lo bastante azules? ¿Porque no tengo los ojos más azules del mundo?

No. Porque te comportas como una tonta.

No te vayas. No me dejes. ¿Volverás si los consigo?

¿Qué has de conseguir?

Los ojos más azules del mundo. ¿Volverás entonces?

Por supuesto que volveré. Sólo me marcho por un ratito.

¿Lo prometes?

Claro que sí. Volveré. Me tendrás justo delante de tus ojos.

Esto fue, pues, lo que pasó.

Una niña negra suspira por los ojos de una niña blanca, y el horror que hay en el fondo de sus anhelos sólo lo supera la malignidad de su satisfacción.

La veíamos de vez en cuando, Frieda y yo, después de que el bebé naciera prematuramente y muriese. Después del chismorreo y la lenta oscilación de las cabezas. Era una visión muy triste. Las personas adultas desviaban la mirada; los niños, los que no se asustaban de ella, reían abiertamente.

El daño causado fue total. Ella pasaba los días, sus días de verga y zarcillo, caminando de acá para allá, de acá para allá, moviendo bruscamente la cabeza al compás de un tambor tan distante que sólo sus oídos podían captarlo. Doblados los codos, las manos en los hombros, agitaba los brazos en su eterno, grotescamente fútil esfuerzo por volar. Batiendo el aire, un pájaro alado pero incapaz de alzarse del suelo, entregado al vacío azul que no podía alcanzar —que ni siquiera podía ver—, pero que colmaba los valles de su mente.

Nosotras intentábamos verla sin mirarla, y nunca, nunca, nos acercábamos. No porque ella fuera absurda, o repulsiva, o porque nos atemorizase, sino porque la habíamos abandonado. Nuestras flores no crecieron nunca. Yo estaba convencida de que Frieda tenía razón, de que las había plantado a demasiada profundidad. ¿Cómo pude haber sido tan torpe? Así que eludimos a Pecola Breedlove. Para siempre.

Y los años se plegaron como pañuelos de bolsillo. Sammy se marchó hace tiempo de la ciudad; Cholly murió en la cárcel; la señora Breedlove todavía hace faenas domésticas. Y Pecola está en algún rincón de aquella casita marrón a la que ella y su madre se trasladaron, en un extremo de la ciudad, donde una puede verla incluso ahora, de tarde en tarde. Los movimientos de pájaro se han desgastado hasta reducirse

a un mecánico escarbar y recoger mientras sigue su camino entre viejos neumáticos y girasoles, entre botellas vacías de Coke y matas de algodoncillos, en medio de los desechos y la belleza de este mundo, dos cosas que ella misma era. Todos nuestros desechos, que volcamos sobre ella y que ella absorbió. Y toda nuestra belleza, que primero fue suya y que ella nos entregó después. Todos nosotros —todos cuantos la conocimos— nos sentimos más sanos tras habernos depurado en ella. Éramos muy hermosos cuando nos erguíamos a horcajadas sobre su fealdad. Su sencillez nos decoraba, su culpa nos santificaba, su dolor nos hacía resplandecer de bienestar, su torpeza nos hacía creer que teníamos sentido del humor. Su incapacidad para expresarse producía en nosotros la ilusión de que éramos elocuentes. Su pobreza preservaba nuestra magnanimidad de ricos. Incluso sus sueños visionarios los utilizábamos para silenciar nuestras propias pesadillas. Y ella nos lo consentía, y con ello se ganaba nuestro desprecio. Nosotros pulíamos sobre ella nuestros egos, almohadillábamos nuestro carácter con sus flaquezas y nos abríamos desmesuradamente a la fantasía de nuestra solidez.

Y fantasía era, porque no éramos fuertes, sólo agresivos; no éramos libres, sólo licenciosos; no éramos compasivos, éramos corteses; no éramos buenos, pero nos portábamos bien. Nos exponíamos a la muerte para calificarnos a nosotros mismos de bravos, y nos ocultábamos ante la vida como ladrones. Sustituíamos los buenos principios por el intelecto; cambiábamos de hábitos para simular madurez; reordenábamos mentiras y lo llamábamos verdad, y en el nuevo diseño de una idea vieja veíamos la Revelación y la Palabra.

Ella, no obstante, dio el paso hacia la locura, una locura que la protegió de nosotros simplemente porque al final nos aburrió.

Oh, algunos de nosotros la «amaron». Línea Maginot. Y Cholly la amaba. Estoy segura. Él, en todo caso, fue la única persona que la amó lo suficiente para tocarla, para envolverla, para darle algo de sí mismo. Pero su toque fue fatal, y aquel algo que le dio llenó con muerte la matriz de su agonía. El amor no es nunca mejor que el amante. La gente inicua ama inicuamente, los violentos aman violentamente, las personas débiles aman débilmente, las estúpidas aman estúpidamente, pero el amor de un hombre libre nunca es seguro. El ser amado nunca se ve recompensado. Sólo el amante posee su don de amor. El ser amado es arrancado de sus raíces, neutralizado, congelado en el brillo de la mirada que el amante tiene vuelta hacia su propio interior.

Y ahora, cuando la vemos hurgando entre los desperdicios, ¿qué busca? ¿Lo que nosotros asesinamos? Yo voy diciendo que *no* planté las semillas a demasiada profundidad, digo que la culpa era del suelo, de la tierra de nuestra ciudad. Hoy pienso incluso que la tierra de todo el condado fue aquel año hostil a las caléndulas. Este suelo es malo para cierta clase de flores. No nutre ciertas simientes, no rinde

determinados frutos, y cuando la tierra mata por propia voluntad, nosotros nos conformamos y decimos que la víctima no tenía derecho a vivir. Nos equivocamos, por supuesto, pero no importa. Ya es demasiado tarde. O al menos en el extrarradio de mi ciudad, entre los desechos urbanos y los girasoles, sí es demasiado, demasiado, demasiado tarde.

EPÍLOGO

Acabábamos de ingresar en la escuela elemental. Ella dijo que quería unos ojos azules. Yo desvié la mirada para imaginarla con aquellos ojos y me repelió violentamente lo que imaginé que sería su aspecto si el deseo se cumplía. La pesadumbre de su voz parecía reclamar compasión, y yo la fingí en beneficio suyo, pero asombrada ante la profanación que proponía, reaccioné enfadándome con ella.

Hasta aquel momento yo había visto lo lindo, lo adorable, lo bonito, lo feo, y si bien había ciertamente utilizado la palabra «bello», nunca había experimentado su impacto, la fuerza del cual era igualada por la convicción de que nadie más lo percibía, ni siquiera, o especialmente, la persona que poseía tal cualidad.

Debió de haber algo más que el rostro que yo examinaba: el silencio de la calle a primeras horas de la tarde, la luz, la atmósfera propicia a las confidencias. En cualquier caso, fue la primera vez que yo conocía lo bello. Lo había imaginado por mi cuenta: la belleza no era simplemente algo que contemplar, era algo que una podía *hacer*.

Ojos azules fue mi primer esfuerzo por decir algo a propósito de todo eso; por decir algo sobre por qué ella no tenía, o posiblemente no tendría nunca, la experiencia de lo que poseía, y también sobre el porqué de que rezara por una alteración tan radical. Implícita en su deseo estaba la autoaversión racial. Y veinte años después yo me preguntaba todavía cómo se aprende semejante cosa. ¿Quién se la había inculcado? ¿Quién le había hecho creer que era mejor ser una monstruosidad que lo que era? ¿Quién la había mirado y la había encontrado tan deficiente, tan insignificante en la escala de la belleza? La novela pretende dar un atisbo de la mirada que la condenó.

La reivindicación de la belleza racial en los años sesenta avivó estos pensamientos, me indujo a pensar en la necesidad de la reivindicación. ¿Por qué, pese a ser vilipendiada por otros, esta belleza no era naturalmente aceptada en el seno de la comunidad? ¿Por qué necesitaba amplia divulgación pública para existir? Éstas no son precisamente preguntas ingeniosas. Pero en 1962, cuando yo inicié este relato, y en 1965, cuando comenzó a ser un libro, las respuestas no eran para mí tan obvias como rápidamente pasaron a serlo y como lo son hoy. El afirmarse de la belleza racial no fue una reacción contra la autoburla, la crítica humorística o las flaquezas cultural-raciales corrientes en todos los grupos, sino contra la dañina interiorización de determinadas premisas de inmutable inferioridad originadas en una mirada externa. Por lo tanto concentré mi atención en cómo algo tan grotesco como la demonización de toda una raza podía echar raíces dentro del miembro más delicado de la sociedad: una niña; el miembro más vulnerable: una criatura del sexo femenino. Tratando de

dramatizar la devastación que hasta un desprecio racial fortuito puede causar, elegí una situación excepcional, no representativa. La condición extrema del caso de Pecola provenía en gran parte de una familia incapacitada e incapacitante, distinta de la familia negra media y de la de la propia narradora. Pero por singular que fuera la vida de Pecola, creí que algunos aspectos de su vulnerabilidad se alojaban en todas las niñas. Al explorar la agresión social y doméstica que podría literalmente hacer pedazos a una chiquilla, localicé una serie de impedimentos, algunos rutinarios, algunos excepcionales, algunos monstruosos, que intentaban con ahínco evitar mi complicidad en el proceso de demonización a que Pecola estaba sometida. Es decir, no quería deshumanizar los personajes que degradaron a Pecola y contribuyeron a su colapso.

Uno de los problemas era centrarse: el peso de la indagación de la novela sobre un personaje tan delicado y vulnerable podría arruinarlo y conducir a los lectores al solaz de apiadarse de la niña en lugar de interrogarse a sí mismos sobre la destrucción de ésta. Mi solución —fraccionar la narración en partes que deben ser re-ensambladas por el lector— me pareció una buena idea cuya ejecución hoy no me satisface. Además, no funcionó: muchos lectores quedaron afectados, pero no conmovidos.

Otro problema, por supuesto, era el lenguaje. Mantener la mirada desdeñosa al tiempo que la saboteaba era difícil. La novela quería tocar el nervio despellejado del autodesprecio racial, sacarlo a la luz, luego sedarlo, no con narcóticos sino con un lenguaje que reprodujese la acción que yo descubrí en mi primera experiencia de la belleza. Porque aquel momento estuvo tan imbuido de racismo (mi revulsión ante lo que mi compañera de escuela quería: ojos muy azules en una piel muy negra; el daño que hacía a *mi* concepto de lo bello) que la pugna era por hallar una forma de escribir inequívocamente negra. Todavía no sé en qué consiste esto, pero ni mi obra ni los intentos de descalificar un esfuerzo para encontrarlo me apartan del propósito de proseguir la búsqueda.

Hace algún tiempo llevé a cabo lo mejor que supe la tarea de describir las estrategias para cimentar mi obra en una prosa racialmente específica y sin embargo racialmente libre. Una prosa libre de jerarquía y triunfalismo racial. Parte de aquella descripción es lo que sigue.

La frase que abre el primer párrafo, «Aunque nadie diga nada», tenía para mí varios atractivos. Primero, era una frase familiar, familiar para mí como niña que escuchaba hablar a los adultos; para las mujeres negras que conversaban unas con otras contándose un suceso, una anécdota, unos chismes sobre alguien o sobre algo concerniente a su círculo, su familia, su barrio. Las palabras tienen un matiz de conspiración: «Sssh, no se lo cuentes a nadie» y «Nadie tiene que saberlo». Es un secreto entre nosotros y un secreto del que se nos excluye. La conspiración es a la vez admitida y rehusada, mostrada y escondida. En cierto sentido, en eso se resumía

precisamente el acto de escribir el libro: en la exposición pública de una confidencia privada. Con objeto de comprender plenamente la dualidad de semejante posición, una necesita que le recuerden el clima político en que la tarea de escribir tuvo lugar: los años 1965-1969, una época de serios trastornos sociales en la vida de la comunidad negra. La publicación (en contraposición a la escritura) comportaba la exposición; la escritura comportaba la divulgación de secretos, unos secretos que «nosotros» compartíamos y otros que nosotros mismos nos ocultábamos y ocultábamos al mundo exterior a la comunidad.

«Aunque nadie diga nada» es también una locución, en este caso escrita, pero elegida claramente por lo muy oral que resulta, por cómo expone y revela un mundo particular y su ambiente. Por añadidura, sumado a su connotación de «patio de atrás», a su sugestión de comentario ilícito, de descubrimiento emocionante, hay también en el «murmullo» la conjetura (por parte del lector) de que la narradora está en el meollo del asunto, sabe algo que los demás no saben, y que va a ser generosa con su información privilegiada. La intimidad a que yo aspiraba, la intimidad entre el lector y la página, puede iniciarse inmediatamente porque el secreto va a ser compartido, en el mejor de los casos, o por lo menos escuchado furtivamente. La familiaridad repentina o la intimidad instantánea me parecían cruciales. No quería que el lector tuviera tiempo de preguntarse: «¿Qué tengo que hacer, o dejar de hacer, para leer esto? ¿Qué defensa necesito, qué distancia he de mantener?». Porque yo sé (y el lector no, él o ella han de esperar hasta el segundo párrafo) que éste es un relato terrible sobre cosas de las que una preferiría no saber nada.

¿Cuál es, entonces, el Gran Secreto que estamos a punto de compartir? ¿El asunto que ambos (el lector y yo) vamos a desentrañar? Una aberración botánica. Polución, quizá. Una omisión, quizás, en el orden natural: un septiembre, un otoño, un otoño sin caléndulas. Vistosas, vulgares, fuertes y lozanas caléndulas. ¿Cuándo? En 1941, y dado que éste fue un año trascendental (el comienzo de la Segunda Guerra Mundial para Estados Unidos), el «otoño» de 1941, justo antes de la declaración de guerra, tiene como una insinuación de «cierre». En la zona templada del planeta donde existe una estación llamada «otoño» durante la cual se espera que las caléndulas alcancen todo su esplendor, en los meses anteriores al inicio de la participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, algo siniestro está a punto de ser divulgado. La frase siguiente dejará claro que quien habla, la persona que «sabe», es una niña que imita a las negras adultas que charlan en los porches o en los jardines traseros del vecindario. La frase de apertura es un esfuerzo para ser como una persona mayor con respecto a la horrorosa información que se va a dar. El punto de vista de una niña altera la prioridad que un adulto asignaría a los elementos de la información. «Creímos entonces… que si las caléndulas no habían crecido era debido a que Pecola iba a tener el bebé de su padre» sitúa en primer plano las flores, y en segundo el

contenido ilícito, traumático, incomprensible de la noticia que llega a su temida fruición. Este avance de información «trivial» y retardado del conocimiento escandaloso asegura el punto de vista pero brinda al lector una pausa para decidir si debe desconfiar de la voz de la niña o, por el contrario, merece más confianza que la de un adulto. El lector está de este modo protegido de una confrontación demasiado temprana con los penosos detalles, mientras es simultáneamente incitado a desear conocerlos. La novedad, creía yo, estaba en que esta historia de una violación fuera revelada desde la ventajosa posición de las víctimas o posibles víctimas del delito; es decir, las personas a quienes nadie interrogaba (ciertamente no en 1965): las propias niñas. Y puesto que la víctima no tiene el vocabulario necesario para comprender la violencia de su contexto, sus ingenuas e igualmente vulnerables amigas, mirando atrás como las personas adultas y enteradas que fingen ser al principio, tendrían que hacerlo por ella, y deberían llenar aquellos silencios con las imágenes que reflejaban sus vidas. Así pues, la apertura proporciona el impacto que anuncia algo más que un secreto compartido: un silencio roto, un vacío que se llena, una cosa inmencionable de la que por fin se habla. Y ello arrastra tras de sí la conexión entre una desestabilización sin importancia de la flora estacional y la insignificante destrucción de una chiquilla negra. Por descontado, «sin importancia» e «insignificante» representan la visión de los mundos exteriores; para las niñas, ambos fenómenos son estremecedores depósitos de información que ellas dedicaron todo un año de su infancia (y otros posteriores) a desentrañar, y no pudieron. Si algún éxito alcanzaron, fue en transferir el problema de la investigación al presumible lector adulto, al círculo íntimo de oyentes. Al final han repartido el peso de aquellas problemáticas cuestiones entre un grupo humano más extenso y justificado la exposición pública de un hecho privado. Si la conspiración que anuncian las palabras iniciales es penetrada por el lector, entonces puede considerarse que el libro se abre por el final: una especulación sobre la disrupción de la «naturaleza» como disrupción social, con trágicas consecuencias individuales en las que el lector, como parte de la población del texto, está implicado.

Sin embargo, otro problema yace todavía en el núcleo central de la novela. El mundo desquiciado que yo construí (complemento de lo que le ocurre a Pecola), si bien sus piezas se mantienen unidas por las estaciones en la época infantil y por los comentarios sobre la incompatible y vana familia blanca, en su forma presente no aguanta bien el silencio central: el vacío que constituye el «no ser» de Pecola. Debería haber tenido forma, como la impresión de vacuidad que sigue a una explosión o un grito. Ello requería una sofisticación de la que yo no disponía, así como una manipulación hábil de las voces a su alrededor. A Pecola no se la *ve* por sí sola hasta que en su alucinación crea una personalidad. Y el hecho de su alucinación resulta una especie de conversación «fuera del libro».

Asimismo, aunque yo buscaba una expresividad femenina, esta expresividad casi siempre me eludió y tuve que contentarme con unos personajes femeninos porque no fui capaz de asegurar a lo largo de la obra el subtexto femenino que se halla presente en la primera frase (las mujeres chismorreando, afanosas y estupefactas, en «Aunque nadie diga nada»). La confusión hacia la cual derivó mi pugna se hizo evidente sobre todo en la parte dedicada a Pauline Breedlove, donde yo recurrí a dos voces, la de ella y la de la narradora, con el resultado de que ambas me parecen en extremo insatisfactorias. Hoy en día me interesa observar que, allí donde creí tener las mayores dificultades subvirtiendo el lenguaje a una forma femenina, no encontré casi resistencia: fue al conectar la «violación» de Cholly a cargo de los hombres blancos con su propia violación de su hija. El acto de agresión más masculino se feminiza en mi lenguaje, se torna «pasivo» y, creo yo, más específicamente repelente cuando es despojado de la masculina «fascinación de la ignominia» que a la violación se le otorga (o se le otorgaba) por rutina.

Mis opciones de lenguaje (parlante, auditivo, coloquial), mi confianza, de cara a la buena comprensión, en códigos embebidos en la cultura negra, mi esfuerzo por provocar inmediata co-conspiración (sin ningún entramado explicatorio distanciador), así como mi voluntad de definir un silencio rompiéndolo son intentos de transfigurar la complejidad y la riqueza de la cultura negra americana en un lenguaje digno de dicha cultura.

Reflexionando ahora sobre los problemas que me planteaba el lenguaje expresivo, me asombro tanto de su aceptación como de su tenacidad. Al oír cómo los idiomas «civilizados» degradan a los seres humanos y presenciar cómo los exorcismos culturales envilecen la literatura, y viéndome a mí misma preservada en el ámbar de las metáforas descalificadoras, puedo decir que mi proyecto narrativo es tan difícil hoy como lo era treinta años atrás.

Con muy pocas excepciones, la publicación inicial de *Ojos azules* fue como la vida de Pecola: desechada, trivializada, mal interpretada. Y ha costado veinticinco años ganar para ella la respetuosa publicación que esta edición constituye.

Princeton, New Jersey
Noviembre, 1993